

Guillermo Saccomanno

El oficinista



Hombres y mujeres completamente normales avanzan a diario hacia su escritorio en una ciudad arrasada por atentados guerrilleros, amenazada por hordas de hambrientos, niños asesinos y perros clonados, vigilada por helicópteros artillados y bautizada con lluvia ácida. Entre ellos, un oficinista dispuesto a la humillación con tal de conservar su puesto... hasta que se enamora y se permite soñar con ser otro. ¿De qué abyecciones es capaz un hombre por aferrarse a un sueño?

El oficinista cuenta una historia que pasó ayer, pero que aún no ha sucedido, y, sin embargo, transcurre ahora. No es que el futuro esté cerca, es que tal vez ya pasó. Y nosotros no nos hemos dado cuenta, ocupadísimos como estábamos en cuidar un trabajo, un sueldo, una apariencia. Esta novela encierra una antiutopía, un mundo Ballard, pero también Dostoievski.



eBooks con estilo

Guillermo Saccomanno

El oficinista

ePUB v1.0

chungalitos 10.05.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *El oficinista*
Guillermo Saccomanno, 2010.
Seix Barral

Digitalización: Oskiu
Corrección de erratas: Oskiu
ePub base v2.0

A Ornella, juntos

*Una experiencia que, por su exceso de soledad,
sólo puede llamarse rusa.*

FRANZ KAFKA, *Diarios*

1

A esta hora de la noche los helicópteros artillados sobrevuelan la ciudad, los murciélagos revolotean en los ventanales de la oficina y las ratas se pasean entre los escritorios sumidos en la oscuridad, todos los escritorios menos uno, el suyo, con la computadora prendida, la única prendida a esta hora. El oficinista siente un roce veloz contra sus zapatos. Un chillido leve, huidizo, que sigue de largo sobre la alfombra y se escabulle en la negrura. Aparta la vista de la pantalla de la computadora. Ve las sombras aladas en la noche exterior. Después consulta el reloj de bolsillo, apila unos expedientes, dispone en una carpeta los cheques que habrá de firmar mañana el jefe, y se levanta para partir. La lentitud de sus gestos no se debe sólo al cansancio. También a su tristeza.

La computadora tarda en apagarse. Por fin la pantalla se oscurece, suspira. Con prolijidad dispone los instrumentos de trabajo para el día siguiente: las lapiceras, el tintero, los sellos, la almohadilla, la goma de borrar, el sacapuntas y el cortapapeles. Al cortapapeles le concede un tratamiento preferencial. Le saca brillo. El cortapapeles parece inofensivo. Pero puede resultar un arma. También él parece inofensivo. No hay que confiar en las apariencias, se dice.

Le gusta pensar que él, a pesar de su carácter manso, puede ser, dada la circunstancia, feroz. Si se le presentara la circunstancia, podría ser otro. Nadie es lo que parece, piensa. Simplemente se le debe presentar la oportunidad para que revele de qué es capaz. Este razonamiento le sirve para aguantar al jefe, a los compañeros y a su propia familia. Ni en la

oficina ni en su hogar saben quién es él. Y si medita que él mismo tampoco sabe, entonces le da vértigo. Un día de éstos van a ver. El día menos pensado. Lo asusta recapacitar que así como el jefe, sus compañeros y su familia ignoran de qué puede ser capaz, él también lo ignora. A veces, cuando imita la firma del jefe, y la imita a la perfección, se pregunta quién es. A escondidas imita la firma del jefe. Que uno pueda imitar a otro no garantiza que uno sea el otro. Más de una vez se pregunta quién es, quién puede ser, si puede ser otro, pero lo intimida averiguarlo. Se le ha ocurrido, en más de una ocasión, falsificar la firma del jefe en un cheque, cobrarlo y huir. Si hasta ahora no lo hizo, reflexiona, es porque no tiene con quién compartir el botín. Un hecho trascendente debe estar motivado por una pasión. En las películas el héroe siempre tiene un motivo: una mujer. Si estuviera perdido por una mujer, no vacilaría.

Distribuye los útiles de trabajo, cada uno en su lugar. Los ordena con una meticulosidad lunática. Y, cada tanto, mira hacia atrás. Mira el escritorio detrás del suyo, donde se sienta el compañero más próximo. Aunque no es un subordinado suyo y se encarga de tareas de menor responsabilidad, será, sin duda, algún día, cuando él no esté, quien ocupe su escritorio.

En más de una oportunidad pudo sorprenderlo escribiendo en un cuaderno. Cuando el otro se sentía observado, pudoroso, con una sonrisita obsecuente, veloz, guardaba el cuaderno en un cajón del escritorio. Finalmente lo encaró. Qué escribía, le preguntó. Atemorizado, el compañero le contestó que un diario, que llevaba un diario, uno íntimo. Él no supo qué decir. Llevar un diario es una cosa femenina, pensó. Tal vez el compañero fuera homosexual. No lo parecía, pero podía ser uno. Es que con los demás, nunca se sabe. Balbuceó que eso de llevar un diario le parecía muy interesante. Nunca se le hubiera ocurrido que la vida de alguien que pasa su vida entera en un escritorio pudiera ser interesante, pensó. Pero no lo dijo. Una noche como ésta, solo en la oficina, hurgó en los cajones del escritorio de atrás. El cuaderno no estaba. Entonces pensó que en esa escritura secreta debía haber apuntes en su contra. Por qué no pensar que el compañero había sido designado para registrar sus movimientos. De ser así,

se dijo, aun cuando él siempre se había considerado un empleado servicial y un ciudadano común, se encontraba bajo vigilancia. Esta sensación de encontrarse vigilado le duró un buen tiempo. Hasta que, pasado un tiempo, se tranquilizó: de haber sido el compañero un agente y él un sospechoso, no habría tardado en desaparecer. Los roles se fueron invirtiendo. De vigilado pasó a ser vigilante. Su girar brusco y el otro, apurado, cerrando el cuaderno con esa sonrisita de disculpa, fue volviéndose un juego que concluyó por aburrirlo. Desde entonces está seguro de que el compañero, si pudiera, con la misma sonrisita, aprovecharía un mínimo error suyo con tal de avanzar un escritorio. Acá nadie puede confiar siquiera en su propia sombra. Y el compañero de atrás, piensa, es su sombra. Una sombra amenazante, aunque sonría amistoso y esté siempre dispuesto a resolver cualquier expediente que él le deriva.

El oficinista se fija en el cortapapeles. Sería letal si se lo clavara al compañero en la yugular. Se recrimina esta clase de fantasías. Lo rebajan, se da cuenta. Lo hacen sentirse ruin. Tan ruin como los demás. Porque él, en el fondo, está convencido de que es mejor que los otros. Si se le presentara una oportunidad podría demostrar que está por encima del resto y que su superioridad, ni más ni menos, radica en no moverle el piso a nadie con tal de percibir un aumento de sueldo, un ascenso. Si se considera mejor que todos es justamente porque en los años que lleva acá nunca pretendió destacarse perjudicando al prójimo. También, se dice, esta conducta podría juzgarse como un deseo empecinado de pasar inadvertido. En el fondo, recapacita, si con su antigüedad en el puesto nunca fue objeto de una sanción y aún perdura en su escritorio, se debe a su manera de amalgamarse, que le ha garantizado que nadie reparase demasiado en él. A veces se pregunta si para conseguir que el prójimo lo imagine inofensivo no le fue necesario antes convencerse a sí mismo de que lo era. Cuando llega a esta altura de sus reflexiones se amarga. Cabe la posibilidad de que, luego de tanto esfuerzo en hacerse el incapaz de matar a una mosca, haya acabado por serlo. Pero, a la vez, reflexiona, quien, como él, dispone del talento de pensar a un mismo tiempo dos ideas contradictorias, no sólo es superior a los demás sino también un tipo de temer, alguien que, en el momento

menos previsto, puede cometer un acto corajudo que a los otros, sin duda, los enfrentará con su propia cobardía. Cuidado, se dice. Cuidado conmigo. Porque yo soy otro. Que no lo demuestre ahora no significa que, de presentarse la oportunidad, los otros deban menospreciarme. Y entre los otros, quien más debería cuidarse, por supuesto, es el compañero.

Al terminar con el arreglo de su escritorio se encamina hacia el perchero, descuelga el sobretodo. Lo avergüenza usar este abrigo que, además de gastarse, se ha ido deformando con los años. Pero con el frío de las últimas semanas, la temperatura que baja día a día, no tiene otra alternativa que usarlo. Cada mañana, antes de entrar al edificio, se lo quita, lo dobla y lo mantiene doblado, en su brazo, del lado del forro que cambió el año pasado en una sastrería boliviana de su barrio. En la oficina, con disimulo, mirando a los costados, cuelga el sobretodo en un perchero distante, en un rincón, en el fondo. Y se aleja enseguida. En el apuro teme que se note su andar desparejo. Por lo general logra atenuar la renguera con un modo sereno de moverse. Pero al dejar el sobretodo en el perchero le cuesta no alejarse corriendo, como si el sobretodo fuera de otro. En cambio a esta hora de la noche, solo en la oficina, descuelga el sobretodo y se lo pone tranquilo. Apaga la lámpara y, envuelto en la oscuridad, decide marcharse. Puede caminar a ciegas entre los escritorios, tal es su conocimiento, su memoria instintiva del lugar, los escritorios, los archivos, los armarios, los recovecos.

Pero unos sonidos lo frenan. No son las ratas. Son pasos.

2

En el vidrio esmerilado del despacho del jefe se proyecta una sombra. La ve deslizarse en el vidrio, recortada por los reflectores de los helicópteros. Nadie, excepto él, permanece hasta tan tarde en la oficina. Nadie como él cumple tal cantidad de horas extras. Y si las cumple no lo hace sólo por necesidad. También por gusto. Prefiere retardar todo lo posible la vuelta al hogar. Pero esta noche el miedo lo hace arrepentirse por haberse quedado. Acecha la sombra detrás del vidrio esmerilado, el cortapapeles en la mano húmeda, el miedo en todo el cuerpo.

Presta atención. Los pasos del otro lado. Si esos pasos son de un ladrón y si, con un heroísmo torpe, consigue dominarlo, su acción será recompensada por el jefe y, quizá, premiándolo, le cancele la deuda contraída con sus adelantos de sueldo. Sin que el miedo se le aplaque empuña el cortapapeles. Se desliza en puntas de pie, tratando de que la renguera no lo delate, que el cuero de sus zapatos gastados no chille. Se agazapa a un costado de la puerta.

Los pasos del otro lado se detienen. El silencio se estira. Teme que le falte el coraje. Toda su vida estuvo signada por el sometimiento y ésta es tal vez su gran oportunidad. Si la desperdicia quizá no se le presente otra. Y el recuerdo de esta noche, lo sabe, será el de otra frustración, la enésima en su vida.

Esperará a que el intruso salga del despacho, se le arrojará encima, lo agarrará del cuello y con el cortapapeles en su garganta, lo desarmará,

porque el intruso seguro tendrá un arma, un arma de fuego. Se apoderará del arma y, encañonándolo, llamará a los guardias del edificio.

La sombra, al abrir la puerta, crece en el piso.

3

Está por lanzarse al ataque. Pero se contiene. La secretaria se aterra al verlo agazapado, a punto de clavarle el cortapapeles. A ella se le caen los lentes. A él le cuesta hablar. Levanta los lentes de la joven, unos lentes redondos. Mientras balbucea una explicación empuña todavía el cortapapeles. La joven tiembla. Él deja el cortapapeles en el escritorio. Los reflectores de un helicóptero pasan por los ventanales. Puede ver el brillito de sus lágrimas. Queriendo sosegarla, la envuelve en un abrazo.

Sus caras y sus bocas, los cuerpos fusionados. El oficinista se aparta con una gentileza exagerada. Habrá de acordarse siempre de este instante, se dice. Por primera vez siente que su cobardía no es tanta como se acostumbró a pensar y, en el fondo, como pensaba hace un rato, es capaz de actos que ignora. Al calmar a la joven, mientras ella se pone los lentes, él prende una lámpara y le ofrece un vaso de agua. Gana aplomo ahora. Pero repara en que tiene puesto el sobretodo. Está a punto de quitárselo. Vacila. Pero se lo deja. En la semipenumbra no se nota tanto el estado deplorable del sobretodo. Va hacia el bidón de agua mineral. Vuelve con un vaso de plástico.

Ella le agradece. La sola palabra gracias lo colma con una sensación que no experimentó antes. La observa tomar agua. Sus sorbos nerviosos le encantan. En el silencio del salón, más allá de la luz de la lámpara, los chillidos de los murciélagos son un canto de pajaritos. Ella dice que se siente mejor. Pero su mirada es errática. A él lo apacigua que ella no se fije en su sobretodo. Le ofrece, si se lo permite, acompañarla hasta su

domicilio. A esta hora el subte es peligroso y los colectivos pasan espaciados. Es una imprudencia que ande sola a esta hora, casi medianoche, por las calles desiertas. A esta hora sólo andan las patotas, los sin techo y los perros clonados. Se quedará más tranquilo si la acompaña, le dice. Ella parpadea, suspira. Con una sonrisa de muñeca, ella acepta. Con esos lentes redondos parece más joven. Se ve reflejado en los lentes de la joven, doblemente reflejado en dos pequeños espejos circulares que lo reproducen en miniatura.

Abandonan la oficina, marchan por el corredor desierto y sus pasos en los mosaicos resuenan a lo largo del edificio. El oficinista llama el ascensor. Los engranajes y su resonancia lúgubre. Bajan callados. Ella mira el piso. Él mira el titilar de los números en el indicador de control. De reojo, espía a la secretaria: los lentes redondos, la nariz respingada, la melenita castaña a lo garcón, el traje sastre abotonado como un uniforme. Podrían seguir descendiendo hasta el fondo de la tierra que se sentiría igualmente dichoso. Junto a ella nada le importa. Le gustaría sincerarse, entregarse. Con tal de ser querido por ella, no le importaría descender al infierno. Se pregunta por qué le vino esta fantasía, la del infierno. Porque el infierno es el subsuelo de uno mismo, se dice. Un sótano donde nadie puede mentir ni mentirse. Éste es el peor castigo que puede infligirse a alguien: quitarle toda ilusión de vanidad, hasta la más mínima. De pronto teme que ella, además de la renguera, le encuentre otros defectos, los menos visibles.

Al salir a la calle la bruma nocturna impide ver con nitidez los helicópteros, pero rondan sobre ellos. Los motores, ese ronroneo de las hélices, son toda una presencia: insectos de acero oscuro con ojos amarillos, expectantes. Un reflector horada la bruma, los enfoca y vuelve a esfumarse. Las calles vacías del centro, las calles de los bancos, fortalezas arquitectónicas. Cada tanto se cruzan con cuerpos durmiendo entre cartones, acurrucados en las recovas y los pórticos. El oficinista y la secretaria sortean a los tirados. Doblan por una peatonal. También acá se cruzan con hombres, mujeres y chicos durmiendo arropados junto a las vidrieras de entrada de cada negocio. La pareja contiene la respiración ante la pestilencia de esos cuerpos. Se desvían para esquivar unos pibes zombies.

Uno camina babeante hacia ellos, el oficinista toma de un brazo a la joven y, previsor, la cambia de lado. El pibe tropieza, vacila, murmura ronco y sigue de largo, ausente. Proteger a la joven le da al oficinista una confianza que lo diferencia del tímido que era hace un rato, encorvado sobre los expedientes, mientras los helicópteros enfocaban las ventanas del edificio, los murciélagos revoloteaban en los ventanales de la oficina y las ratas se deslizaban bajo los escritorios. Desde entonces apenas pasó media hora, se dice él, y mira el reloj: más de medianoche. Sin embargo se le antoja que la irrupción de la joven en su vida ocurrió hace tanto. Entonces él era otro. Y este que es ahora, al acordarse del otro, tiene la impresión de que el otro no era él sino un antepasado. En Laos, ha leído en una revista, después de una epidemia los enfermos se cambiaban el nombre. Quizá él se ha vuelto laosiano ahora. El amor es una enfermedad que lo vuelve a uno laosiano, se dice. Lo vuelve otro.

Sin embargo, a pesar de la audacia que le infunde acompañar a la joven, no deja de preguntarse acerca del infierno. Qué es más infierno, se pregunta. El infierno como un subsuelo de uno mismo, tal como lo imaginó hace un rato, o este que tiene delante de su nariz, la miseria, los cuerpos acurrucados en un umbral, abrigados con diarios y cobijas orinadas junto a sus únicas pertenencias contenidas en una bolsa o un carrito de supermercado. Al menos quien ha caído tan bajo, se consuela, ya no tiene que velar angustiado y obsecuente por la conservación de un escritorio y queda libre de la paranoia, las maquinaciones y los palpitos de complot.

Entrecortada, la conversación. No obstante indaga en la vida de la joven. Con cautela, evita mostrar una curiosidad intonsa y festeja mesurado alguna anécdota. No quiere parecer un baboso. A veces interviene con una frase de perplejidad. Ella habla del jefe. Demasiado habla del jefe. Se ocupa todo el tiempo de sus asuntos. Él no siente celos del jefe, pero le molesta que ella le dedique tanto lugar en la conversación. Hasta que ella empieza a hablar del compañero. Habla del compañero tanto como del jefe. Tal vez se extiende más sobre el compañero que sobre el jefe. Que es raro, le dice. Y esto lo hace interesante. Debería medir el tiempo que ella le dedica a cada uno para estar seguro de lo que sospecha. Caminan hacia la boca del subte.

Mira a la joven. Y se pregunta qué mal puede haber en esta complicidad entre ellos que supera el compañerismo. Mejor no meditar en este sentimiento, lo que puede haber por debajo, una profundidad que, de sólo vislumbrarla, lo amedrenta.

Hace frío. La joven tiritita. También a él, aunque pretenda negarlo, le castañetean los dientes. Finalmente se decide. A esta hora el subte es peligroso, le dice. Se quita el sobretodo y se lo pone en los hombros a la joven.

Para un taxi.

4

El taxi en la noche. Un silencio incómodo los aísla. Si deja que el silencio los gane ella tomará distancia. Entonces él cuenta un chiste. Ella se sonríe. Se tapa la sonrisa con las manos. La reacción pudorosa de la joven, una inhibición cuando despega los labios, esconde la falta de un premolar. Su pudor lo emociona. Está por contarle otro chiste pero se contiene. Quiere mostrarse comprensivo y no payaso. En un giro del taxi la joven viene contra él. La ataja. Después la acomoda en el asiento.

Cuando el taxi bordea un parque, unos perros clonados le salen al cruce. Los ladridos rabiosos. Una plaga, estos perros. El taxi los embiste. Levanta uno por el aire y queda unos segundos sobre el motor. Imperturbable, el taxista. Ni se inmuta. Baja la ventanilla y escupe a la noche.

Ellos viajan casi pegados. A la secretaria la impresionó el ataque de los perros, el taxi atropellándolos. Si viviera en un departamento más grande, dice, le encantaría tener una mascota. Pero no clonada. No sienten lo mismo las mascotas clonadas que las auténticas, le explica.

Un llamado en su celular la interrumpe. Revuelve en su cartera, lo apaga. Con fastidio lo apaga. Falta poco para llegar, dice. La próxima bajada de la autopista. Él enmudece. Ese llamado, piensa. Ese llamado en la noche. Ella parece adivinar lo que él piensa. No, no tiene novio, le dice. Y le pregunta si es celoso. En absoluto, dice él. Pero no puede dejar de pensar en ese llamado. Ella le está ocultando algo, intuye. Si se lo oculta, piensa, debe ser porque se trata de una relación clandestina. Por qué no pensar que ella tiene un romance que la compromete. Tal vez con alguien de la oficina.

Si continúa pensando en esa dirección descubrirá de quién se trata. Alguien cercano en la oficina. Y quien, después de él, está más cerca de ella, es el compañero de atrás. No lo había pensado hasta ahora: amable, entrador, con esa sonrisita, el compañero reúne todas las condiciones del galán de escritorio. Además la cuestión de que lleva un diario íntimo debe haber sido un argumento infalible para hacerse el poético. El canalla quiere conquistarla del mismo modo en que aspira a ocupar su puesto. Lo único que interfiere entre el escritorio del compañero y el escritorio de la secretaria es su propio escritorio. Excelente motivo para que el compañero trame cómo quitarlo del medio. El compañero, de pronto, se le presenta además de como un rival en la oficina, como un antagonista peligroso en la conquista de la secretaria.

Debe frenar ya esta sospecha. No tiene sentido, se dice. Además, si es realista, debe admitir su insignificancia: no cuenta con ninguna chance de ganar la joven. Él no es un seductor. Nunca lo fue. Y no ve por qué tendría que serlo ahora. Una vez más se rebela contra estas fabulaciones que se le presentan como el delirio de un enamorado. Bastantes problemas tiene en su vida como para hacerse el romántico con una secretaria. La imaginación otra vez se le ha vuelto en contra. La imaginación desenfrenada, reflexiona, es la enfermedad de quienes pasan demasiado tiempo encerrados. Y éste es su caso. Debería hacer menos horas extras.

El viaje termina en un suburbio. Entre un descampado y una villa miseria se levantan unos monoblocks. En esta zona escasean los helicópteros. El cerco de alambre que separa la villa de las construcciones está custodiado por un auto patrulla. Los policías roncan. No muy lejos, en la otra cuadra, en la base de un edificio se puede ver un kiosco y unos pibes borrachos. Un golpe de viento trae del kiosco la melodía de una cumbia y unas carcajadas. El viento barre la zona. La pestilencia de los desechos tóxicos de fábricas y laboratorios. También está en el aire la densidad agrídulce que proviene del rancherío.

Como otras secretarias, la joven debe presumir que, por haber accedido a un puesto vinculado con la jerarquía, se ubica en un rango social superior. Con su glamour, ella no parece una asalariada sino una joven moderna de

cara a un porvenir elegido. Si los compañeros de oficina supieran que vive en un suburbio se moriría de vergüenza. Que ella pueda tener vergüenza lo entenece.

El taxi frena en el último monoblock. Él paga sin pedirle al taxista que lo espere. Al pagar el viaje teme que ella advierta que tiene el dinero justo y que se volverá en subte. La acompaña hasta la entrada. El momento de la despedida. Ella se da cuenta de su tristeza. Lo invita a subir, tomar un café en su departamento. No puede rehusarse, le dice.

A él le cuesta ocultar su alegría.

5

Al entrar en el edificio la calefacción condensa un desodorante de ambientes floral que compite con el olor a frito. En la quietud se oye el llanto de un bebé. Caminan hacia el ascensor. La puerta tijera se abre y se cierra con golpes secos. Suben en silencio. Bajan. Caminan otra vez. Sus pasos, el eco de sus pasos en los mosaicos, el cascabeleo del llavero de la joven. Son los dos únicos seres vivos en este panteón.

Ella alquila un departamento de dos ambientes. A él lo cautiva la decoración: platos pintados en las paredes, estatuillas de porcelana, carpetas y manteles debajo de jarrones con flores artificiales, una profusión de ositos de peluche en un sillón, una alfombra con motivos orientales. Sobre una cómoda, fotos familiares. La joven le muestra a sus padres, sus hermanos, una cuñada y también un sobrinito, al que adora.

El oficinista observa la foto de los padres y la observa a ella, busca rasgos en común. Murieron, dice ella.

Se incendió el geriátrico, dice. El oficinista no sabe qué decir. Es indignante, opina, cada vez son más frecuentes los incendios de los geriátricos. Su enojo está sobreactuado. Lo mismo que los pibes asesinos en los colegios, dice ella. Hace dos semanas uno entró al aula con una ametralladora y barrió toda su clase. Después hizo lo mismo con otra. Y otra más. Siguió hasta quedarse sin proyectiles. Entonces se voló con una granada. Ella se compunge al contar este caso. La familia, dice él. La responsable es la familia, dice. Siempre la familia. Porque el hogar es la primera escuela. Severo, lo dice. Ella asiente.

Ahora él mira dos diplomas enmarcados, uno de perito mercantil y otro de profesora de inglés. En otra foto se ve a la joven, de nena, con el vestido blanco de la primera comunión. Inmaculada, con un rosario y un catecismo nacarado en las manos unguadas en rezo, esta nena parece la hermana menor de la secretaria.

Ella se retira a la cocina para hacer el café. Pero suena el teléfono. Y se anticipa al contestador telefónico. Le baja por completo el volumen. Con malhumor mira la máquina. Odia la gente que no respeta la privacidad después de cierta hora, dice.

A quién aludió la joven al decir la gente, se pregunta él. Cuando se dice la gente se dice nadie. Un amante, piensa. Debió ser también de un amante ese llamado en el taxi. El mismo amante que la llamó antes. Y quién otro puede ser sino el compañero. Quizá ella, temerosa de que pudiera revelarse ese amorío, decidió cortarlo y ahora el compañero, despechado, no se resigna, no se da por vencido y porfía en continuarlo. Al quedarse solo, al oficinista la incertidumbre lo domina. Vuelve a mirar la foto de la comunión. Y de pronto se pregunta qué hace a esta hora en este departamento. No puede evitarlo, la foto de la comunión lo afloja. Después su mirada se posa en una campanita de plata para llamar criados. La levanta con prudencia. Si la secretaria fuera su patrona y él su mucamo, imagina, al oír la campanita él acudiría presuroso para satisfacerle cualquier capricho. Con delicadeza, evitando que la campanita suene, la deja donde estaba: entre unos elefantes de terracota.

Mañana, y mañana será en un rato, cuando despierte, creerá que esta noche ha sido un sueño. La única forma de convencerse de que el sueño es realidad sería llevarse un souvenir. Está por llevarse un diminuto cisne de vidrio rosado. Pero no lo hace. Le basta deslizar un dedo por estos objetos para darse cuenta de que no hay una sola mota de polvo. Es que la joven venera estas piezas como un museo personal. Lo espanta que cuando ella repase su colección de pequeñeces perciba esa ausencia y sospeche de su visita.

Le importa apreciar cada instante. Porque más tarde, mañana no más, cuando recuerde esta noche, buscará reconstruirla. Se extasía en la

contemplación de las tacitas de porcelana que la secretaria trae en una bandeja de mimbre y estima que las tacitas de café y la bandeja, aun cuando fueron compradas en la oferta de un bazar, transmiten, en su afán decorativo, una preocupación por la belleza. De un mueble de madera brillante con puertas de vidrio ella saca dos copas de cristal tallado y una botella de brandy. No debería tomar alcohol, se dice. Pero no puede negarse. Saborea el brandy.

Cómo será besarla, se pregunta.

6

Un naufragio, dice ella. Viene de un naufragio, él ha escuchado bien. Basta que ella diga naufragio. Toda una oportunidad romántica, piensa él. Si se encontrara en un naufragio, a bordo de un bote con espacio sólo para dos tripulantes y él, remando, se enfrentara a la disyuntiva de elegir sobrevivientes, sin vacilar, rescataría a la joven y, si fuera necesario, golpearía con el remo las cabezas y las manos de los otros náufragos. No quiere imaginar si, en lugar de un remo, tuviera un hacha. No vacilaría en partir cráneos, cortar dedos, brazos, y la salvaría sólo a ella.

La joven le cuenta que su naufragio ha sido sentimental. Está tratando de mantenerse a flote. Él sabe de qué le habla. También él está naufragando, piensa. Mejor dicho, hace mucho que naufragó. Si ella supiera, piensa. Pero no se anima a contarle su historia. Dos náufragos son. Ella con su vergüenza por la falta del premolar y él con su sobretodo. Dos vergüenzas que se encuentran. La coincidencia viene a probar que sus destinos tenían que encontrarse. Estaba escrito. Pero dónde estaba escrito, se pregunta. En el cielo, se responde. Imagina el cielo como un gran ministerio con reparticiones infinitas en las que se clasifica y ordena en expedientes el destino de las almas. Algún escribiente celestial detectó la afinidad entre dos expedientes, el de la secretaria y el suyo. Lo único que cabe esperar es que la clasificación no responda a uno de esos errores habituales en la burocracia, como los que él puede cometer en la oficina, un desliz rutinario que para el involucrado en el expediente puede ser el principio de un sinfín de trastornos.

Se reprocha estas divagaciones. Tiene que ingeniárselas lo más pronto que pueda para transmitirle a la joven que esta noche lo ha encendido. Tiene también que aguardar a que ella termine el relato de su desengaño amoroso, el naufragio, como lo denomina. Corazón roto, dice la joven. Y también: promesas quebradas, esperanzas marchitas, reconciliaciones provisorias, parches inútiles. El llanto la agita. A él sus estremecimientos le parecen encantadores, no menos que sus accesos de hipo, unos espasmos de nena acongojada. Aun cuando ella exagere con su arrebató lacrimógeno, él debe admitir que, a pesar de las lágrimas, los mocos, los pañuelos de papel, ella sufre. Envidia al sujeto que la hace sufrir, que no debe ser otro, vuelve a pensar, que el compañero. Y al pensarlo se siente un necio: cómo no pudo ver antes que ese tipo, si lo observa desde un punto de vista femenino, puede ser atractivo. Porque las mujeres pueden ver atractivo a un tipo despreciable. Tiene que ser el compañero quien la llamó las dos veces esta noche.

El oficinista no sabe qué sentir: si una sensación de triunfo en tanto la joven se resiste a esos llamados o una congoja por la tristeza que a ella la estremece. Dolido, le pide a la secretaria que le cuente todo si eso la alivia. Que lo considere un amigo. No hay como un amigo cuando la soledad arrincona. Que no lo tome por un compañero, le aclara. Él es un amigo. Ella se seca las lágrimas. Si él le jura guardar el secreto, ella le confesará quién es ese hombre. Él le dice que es una tumba.

El jefe, le contesta ella.

7

Se queda mudo, quieto, mirándola a los ojos. Piensa en el jefe. La calvicie sebosa del jefe, los pelos en las orejas del jefe, las cejas espesas del jefe, la nariz picada de viruela del jefe, el aliento ácido del jefe. También: sus camisas impecables, las corbatas chillonas, el estómago prominente y el pantalón con tiradores. Y el anillo: no puede olvidarse ahora del anillo del jefe, imponente, con un relieve que parece un sello. No puede olvidar: los zapatos del jefe, negros, lustradísimos, con suela de goma. Al jefe le gusta desplazarse sigiloso, lograr que sus subordinados teman su aparición.

Se pregunta cómo pudo ella enredarse con un tipo de esa calaña. Fue embaucada, piensa. Con la misma astucia que el jefe usa sus zapatos con suela de goma, debe haber tendido una celada a la joven, haciéndose el bondadoso. El jefe la engatusó con ese modo entre paternal y fatuo de quien se sabe poderoso. Le debe haber insinuado un ascenso.

No puede quitar los ojos del contestador telefónico. Así que fue el jefe quien la llamó dos veces esta noche. Antes, cuando venían en el taxi, al celular. Ahora, a su domicilio.

La decoración que hasta recién le parecía propia de un gusto sensible a la belleza ahora se le antoja vulgar y chabacana. No sería raro que haya sido el jefe quien le regaló esos ositos de peluche. Ese osito barrigón de corbata, por ejemplo. Se siente un idiota. Le cuesta escucharla. Preferiría no haberse enterado: el jefe está casado, pero a ella no le importó porque el jefe le parecía un buen hombre. A él lo daña este relato. Debería marcharse ya mismo.

Tiene ganas de escapar, extraviarse en la noche de una vez y para siempre. De una vez, de una vez por todas, y para siempre. Pero no puede. Compungido, le da a la joven otro pañuelito de papel. Están otra vez tan cerca, los dos en el mismo sillón, él con un brazo estirado en el respaldo. Ella echa atrás la cabeza y se recuesta en su brazo. Tiene un perfume suave la joven. No quiere pensar, le dice. Está tan confundida. Entonces, por fin, él se anima a besarla y ella, como en un desmayo, se abandona al beso que es torpe y caliente. Él no cierra los ojos. Ella sí los cierra, pero, en la prolongación del beso, vuelve a abrirlos y los ojos de ambos se miran.

Consulta la hora, está dispuesto a marcharse. Ella, con voz temblorosa, le pide que no se vaya, que no quiere quedarse sola, que sola tiene miedo. Que no la malinterprete. Tiene que enfrentarse con la soledad. Y la soledad se le ha vuelto aterradora. Si él se marcha ahora ella no sabe qué va a hacer. Que por favor se quede. Al menos hasta que ella se duerma.

Él se pregunta cómo será más tarde, en la mañana, cuando se encuentren en la oficina. Se pregunta cómo dirigirse al jefe. También se pregunta cómo actuará la joven, si el jefe se dará cuenta de que entre sus subordinados surgió una intimidación. Mejor no pensar, como dice ella. Porque le toma la mano y lo conduce a su dormitorio. En la mesa de luz hay unas velitas prendidas, un incienso.

Esto no puede estar pasándole a él. Es demasiado bueno. Es a otro al que ella lleva a su cama. Será más fácil si piensa que es otro. Quizá no tiene que idealizar la escena siguiente: un hombre y una mujer, indagándose en la penumbra, tocándose, desprendiéndose de la ropa, y, a la vez, cada uno, sacándole al otro una prenda, los dedos que liberan un botón, bajan un cierre, una caricia entre la ropa interior, un bretel, un pezón, un cierre relámpago, el glande, un elástico, el clítoris. Él tiene las manos húmedas y frías. Se disculpa. Son los nervios, le susurra ella. También ella tiene las manos frías. Y los pies. Helados tiene los pies. La circulación, explica. Siempre tiene los pies helados.

Se supone que él, todo un hombre, debería tomar la delantera, y no, como está ocurriendo, que sea ella quien lo guíe. Si ella, con su juventud, dicta las reglas, es porque tiene experiencia. No es tan candorosa como ha

supuesto. Una vez más fue ingenuo. La boca pulposa, los dientes afilados que lo mordisquean, la sensualidad que ella le contagia lo hacen recapacitar: las veces que debe haber repetido con otros estas maniobras. Terminará trabándose si no para de pensar. Quizá sus presunciones acerca de la joven se deben a su propio miedo a no funcionar. Por qué no pensar que la urgencia de la joven responde a una necesidad postergada. Pasión, por qué no.

El virus. Acordarse del virus lo paraliza. Millones de enfermos con el virus en todo el planeta. Al pensar en el virus se ablanda. No obstante, si menciona el riesgo del virus quedará como un caballero. Con la joven a horcajadas, jadeando, se las ingenia para preguntarle si tiene preservativos. Si él desconfía, le contesta ella, los preservativos están en la mesa de luz. Él no es ningún calavera, le aclara. Si lo fuera andaría por la vida con preservativos encima. Que no dé tantas vueltas, le dice ella. Quiere sentirlo. Él piensa que si ella tiene los preservativos en la mesita de luz, tan al alcance, es porque los debe haber usado con el jefe. Para no quedar embarazada, piensa él. Aunque cabe también otra posibilidad: que ella los use para protegerse de la promiscuidad del jefe. No le cabe duda de que la joven no debe ser la única que se tira el jefe. Pero, si tiene en cuenta la actitud de la joven esta noche, por qué no pensar que, además del jefe, tiene otros amantes. Se da cuenta de que si continúa con estas conjeturas arruinará la noche.

No le importa morir entre sus piernas.

8

Madrugada. El oficinista se adentra en la bruma de la madrugada. Los pasos rengos. Se alza las solapas del sobretodo. Un farol, su sombra, los charcos. Es demasiado tarde. O demasiado temprano. A esta hora de la madrugada, los subtes pasan espaciados. Debería volver cuanto antes a su hogar.

A sus compañeros les comenta que su hogar y su familia representan todo un valor en estos tiempos de crisis moral. Se refiere a la mujer y los hijos, sus seres queridos, herederos de una buena educación, cifrada en el sacrificio y el afecto. Se deleita hablando de su hogar y su familia. El hogar es un departamento alquilado en las inmediaciones de una terminal suburbana, un tres ambientes contrafrente, penumbroso, estrecho y hediondo. El clima familiar que describe en la oficina no tiene nada que ver con la verdad. Su mujer, una mole con facciones equinas, es una tipa agria y despótica, y sus hijos una cría de obesos malcriados.

Le exigen electrodomésticos, ropa de moda, zapatillas astronáuticas, un auto, viajes. Los muy desagradecidos deberían contentarse con que su sueldo alcance para que puedan irse a la cama atragantados, con los estómagos reventando de hamburguesas, salchichas, papas fritas y gaseosas. Le cuesta a veces distinguir a unos de otros. Todos tan parecidos a su madre. Cada vez más parecidos. A menudo imagina que los liquida.

A todos menos al viejito, el único que se diferencia de esa masa chillona, ese chico albino, pálido, con un ojo blanco, la cara cruzada por unas venitas azules, consumido, con su esqueleto que parece conformado

por alambres en vez de huesos. Siempre encorvado, mirando desde abajo, este hijo suyo, el más enfermizo. Con su timidez extrema, el viejito anda siempre calladito cubriéndose de una zurra que pueda lloverle. Al oficinista no se le escapa que, de la cría, este chico enclenque es quien más se le parece. Como su padre, el viejito padece una renguera.

En una revista de viajes y divulgación científica ha leído un artículo acerca del hallazgo en el sur de un cráneo prehumano de dieciséis millones de años. Se calcula que el cráneo corresponde a una subespecie de mono del tamaño de un gato pero cabezón, sorprendentemente cabezón, dato que, según la revista, lleva a suponer la dimensión extraordinaria de su cerebro. El vivir en los árboles impidió a este monito caminar erguido. El oficinista no puede mirar al viejito sin acordarse de ese mono. El viejito es también la excepción que le inspira, al revés de sus hermanos de la cría, un sentimiento distinto a la repulsión: el viejito le da lástima. Más que su hijo el viejito es un compañero de celda. Cada vez que piensa en el viejito siente una rabia impotente. Le hubiera gustado que al menos uno de sus hijos, uno solo, fuera diferente. No un superhombre, piensa, pero al menos alguien normal. Lo que no es demasiado pedir. Quizá hay un mal en su sangre. Y ese mal la vuelve inferior. El viejito es el ejemplo.

Si lo llama el viejito es porque no hay otro calificativo que le cuadre más justo al pobre pibe. Lo angustia no pensar en el viejito todo el tiempo. Es que no se puede pensar en las víctimas todo el tiempo si uno quiere seguir viviendo, se dice.

9

Unos ladridos a lo lejos. Perros clonados. Las avenidas y las calles desiertas. Corre hacia el subte. Los ladridos se acercan. Odia correr. Por la renguera odia correr. La boca del subte. Los perros lo persiguen. Los ladridos bajan las escaleras. Por suerte viene un tren. Las puertas se abren. Y se cierran antes de que la jauría pueda subir.

Hasta su domicilio tiene un viaje de cuarenta minutos. Congelado, en uno de los últimos asientos, se frota las manos para entrar en calor. Al volver a su departamento precisará un argumento verosímil para explicar por qué vuelve de la oficina a esta hora. Puede inventar una coartada: que fue detenido por un operativo. Se huele los dedos: el olor de la joven. Todo su cuerpo debe oler a ella. Apenas llegue se encerrará en el baño. Que su mujer no lo sorprenda duchándose a esta hora.

El subte disminuye la velocidad. Mientras baja, elige las frases que dirá. Camina hablando solo. Al llegar al edificio se paraliza. Tiene la boca seca. Antes de entrar escucha una explosión distante. Al final de la calle puede verse la elevación de unas llamas. Otro atentado.

El ascensor no funciona. Sube por la escalera. Antes de entrar al departamento espera que se normalice su respiración. A oscuras entra. Como un nene que después de una travesura se achica ante la inminencia del castigo. La oscuridad tibia huele a frito, tabaco, ropa sucia, y pretendiendo aplacar este tufo compacto, el eucalipto que hierve en una jarra de aluminio sobre un calefactor. Le gustaría quedarse con el perfume de la secretaria en todo el cuerpo. Pero le conviene ser prudente. Imagina a

la mujer furiosa encabezando la cría de obesos, todos avanzando entre los escritorios, hacia la joven. Se ducha apurado. Se viste otra vez. Envuelto en el vapor, abre el ventanuco y espera que el baño se ventile.

Pasa una toalla por el espejo empañado. Abatido, se mira en el espejo. Palidez, ojos vidriosos. Empieza a afeitarse. Y se corta. En el cuello. Unas gotas de sangre caen en el lavabo. Frente al espejo, se observa sangrar. Las gotas de sangre en la pileta son un mensaje. Si fuera capaz de liquidar la familia, piensa. La sangre lo alienta. Al fin de cuentas, qué esperan los suyos de la vida. Un auto, electrodomésticos, zapatillas de marca, juguetes electrónicos, audios, televisores gigantes. El destino no puede ser ni un lavaplatos automático ni un jean. Comprará veneno, una sierra mecánica y manos a la obra. Pero el plan presenta varios obstáculos, desde qué veneno emplear y dónde comprarlo hasta la precisión carnicera con que deberá seccionar los cadáveres, la limpieza rigurosa de la cocina, el departamento entero, cargar los restos en bolsas de residuos, repartirlos, lo que conllevará un ir y venir esquivando controles militares. No quiere imaginarse de aquí para allá con las bolsas cargando los pedazos. Parques, basurales, excavaciones de obras, galpones abandonados, el puerto. Debería encontrar una explicación para la desaparición misteriosa de su familia. Menos problemática, se le ocurre, sería una pérdida de gas. Esta clase de muerte será menos dolorosa para todos y, además, sencilla de justificar. Vuelve tarde de la oficina, huele el gas, comprueba que todos están muertos y, por fin, después de abrir las ventanas, telefonea a la asistencia pública, a la policía. En cualquiera de estas dos opciones, ya sea la del veneno, ya sea la del gas, dejar al viejito con vida representaría un estorbo. Lamenta incluir al viejito.

El vapor tarda en abandonar el baño. El corte no para de sangrar. Podría quedarse toda la vida mirándose sangrar, las gotas cayendo, estrellándose en la pileta. Hay menos vapor ahora.

La mujer está en la puerta, observándolo.

10

La mujer, con un cigarrillo en la boca, le pregunta qué está haciendo. Es improbable que le sospeche un adulterio, piensa él. Qué hace, le insiste ella.

Que no podía dormir, le contesta él. Insomnio, aclara.

La mujer mira seria la sangre en la pileta. Pasa un dedo por la sangre, se lo chupa. Lo radiografía: si está tramando alguna macana, mejor que antes tome las debidas precauciones. La mujer es enorme y el baño, reducido. Lo aparta para sentarse en el inodoro. Le echa el humo del cigarrillo en la cara. Si va a masajearse, le dice, antes de rajarse al más allá que pague sus deudas en el más acá, le dice. Él no contesta. Cuando ella se da cuerda, termina golpeándolo. Si ahora lo muele en una paliza, no será la primera vez. Tampoco la última. En más de una oportunidad él se arrodilla rogándole que se calme, que este cuadro es una pedagogía degradante para la cría y, además, los vecinos, todo un papelón. Pero la cría aplaude las tundas. El único que se recluye temblando cuando ella le pega es el viejito. Después de cada paliza, cuando vuelve a la oficina y sus compañeros le señalan un moretón, se sonroja inventando un accidente.

Una toalla rápida por la cara. Se escabulle. En el living hay un diván. Todavía le queda un rato antes de ir a la oficina. Necesita dormir. Quiere acordarse de cuándo fue la última vez que durmió a su lado en la cama matrimonial. Se pregunta qué fue de aquella joven que conoció hace años, de una delgadez que a él, por entonces, se le antojaba de una fragilidad encantadora. Se acuerda. Se acuerda de que soñaba con dormir abrazado a

los pechitos de la joven. Pero una mañana, al abrir los ojos, a su lado roncaba eso. Vencido por la repugnancia, se pasó al sillón.

No es la diferencia entre lo que fuimos y lo que somos lo que nos abisma, piensa. Es la pereza con que nos abandonamos a la degradación.

11

Está encogido en el diván, durmiéndose, pero lo despabila la descarga del tanque de agua, la puerta del baño y la mujer que se acerca bufando. En posición fetal, los párpados apretados, se esconde en el fondo de sí mismo. La mujer, en la penumbra, lo cubre con el sobretodo. A ver si todavía se pesca una gripe y debe faltar a la oficina. Lo único que falta, murmura, es que él pierda el empleo. No le va a quedar un huesito sano si lo ponen de patitas en la calle.

Por la ventana que da a la calle sube el tránsito ahora más intenso. La oscuridad perdura mientras la ciudad arranca. Tiene que apurarse a dormir antes de que la mañana ilumine las paredes manchadas de humedad y el departamento entre en actividad. Se empecina en dormir, pero no puede. Le duelen los ojos. Necesita un reposo. Siente la espalda endurecida. Otra vez los párpados apretados, procurando dormir. El amanecer se le viene encima. Una claridad grisácea empieza a definir el ambiente. Los muebles oscuros contra las paredes de un verde opaco. Entonces la secretaria acude en su rescate. Ella viene envuelta en una luz etérea. Una brisa agita su pelo como en un comercial de shampoo. Sonríe radiante. Ya no le falta el premolar.

El despertador vibra en todo el departamento.

12

La mañana, finalmente. Por la ventana suben los motores de unos camiones militares, bocinazos, colectivos, sirenas, autos. El raspado de un fósforo que prende una hornalla. El hervor de una cafetera. El ruido de la tostadora. Un bostezo. Un carraspeo. Una canilla. Unas pantuflas. Las voces de la cría que emerge de su letargo. Después gritos, discusiones, insultos, lamentos. No puede discernir la tos de uno del catarro de otro. En el marasmo que se expande por la vivienda, le cuesta acordarse de cuántos son los integrantes de la cría, cuáles son sus nombres. Todos heredaron un rasgo suyo. Pero, al engordar, sus rasgos se volvieron caricaturas. Le cuesta identificarlos y diferenciar también los varones de las nenas. Es cierto que todas y todos se le asemejan en algo, pero también que esa expresión de maldad que tienen no es suya. Herencia materna, se dice. El viejito, en cambio, carece de ese aire pérfido. Quizá el viejito no sea tan bueno. Quizá el viejito se hace el bueno, que no es lo mismo, y explota su condición de víctima. Ninguna, ninguno, se le parece tanto como el viejito, que ahora, furtivo, se asoma por una puerta. Este hijo suyo, con su ojo en blanco y la renguera heredada.

La mujer no puede empezar el día sin el noticiero. Apenas se levanta, antes de lavarse la cara y de preparar un café, prende un cigarrillo y el televisor con el volumen al máximo. Un comando guerrillero se adjudicó esta mañana la voladura de un barrio privado ubicado en unas lomas de la periferia. Hasta el momento es imposible determinar el número de víctimas. Un yacimiento petrolero fue blanco de otro atentado. Las pérdidas son

millonarias. En combates con el ejército fueron abatidos decenas de terroristas. Sus familiares y amistades fueron detenidos. Mientras avanzan las investigaciones acerca de su organización, el gobierno ha declarado que no pactará una tregua a pesar de las amenazas. Se advierte a la población que las manifestaciones pacifistas se considerarán apoyo al terrorismo. En consecuencia serán reprimidas con toda la fuerza de la ley. Los subtes hoy operan en su horario habitual. Un locutor impersonal informa de las estadísticas de muertos del mes en enfrentamientos con el terrorismo, atentados, robos, violaciones, accidentes aéreos, automovilísticos, de tránsito y laborales. En la madrugada, en una villa miseria, se registró un tiroteo entre narcotraficantes peruanos y colombianos. Último momento: hubo un atentado en una clínica en la que se experimentaba con la clonación de bebés.

La mujer no se queda frente a la pantalla. Recorre la vivienda gritando a la cría, reparte coscorriones y usa el televisor como radio. No le preocupan ni los atentados ni las masacres. Sólo los crímenes domésticos. En un ataque de celos, una mujer castra a su marido. Un hombre acuchilla los pechos siliconados de su concubina. Una madre condimenta con raticida la papilla de sus hijos. Un nieto hornea a sus abuelos. Si la noticia de un crimen doméstico es truculenta, ella acude hacia el aparato y se queda fascinada. Esta clase de crímenes la atraen, crímenes tan caseros como una receta de cocina. Si la noticia genera un debate, ella siempre toma partido por los acusados y discute con el conductor, los entrevistados y los panelistas. Sólo ella, como abogada defensora, parece comprender los móviles de los inculpados. Cuando desvía la mirada desde el televisor hacia su marido, él se palpita lo que a ella le pasa por la cabeza y se pregunta cuánto falta para que se le ocurra pasar de espectadora a protagonista.

Después, el informe meteorológico. Consecuencia del calentamiento global, continuará el frente de tormenta que se abate sobre la ciudad. Se pronostican fuertes vientos y lloviznas ácidas.

Él quiere entrar a la cocina. Pero la cría lo atropella. La cocina es el corral donde se desencadenan las grescas. Cualquier motivo provoca una batalla. Un pedacito de fiambre, una cucharada de dulce, una tostada. La

mujer arremete contra la cría. Una nariz sangra. Un diente se quiebra. Un ojo en compota. A los golpes, la mujer pone orden. Lo dejan solo.

Se sirve un café. Cada vez falta menos para la oficina. Se pregunta qué opinaría la joven si lo viera en estas condiciones.

13

La tregua del café le dura poco. Le tiran de la camisa. Una gordita con trenzas. Le exige unas monedas. Quiere librarse de esta nena pedigüeña. Pero no puede: es hija suya. Para sacársela de encima busca monedas en el bolsillo. Le da una. La nena mira la moneda. No se conforma con una moneda. Le patea un tobillo. Él retrocede. La nena lo patea otra vez. Por qué no la agarra de los pelos, se pregunta, y la arroja por la ventana que da al pozo de luz. En medio del escándalo de gritos y golpes que se propaga desde la otra punta del departamento, nadie oiría caer a la chanchita voraz. Se inclina hacia la nena. Intenta convencerla de que no está bien que una niñita ataque a su papi. Le acaricia el pelo. La nena lo araña. Hasta que viene la mujer y se la lleva de una trenza.

Desde este rincón de la cocina oye a la mujer, marcial, ordenando a la cría numerarse. Los enfila y los despacha al colegio. Lo atrae el silbido de una respiración asmática bajo la mesa. El viejito gatea hacia él y se abraza a sus piernas. No quiere ir con la cría. Lloro llamándolo papito. Su ojo blanco también llora. A él se le hace un nudo en la garganta. La mujer vuelve por el chico, lo atrapa. El viejito se agarra de sus pantalones. La mujer atrapa al viejito por la nuca. Lo lleva con los otros. Desde el living llegan las risas de los demás. Hasta que se oye un sopapo y el estampido de un portazo.

Por qué en el colegio de sus hijos no surgió todavía uno de esos chicos asesinos que un buen día barren a tiros a sus compañeros, se pregunta. Hoy puede ser ese buen día, se esperanza. Aunque no lo sería tanto si los disparos eliminaran también al viejito.

Todavía en la cocina, él apenas se mueve. Sale de su rincón. De un tarro de galletitas, saca una y cuando está por llevársela a la boca, la mujer lo reta. Éstas son sus galletitas, le dice. Él devuelve la galletita al tarro. Qué hace todavía acá, le pregunta ella. Acaso no piensa ir a trabajar, lo acosa. Que no lo aguanta más, que está harta. A su lado, dice, perdió los mejores años de su vida. Los mejores años, repite. Arruinó su futuro, un futuro que ya fue. La mujer le quita la lata de galletitas, la guarda en la alacena. Cuando se acuerda de que estuvo a punto de casarse con un militar, se lamenta. Él baja la cabeza. Ella no aguanta su pusilanimidad, dice. Escupiendo, le habla. Lo zamarrea: le exige que mire en qué se convirtió ella por su culpa. Que la mire a los ojos, le ordena. Ella no era así antes. Era joven, linda, tenía pretendientes y era buena. Lo buena que era antes de casarse con él. Generosa también, le recuerda. Buenos sentimientos tenía.

Él sabe que la rabieta pone en peligro su integridad física. Apenas ella se da vuelta para guardar la lata de galletitas en la alacena, él se escabulle. Debería cambiarse la camisa, la corbata. Pero mejor no exponerse. Levanta el sobretodo del sillón, sale tropezando con lo que se le cruza, unos juguetes, una silla, la tele, que se desconecta cuando se le engancha un pie con el cable. Una vez en el pasillo ni se detiene a esperar el ascensor. Baja las escaleras a los saltos, gana la calle.

14

El fragor de la ciudad, la corriente interminable de autos y colectivos que arrancan, frenan, se atascan y avanzan, unos tras otros, unidos como en un convoy. La multitud nerviosa que colma las veredas esperando colectivos o corre precipitándose en la boca del subte. El hombre es un animal de costumbres, se dice al respirar el aire contaminado de la calle, la bruma impregnada de combustible. Pero él no se resignará como todos a la costumbre. Él está enamorado. Ahora su destino es otro. Las cosas cambiaron. Se lo jura a sí mismo, como si se lo jurase a otro, el otro, ese que anoche estuvo con la joven. Y ese otro es tan distinto al sumiso que se apura por esta avenida hacia el subte.

A esta hora, cuando todos marchan hacia el trabajo, son más frecuentes los ataques de los guerrilleros y el subte puede quedar fuera de servicio. A él le preocupan menos los ataques de los guerrilleros, un explosivo, el gas venenoso propagándose por vagones y túneles, que llegar tarde a la oficina.

Una llamarada se eleva en la otra esquina. Primero se ve el fuego y después se oye la explosión. Un camión militar vuela en pedazos. La onda expansiva ensordece. En el aire levitan partes de carrocería y restos humanos. Esquirlas, miembros, sangre. Una nube de metal, plástico, vidrio y carne se eleva y cae desperdigada sobre los hombres y mujeres derribados, heridos. Quienes vieron el atentado permanecen hipnotizados. Pero él sigue de largo. En unos minutos la avenida estará bloqueada por el ejército y las ambulancias.

Ojalá la joven no sufra ningún percance.

15

El ejército controla el ingreso a la boca del subte. Le piden el documento, lo palpan. Lo único que falta es que lo confundan con un guerrillero y lo carguen a un centro clandestino de detención, lo torturen y después lo tiren al mar desde un avión. Es que hoy en día no se puede saber quién es un subversivo y quién un ciudadano común. Le devuelven el documento. Puede pasar. Cuenta las monedas para el viaje. Toda su vida contó monedas. Si fuera rico, ya renunciaría al empleo, abandonaría la familia y, por supuesto, huiría con la joven. Le regalaría un implante odontológico. Cuando piensa, como ahora, en la fortuna, se ilusiona con un golpe de suerte o de arrojo. A través del azar o del robo. La lotería o un desfalco. En su caso, reflexiona, la suerte estuvo siempre en su contra y la tentación del robo no pasó nunca de una fantasía desesperada.

No muy lejos, a unos metros apenas, divisa al compañero. Atildado, con el pelo húmedo, el compañero lee un libro. Ignoraba que el otro fuera lector. En verdad, lo ignora todo del otro excepto que lleva un diario. El oficinista retrocede y se confunde entre los que esperan el subte en el otro extremo del andén. No quiere encontrarse en la situación de forzar una charla con el compañero. Aun en un diálogo superficial uno siempre revela algún detalle de sí, una hendidura que facilitará el acceso a la curiosidad del otro. Cuanto menos sepa del otro, se dice, también menos sabrá el otro de él. Menos mal, ya se oye un estrépito de vagones que viene del fondo del túnel.

Viaja comprimido entre hombres y mujeres atontados por el sueño. Apretado entre ellos no precisa colgarse de un pasamanos para conservar el

equilibrio mientras el vagón avanza chirriando a toda velocidad en la negrura del túnel arrancándole chispas a las vías. Entre empujones, balanceos, es un cuerpo entre los cuerpos. Vacas hacia el matadero. Futuras reses. Quizá los guerrilleros tengan razón al atentar contra los subtes: es el método más eficaz para terminar con los que no enfrentan su destino. Aunque si en este viaje detonara un explosivo y los gases se esparcieran a través de los vagones y el túnel exterminando a los pasajeros, hoy sí lo lamentaría. Porque hoy él no es un pasajero más, no es el mismo de ayer, no es el que era y aprendió la lección. El amor le ha enseñado que puede cambiar. Ha tomado conciencia de que puede ser otro. Y el otro, entre todos, se siente superior.

Se confunde entre la multitud que sale del vagón a codazos. El compañero, más adelante, puede verlo, se empeña en adelantarse a la muchedumbre. En cambio él quiere rezagarse. Es el último en pisar la escalera mecánica, subir a la superficie y la mañana. No se advierte gran cambio entre la luz artificial del subte y la luz diurna. La ciudad está envuelta en un humo de combustible que se pegotea con la llovizna ácida. Siluetas, perfiles, contornos. En lo alto, en los edificios, las cariátides, gárgolas y cúpulas se esfuman entre hilachas de niebla. El rumor de los helicópteros, sus hélices. No pueden verse pero están ahí, siempre, los helicópteros. Camina con la cabeza baja, hundida entre las solapas del sobretodo. Baldosas, cemento, asfalto, baldosas otra vez. Vadea un charco, unos tachos de basura y sigue. Elude unos perros clonados que le chumban, una pordiosera, unos uniformados del ejército de salvación. Abundan las promotoras que reparten volantes de negocios de computación, un delivery, una sauna, cursos acelerados de inglés, chicas bonitas, promociones diversas. Al cruzar una avenida, el semáforo pasa a rojo y debe detenerse en una dársena. Los autos le pasan cerca, lo salpican. Cuando termina de cruzar, dobla y, siempre con la vista baja, sigue su camino.

Se cruza con un grupo de hombres y mujeres que se alborotan con un espectáculo. No es novedoso ver parir a una india. Todo el tiempo están pariendo las indias. Todo el tiempo en todas partes. Sin embargo el espectáculo no deja de llamar la atención. El público, cada vez más

numeroso, contempla el parto como un acto de arte callejero. Ante la india hay tendida una manta con bolsitas de polietileno, una variedad de especias y hierbas. Pimentón, ají molido, orégano, sésamo, salvia, laurel, tomillo, azafrán, manzanilla, tilo. Junto a la india también hay una lata con monedas y billetes arrugados. A la larga, piensa, los indios volverán a reinar en este continente. No paran de reproducirse. La india no se inmuta. Baja, ancha, de ojos rasgados, rodete de pelo negro, es una estatua de arcilla. Se sobrepone al dolor, resiste el sufrimiento de las contracciones. Puja una y otra vez. Puja y la criatura empieza a salirle. Puja. Espasmos cortos. Le chorrean la sangre y el líquido amniótico. Puja. Corta el cordón con los dientes. Alza la criatura oscura y amoratada.

Pero no todos miran impasibles el espectáculo. Una rubia embarazada, probablemente una secretaria, se desmaya. Un hombre se marea y se aparta. Otros, trastabillando, se corren para vomitar. Un muchacho se descompone. Una vieja protesta. Varios retroceden con espanto. Alguien pide una ambulancia. El oficinista queda frente a la india parturienta. Se oye una sirena. Los curiosos le ceden espacio a la ambulancia. La sirena. Una paramédica salta de la cabina y dos enfermeros la siguen. Bajan una camilla. El público se abre ante los enfermeros. La paramédica se agacha sobre la rubia embarazada que no reacciona, le toma el pulso, le pone el estetoscopio, gira, hace una seña a los enfermeros.

En la vereda, todos le dan la espalda a la india. La rubia embarazada, la paramédica y los enfermeros captan la atención del público. Ante la india sólo queda él, impávido, mirándola a los ojos. La mujer envuelve la criatura en un poncho, la acuna. Después saca diarios de una bolsa y, siempre sosteniendo con un brazo la criatura, limpia a su alrededor, friega. Friega y lo mira. No le gusta cómo huele la mujer, pero igual le sonrío.

Todos miran a la paramédica revisando a la rubia embarazada. Los enfermeros la acuestan en la camilla, la suben a la ambulancia y se la llevan.

Después él se mezcla con el enjambre de hombres y mujeres acelerados por cumplir con sus rutinas mientras sobre las cabezas suenan campanas, el carrillón de una iglesia.

16

Al acercarse a la oficina él compra un chocolatín en un kiosco. Nunca le compra uno al viejito, se reprocha. No debe pensar en el viejito ahora. Él ahora es otro. Y el otro no tiene piedad. La piedad socava. El otro está más allá de la lástima. El otro sabe que los mendigos, por ejemplo, son tan molestos como necesarios. Molestos porque interrumpen el paso, apestan y espantan: son lo que uno puede ser, sin escalas, mañana mismo. Necesarios, porque su presencia permite la caridad: basta una limosna para que uno se sienta filántropo. La tragedia de los otros atenúa la propia. Ésta es la verdad, se dice, pero nadie quiere admitir que es así. Es que la sinceridad tiene mala prensa, se dice. Cuenta el vuelto, guarda el chocolatín. Está contento.

Levanta la cabeza. El rascacielos asciende perdiéndose entre las nubes. El oficinista admira la construcción. Con el sobretodo doblado en el brazo, ajustándose el nudo de la corbata, empuja la puerta giratoria y es uno más atravesando el hall. El júbilo lo desborda. Pero debe ser prudente. El jefe, se acuerda. La aventura amorosa de una secretaria siempre culmina en una cena con el jefe, cena íntima, copas de cristal y vino fino. Luego el auto del jefe destella cruzando las autopistas de la noche hacia un motel de la periferia y, más tarde, cuando lo prohibido se vuelve hábito, regalitos, un departamento coqueto. Imagina al jefe montando a la secretaria, resoplándole encima, bombeando. Los celos, independientes de su voluntad, como el amor, son femeninos, se repite.

Se siente una secretaria.

17

Esta mañana, antes de entrar a la oficina, se da cuenta de que se producirá un despido. Hay un muchacho con buena presencia esperando en la recepción, a un costado del acceso principal a la oficina. Cuando uno encuentra a una joven o un joven a un lado de la gran puerta de la sala, sabe que viene a reemplazar a alguien. Los nuevos esperan, listos a ocupar un puesto y ponerse en funciones mientras el personal ingresa asustado a la sala preguntándose a quién reemplazarán, quién será la despedida, quién el despedido. El joven engominado, de traje gris, camisa blanca y corbata azul, espera junto a la entrada como un granadero de guardia.

En un instante, apenas todos se ubiquen en sus puestos, un altavoz anunciará el nombre del despedido o la despedida. A través de una locución neutra, como de aeropuerto, se informará formalmente de quién se trata. Un equipo de seguridad, impidiendo cualquier oposición a la medida, rodeará el escritorio de la expulsada o el expulsado.

El oficinista teme que sea su turno. Se pregunta si la secretaria no le habrá contado al jefe que anoche se acostó con él. Por venganza puede habérselo contado. Tal vez, más ladina, la joven pudo decirle al jefe que él intentó conquistarla. Con las mujeres nunca se sabe.

Tiene que controlar los nervios. Puede no ser él quien será reemplazado en unos minutos. En sus años de oficina, toda una vida, ha visto desfilar por el edificio presidentes, vicepresidentes, directores, subdirectores, gerentes, subgerentes, jefes de sección, subjefes, ejecutivas responsables de área, supervisores, secretarias, telefonistas. Ha visto cambiar tantas caras. Cada

cambio, cada reestructuración, cada nueva división de secciones, traslados, apunta a una presunta transformación de la oficina, las jerarquías y las funciones del personal. Cambios de escritorios, paneles, muebles, alfombras, computadoras, programas, archivos, planillas y formularios. Un cambio de escritorio, un cambio de lugar, indican que nadie es dueño de nada. Así como a los empleados no les pertenece su escritorio, tampoco su vida. Si en la oficina deben cuidar su puesto trabajando, fuera de ella deben maquinarse cómo esmerarse para cuidarlo. Cada cambio, se espera, redundará en un mayor rendimiento. Excelencia, servicio, dinámica: éstos son los términos que suelen pronunciar los de arriba cada vez que se avecina un cambio. Los cambios se traducen en una inexorable racionalización del personal. Que puede ser masiva o parcial. Si un despido se produce como un hecho aislado, conviene alarmarse. Se trata de una advertencia.

En cualquiera de estas instancias no tiene sentido discutir la orden que ha venido de arriba. Ningún argumento modificará la sentencia de la superioridad. Lo que explica la mansedumbre con que el despedido acepta su nueva realidad.

Ni la cara de tragedia ni las lágrimas conmueven al equipo de seguridad que rodea al expulsado. Quienes protagonizan las escenas más tragicómicas son las mujeres. Arañan, muerden. Patéticas, al equipo de seguridad les lleva más tiempo reducir las. Finalmente, amordazadas, consiguen deshacerse de ellas. No son menos ridículos los empleados más nuevos: intentan resistirse, como si la medida pudiera ser revertida. Por más que se aferren al escritorio, sus intentos de resistencia son inútiles. El equipo de seguridad interviene y disuelve de inmediato la rebelión del despedido. Es patético cuando alguien llora, patalea y se sacude mientras lo sujetan de las muñecas y los tobillos y lo trasladan hacia uno de los montacargas del sector trasero. Sus gritos se oyen todavía. Después, por fin, el eco metálico de las puertas del montacargas.

Y si esta vez fuera el turno del compañero, se pregunta, entonces qué. Le causaría un gran regocijo que así fuera. Lo imagina al otro agarrándose del escritorio, negándose a abandonar el puesto mientras los de seguridad lo tironean. Entonces al otro se le cae el cuaderno. Y él no pierde la

oportunidad. Lo levanta, se lo guarda. Reza para que esto suceda. Aunque rezar para que a alguien le pase una desgracia es un sacrilegio, repasa mentalmente el padrenuestro.

Los parlantes pronuncian un nombre. Y el despedido se para. Está a unos pocos escritorios de distancia del suyo. Como todos, él evita mirar al despedido. Le parte el alma mirarlo. No obstante, la desgracia ajena opera como consuelo. Le tocó a otro. Ahora, una calma provisoria. Como todos, como cualquiera, al mirar de reojo al despedido, él piensa que cuando le toque su turno no cometerá ningún papelón.

En unos instantes, el escritorio vacío será ocupado por el nuevo que aguardaba en la recepción.

Los antiguos, los que más despidos han visto, parecen más resignados. Pero tampoco se acostumbran a la posibilidad de que uno pueda ser el próximo. Por más que fingen una cierta pasividad, los antiguos no toleran la idea de ser prescindibles, de que les pueda tocar la tragedia tantas veces repetida. A la larga, cuando hay un despido, nadie puede continuar con su tarea sin angustiarse. Y por si fuera poco, la angustia es peligrosa. Porque el nerviosismo puede hacerlo equivocar a uno en el trabajo y que el error cometido sea un motivo para ser la próxima, el próximo.

Sucede también que cuando el personal advierte a la nueva o el nuevo esperando, se los salude con una sonrisa, un guiño, un cabeceo formal, porque la nueva o el nuevo pueden ser en un rato vecinos de escritorio y no será negocio llevarse mal de entrada. Más vale adoptar una cierta diplomacia, aguardar que transcurra un tiempo razonable en el que se medirá cuánta rivalidad hay en el escritorio de al lado.

El despedido de esta mañana, rodeado por el equipo de seguridad, parado frente a su escritorio, lo acaricia con delicadeza, como quien despide el ataúd que contiene a un difunto querido. Después el despedido mira a su alrededor. Todos le evitan la mirada. Si advirtieran lágrimas en los ojos del despedido se les estrujaría el corazón. No pueden concederse la lástima si quieren seguir la jornada. Mirar al despedido es mirar atrás. No hay que mirar atrás. Lo que le ocurrió al despedido, su despido, no tiene arreglo. Que se lo lleven. Que desaparezca de una vez. No quiere mostrarse

derrotado el despedido. Sonríe. Después, de un cajón, saca una bolsa de plástico y empieza a guardar sus efectos personales. El equipo de seguridad le revisa la bolsa y controla cada cosa que el despedido se lleva. Sólo efectos personales: ni un clip. Lo agarran de un brazo, se lo llevan. Antes de que el despedido abandone el salón, se cruza con el nuevo que viene camino a su puesto.

Pasadas las ejecuciones, los cambios muestran su verdadero objetivo: que todo siga igual. No obstante, los más jóvenes, obnubilados por un aumento de sueldo, un ascenso, se toman en serio cada cambio. Hubo una época en que él también se tomaba en serio los cambios. Pero ahora lo único que le importa es que no lo despidan. Se agarra fuerte del escritorio, agacha la cabeza y espera que el viento pase.

No puede atribuir el agobio de esta mañana sólo a la noche pasada. El despido que le pasó tan cerca también pesa en su ánimo. Sin contar que la exigencia laboral se ha incrementado. Porque desde hace un tiempo, con el objetivo de agilizar la burocracia, en la oficina se abolieron los feriados, fines de semana y vacaciones. Se ha creado un nuevo régimen de expedientes, pero el cambio causa el resultado adverso: los expedientes nuevos son más engorrosos, aumentan hora tras hora y los empleados no dan abasto. Millones de expedientes no pudieron ser ingresados al sistema informático. Y el sistema, a su vez, suele interrumpirse debido a los saltos de corriente eléctrica que provocan los atentados.

Así las cosas, quienes no sean devotos de la oficina integrarán las próximas listas y habrán de sumarse a las bandas de rasposos sin techo que duermen en la calle. Porque los empleados consideran a los harapientos con desprecio, un desprecio en el que puede leerse el terror: ellos, mañana, tras una decisión de los de arriba, pueden ser esos espectros que, a su vez, les devuelven una mirada de desprecio, pero con un desprecio de otra clase: la de quienes conocieron ya el pozo de sí mismos.

Tiene que aplacar estas elucubraciones. La mañana continúa sombría en los ventanales. La llovizna ácida se fue espesando. El cielo brumoso tiene una reminiscencia nocturna. La oficina se ilumina con tubos fluorescentes, lámparas de escritorio y la radiación de las computadoras. El compañero, ya

en su lugar, clasifica carpetas. La computadora de la secretaria está prendida, pero ella no está en su puesto. Con precaución, dándole la espalda al compañero, deja el chocolatín sobre el escritorio de la secretaria y después, radiante, se sienta en su puesto, prende la suya.

Frente a los escritorios, están los despachos de los directivos de cada sección. El personal jerárquico se comunica con el personal apelando a una cordialidad neutra que incluye el tuteo. Si alguien tiene que dejar por algún motivo su escritorio, se lleva unos papeles, una carpeta. Nadie deja su lugar sin fingirse ocupadísimo. Esto se llama profesionalismo. Y el profesionalismo no permite fallar. Bajo ningún concepto. Si la que falla es la computadora, la falla puede adjudicarse a su operador. Que esta mañana a él le falle la máquina es, más que un imprevisto, una señal de que quizá las cosas no marchan como esperaba.

Lo exaspera el desperfecto de la computadora, pero más la ausencia de la secretaria. Por qué ella no está en su puesto, se pregunta.

18

Todas y todos conectados a sus computadoras. Apenas se oyen los teclados. Cada tanto, el martillazo de un sello. Y otra vez, los teclados. Antes de venir a la oficina, el personal va a un gimnasio. La preocupación por la salud y la belleza es proporcional al temor de perder el puesto. Un enfermo no rinde. Un desaliñado sugiere apatía. Eficacia, lo que cuenta. Todas y todos orgullosos de integrar este ejército de escritorio. Ellos con camisa y corbata y ellas con blusas y polleras de colores discretos. Manifiestan visiblemente un tácito espíritu de cuerpo. Al oficinista le consta que a veces, entre ellas y ellos, se da una atracción. Lógico: con tantas horas encerrados, ganados por el instinto, desembocan inexorablemente en un súbito apareo clandestino que descarga la tensión. Si alguien, detrás de un panel, en un baño, descubre un hombre y una mujer, dos hombres o dos mujeres, dos hombres y una mujer, o dos mujeres y un hombre, todos jadeando en un arrebató de calentura, mirará hacia otro lado. Aunque después circule el rumor de la relación, no pasará a mayores mientras no apunte hacia una boda. En cuyo caso una de las partes deberá renunciar evitando que los conflictos conyugales puedan trasladarse a la oficina. En los años que lleva en la oficina el oficinista nunca tuvo un flirt. Nunca.

Trata de relajarse. Por fin la computadora funciona otra vez. Él se mimetiza con la eficiencia del personal. Le sale fácil mimetizarse, aunque su apariencia no lo convence. Si permanece en su puesto, lo sabe, no se debe a su aspecto. A fines del siglo pasado, fue uno de los pocos que supo adaptarse al progreso de la informática, cuando las computadoras

reemplazaron a las calculadoras y máquinas de escribir. Su adaptación rápida provino antes del miedo que de su velocidad intelectual. Si ha permanecido en su puesto se debió a su docilidad y, fundamentalmente, a su astucia para escatimar sus conocimientos de los viejos trámites, sus orígenes remotos. Se ha vuelto indispensable como un archivo. Le gusta que lo califiquen tan útil como un archivo. Lo demuestra esa foto que expone sobre el escritorio: se lo ve en una fiesta aniversario de la oficina recibiendo del jefe un mouse de bronce que usa, satisfecho, como pisapapeles.

Mientras espera que su computadora vuelva a funcionar, para sosegar, le saca punta a un lápiz. Escribe la carátula de una carpeta. Y sella algunos expedientes. Está por levantarse, retirar el chocolatín del escritorio de la secretaria. Se siente ridículo. Mira el cielo en el ventanal: una placa arratonada. Vuelve ese mareo. Se pregunta de cuánto valor dispone como para lanzarse en una carrera hacia el ventanal, tirarse de cabeza, saltar al vacío en una explosión de vidrios. Él ha pensado antes en el suicidio, pero ahora le parece inminente. Tiene que aguantar. Una rigidez lo atornilla, la mandíbula contraída. Si no se calma le van a sangrar las encías, piensa.

La secretaria sale del despacho del jefe. Trae unas carpetas. Esta mañana viste un traje sastre azul. Avanza resuelta, con elegancia. No es una secretaria. Es una azafata. Ella descubre el chocolatín sobre el escritorio y, girando, le dedica al oficinista un guiño cómplice. Pero él no se deja engañar: ella viene del despacho del jefe. Tiene mal cerrado el cierre relámpago de la pollera. Cuando ella se cruza de piernas, él repara en que el tejido de una media tiene una arruga casi imperceptible. El cierre relámpago sin abrochar y la media corrida. Dos indicios claros de lo que ocurrió en el despacho del jefe.

Ella abre el chocolatín, lo muerde. Paladea. Con picardía, asoma la punta de la lengua, se relame. Lo mira insinuante. Una falsa, piensa él.

Y se da vuelta. Porque es seguro que el compañero está captando estos gestos en su cuaderno. En efecto, cuando él se gira, el otro, con esa sonrisita, como un chico descubierta en falta, guarda el cuaderno.

Que la computadora funcione otra vez es una señal positiva, se dice. Aunque no sabe señal de qué. En vano trata de concentrarse en el trabajo. Teclea como un autómata. Desde su escritorio, ella lo espía. A él le parece que hay simpatía en esa mirada detrás de los lentes redondos, pero puede ser una trampa. Se levanta, se disculpa. No tiene ninguna razón para disculparse, pero se disculpa igual. Se dirige a la salida del salón, atraviesa el pasillo, entra al baño, comprueba que no hay nadie y se encierra en un retrete.

Parado, apoyando una mano en los azulejos, se masturba con furia.

19

Agitado, al regresar a su escritorio, la secretaria le dice que el jefe ha preguntado por él. La culpa de todo lo que le pasa esta mañana, se dice él, la tiene ella. Lo de anoche fue imperdonable. No fue amor. Fue sexo. Sólo sexo. Y él, como un imbécil, se dejó cautivar por una trepadora que lo usó para amortiguar su soledad luego de una discusión con su amante. Ella ha evaluado lo que perdía en una ruptura con el jefe, la muy zorra. Esta mañana se apuró a llegar antes a la oficina y se reconcilió con el jefe. Está claro: arrepentida de la noche anterior, querrá librarse de él. Su próxima jugada será impulsar su despido. Debe cuidarse de esta inescrupulosa que ahora, con un tono neutro, como si acá no hubiera pasado nada, le dice que el jefe ha pedido los cheques.

Entre las tareas administrativas, los cheques son una de sus máximas responsabilidades. Por su antigüedad en la oficina se lo ha juzgado idóneo para analizar presupuestos, discriminar pagos. Toda la contabilidad de la oficina pasa por su escritorio. El oficinista la estudia minuciosamente. Después el jefe apenas examina los papeles. Al confiar en su subordinado, muchas veces los firma confiado, sin prestarle mucha atención. Lo mismo ocurre con los cheques.

En el despacho del jefe, con sus ventanales que enmarcan las nubes oscuras, la única luz proviene de la lámpara del escritorio. Del jefe sólo se ven sus manos gigantes y el anillo imponente. El resto del cuerpo permanece en la penumbra. Quien entra a este despacho se siente en inferioridad. Le debe haber ocurrido a la joven, piensa. El jefe debió

aprovecharse de su fragilidad. Siente el sometimiento de la joven en su propio cuerpo. El jefe manoseándolo, bajándole los pantalones, los calzoncillos, torciéndolo hacia adelante sobre el escritorio, las nalgas al aire, y él, agarrándose de los bordes del escritorio mientras el otro, con una mano en su cuello y otra en la cintura, entra en él.

El jefe tiene sobre el escritorio un portarretrato con marco de plata: el jefe y su familia en el frente de un chalet. Acá se lo ve al jefe con sus seres queridos, una mujer rubia, de belleza formal, y los hijos de la pareja, también rubios. Un varoncito y una nena. En la foto se ve que la familia ostenta un nivel social elevado. Sin dejar de ponerse en el lugar de la joven, mientras el jefe lo posee, boca abajo, de bruces sobre el escritorio, y sintiéndose, a su vez, también él clavado, en la misma posición, las nalgas al desnudo, el vientre prominente del jefe sobre él, los pantalones en los tobillos, un dolor agudo en el ano, con la mejilla aplastada contra el escritorio, mira la foto familiar. Despacio, lo ha ido ganando un abandono gustoso. Siente el chorro de esperma. Lo que más lo humilla es sentir que el chorro del jefe detona su propio chorro. El orgasmo del jefe explota el suyo.

Mira la foto familiar y cierra los ojos. Lo terrible no es que el jefe se montara a la joven. Lo terrible es que ella pueda haber gozado.

Se reprocha pensar estas porquerías. Un enamorado debe ser idealista, soñador.

Se pregunta qué clase de amor es el que siente.

20

El jefe está leyendo unos documentos. Ignora al subordinado ante su escritorio. Él carraspea: su modo de anunciar que está ahí. Al agarrar la carpeta con los cheques, el jefe ni siquiera levanta la vista. Después de un rato largo se fija en él. Le pregunta, a quemarropa, qué opina de esa foto de su familia. El oficinista balbucea. No se le ocurre qué decir. Una familia modelo, le parece. Preferiría que el jefe lo reprendiera por un error a responder una pregunta tan comprometida. Que le diga de verdad lo que ve en esa foto, lo que piensa de su familia, le pide. Al jefe le deben haber encomendado una nueva racionalización de personal. Lo tantea para averiguar hasta dónde llega su servilismo. Ya pasó antes por estas rachas de pánico en que un rumor sibilino sobrevuela los escritorios convirtiendo a los compañeros en enemigos. Cada mirada, cada gesto, una alerta. La traición rondando en cada escritorio. Él sabe cómo agarrarse del escritorio hasta que pasan los despidos. No obstante, nunca se puede distraer. Las eliminaciones en serie arrasan cuando menos se espera.

El jefe levanta la foto, la contempla. Después, con tristeza, se toca la pelada y comenta que a sus hijos no se les va a caer el pelo. Desolado, el jefe se toca la pelada. A sus hijos, en cambio, no les va a pasar, dice. Que observe bien a los chicos en la foto. Que compare el pelo de esos chicos con su pelada, le dice. Ellos tienen pelo, dice el jefe. Y son rubiecitos. Mucho pelo. Y rubiecitos. El jefe le pregunta si tiene idea de por qué a sus hijos no se les caerá el pelo. El oficinista enmudece. La situación es delicadísima. Cualquiera que sea su respuesta, además de espontánea debe ser

condescendiente sin ser chupamedias. Finalmente el oficinista arriesga una opinión. Los hijos no sufren todavía el estrés del padre, dice. Porque ser jefe, opina él, estar en ese lugar, desempeñar un cargo de tanta responsabilidad, debe ser extenuante. Eso es lo que él piensa, dice.

Al jefe no lo conforma la respuesta. Que no le tenga lástima, le pide. Si sus hijos tienen pelo y son rubios es por otro motivo. Balcánicos. Importados. Tras una sucesión de análisis, resultó que su mujer era estéril. El matrimonio decidió adoptar. Prefirieron bebés de los Balcanes antes que indiecitos. Importados, repite el jefe. Rubios. Su esposa y él los eligieron rubios.

La adopción es todo un acto caritativo, opina él. Habla de su nobleza. Pero su elogio no tuvo efecto.

El jefe se acaricia la frente, las entradas, la pelada, y sonríe con amargura. Quizá más tarde decida liquidarlo como testigo, sospecha él. Si le ha revelado lo de sus hijos, le aclara el jefe, es porque lo considera inteligente. A veces, le confiesa el jefe, se siente tan solo. La soledad del poder, dice. Desde ya, le sugiere reserva sobre esta cuestión.

Sin controlar los cheques, el jefe los firma. Él espera callado. No sabe qué decir. El jefe le devuelve la carpeta con los cheques, el oficinista lo mira. Ésta debe de ser la primera vez que él le mantiene la mirada al jefe. Tiene que decir algo y no se le ocurre qué. Una frase sabia, que pueda aplicarse como consuelo en cualquier situación desgraciada. A él le gusta tener siempre a mano un repertorio de frases. Refranes, aforismos, dichos de personajes célebres. Suelen sacarlo de un apuro cuando ignora qué decir. Así pasa por ser un tipo con sentido común. Nada menos común que el sentido común. El menos común de los sentidos, como dice un adagio. No tiene que ser un talento para salir del paso. Sólo ser lacónico y elemental. Murmura un refrán. El jefe lo mira, lo mira y se toca otra vez la pelada, se toca la pelada y medita, medita y sonríe, sonríe y le agradece. Al dejar el despacho, él tiene la camisa pegada a la espalda.

La secretaria se le acerca, le pregunta si está todo bien. Y él, sin saber qué es todo y qué es bien, asiente. Ella le pregunta qué hace al mediodía, si no quiere que almuercen juntos. Ella ha tomado la delantera otra vez. Ahora

como nunca debe ser cauto. Aunque por la manera en que le habla es de nuevo la joven inocente. Se pregunta cuál de las dos es ella: si la de anoche o la que estuvo hasta hace un rato encerrada con el jefe.

 Todos somos otro, piensa.

21

Al mediodía el centro es un hormiguero. Al salir del edificio la multitud los envuelve. Caminan por la avenida y doblan por la peatonal. En cada esquina, camiones militares, brigadas antimotines, equipos con cascos, chalecos antibalas, lanzagases, ametralladoras y perros de ataque. La llovizna ácida ha menguado, pero el día sigue brumoso. A pesar de los comercios y las vidrieras iluminadas la sensación que se tiene es nocturna, sensación que refuerzan los reflectores de los helicópteros enfocando aquí y allá, vigilando que no se formen grupos. Que cuatro o cinco personas se junten puede ser el origen de una manifestación. Un grupo aquí, otro allá, varios más, de pronto gritan, se concentran y arrojan granadas contra los edificios. Los más peligrosos son los guerrilleros suicidas que pueden entrar en un banco, un ministerio o un restaurante cargados de explosivos. Entonces el centro de la ciudad es un campo de combate. Una masa de desesperados busca refugio mientras las explosiones y los disparos aturden. Alaridos, corridas, ladridos, gases, llamaradas, escombros, chatarra, cuerpos mutilados. Si se produce un disturbio él tirará de la joven hacia una recova y, sin desperdiciar la ocasión, con el afán de protegerla la abrazará y la besará. Pero este mediodía se presenta sin novedad en el frente céntrico. Y él no puede desplegar su heroísmo. Tiene que conformarse con ser amistoso.

La ciudad tiene sus matices azulados. Reverberan los neones, los semáforos, el resplandor colorido de las vidrieras. Hay un temblor lumínico entre el humo de los caños de escape y el polvo que asciende y se expande

desde las excavaciones que cuadrillas de obreros indios realizan sin parar. Pozos, zanjas, boquetes. En la ciudad no se interrumpe el tendido de nuevas líneas de subte. Si los antepasados de los indios levantaban pirámides, ahora sus descendientes cavan bajo tierra, comenta el oficinista. La secretaria le dice que él es muy observador. Sonríe complacido. Al ir y venir de hombres y mujeres, al tránsito acelerado y rugiente, al tronar de motores y máquinas, se suman los chillidos de las cubiertas al frenar, las sirenas policiales, las voces del gentío, el clamor de los vendedores ambulantes y, a menudo, la música del altiplano ejecutada por un trío de indios con poncho, quena, charango y bombo. La pareja dobla por una peatonal. A pesar de la multitud, en este desfiladero de hormigón y cemento, los sonidos urbanos son los de un patio.

Entran a un comedero decorado con plantas y helechos artificiales en macetas doradas que buscan atenuar la frialdad del plástico, la fórmica, el acrílico. El lugar tiene un aire tropical, fotografías de fuentes y platos de comida, postres y frutas, dispuestos en paneles, alternan con los menús de oferta y las pantallas de tevé que transmiten los noticieros: saqueos, secuestros, asesinatos, protestas, tomas de edificio, turbas encapuchadas enfrentando carros de asalto, corridas, granadas. En un colegio una nena de doce años disparó contra su maestra y toda su clase. El oficinista le presta atención a esta noticia. No es el colegio de sus hijos. Los comensales forman fila ante los mostradores y los recipientes de comida. La profusión de sonidos de vajilla y las voces nerviosas de las camareras detrás del mostrador atenúan la música funcional. Un bolero. Él sabe la letra. Le susurra a la joven unos versos de pecado y de castigo.

Los dos, uno junto al otro, entre el gentío hambriento buscando bandejas y cubiertos. Después encaran los mostradores donde aguarda la comida. Para ella, una pata de pollo con puré de calabaza. Para él, cordero asado con papas. Se sirven agua mineral.

En los televisores, vías, pastizales, pobrerío, una ambulancia, paramédicos. A bordo de un tren, unos pibes despojaron a un viejo de su jubilación y después lo arrojaron a los rieles. El viejo fue arrollado por un tren que venía en sentido contrario. La cámara enfoca el cuerpo mutilado, el

torso por un lado, las piernas por otro, un brazo a unos metros, un pie. Los bomberos recogen los miembros en los alrededores y los depositan en una camilla.

Ahora los dos, uno frente al otro, en una mesa, comen y se miran. Mastican con la boca cerrada. So pasan una servilleta de papel por los labios antes de tomar agua. Ella, con esos anteojitos en los que él se ve reflejado, combina inocencia con un desenfado travieso. Esta mirada no puede ser la de una trepadora, piensa.

Más allá, solitario, en una mesa, lo ven al compañero. Lee y escribe mientras lee. Entre bocado y bocado de un pastel de carne, concentradísimo, parece estar copiando en el cuaderno lo que lee. Mira el libro y después escribe. Una y otra vez. Los dos, él y ella, se han fijado en el compañero al mismo tiempo y lo observan sin decir nada. Ninguno se anima a un comentario. Él teme que a ella se le ocurra invitarlo a compartir la mesa, pero no. Ella se cuida de decir qué piensa del compañero. Y esta prudencia suya, piensa él, no es gratuita. Es sabido que todo comentario injurioso sobre alguien de la oficina es una lengua de tres puntas: hiere al que habla, hiere a quien lo escucha y hiere al atacado. Ignorándolo al compañero, como si no existiera allí esa presencia que les recuerda la oficina, vuelven a su conversación. Pero las palabras perdieron la espontaneidad. Juraría que los dos están pensando en lo mismo: la visión del compañero, la misma alarma. Que los vean juntos se presta a suspicacias. Y si no fue casual, se pregunta, que el compañero eligiera ese comedero para almorzar.

Hablan de comida. A ella le gusta la comida japonesa. A él, la italiana. Que a ella le guste la comida japonesa lo alerta. Debe haber sido el jefe quien la inició en la comida japonesa, todo un artilugio de seducción. Al pensar en el jefe, se atora. Necesita tomar agua para respirar con normalidad. Ella le pregunta si probó la comida tailandesa. Él niega con la cabeza. Lo más lejos que llegó en sus viajes gastronómicos fue a la China. Cantonesa, dice. Y la comida mejicana, le pregunta. No, no la probó. Le dijeron que es picante. No le sientan las comidas picantes, aclara ella. Se sonroja: está operada, dice. No hace falta que explique más. Una noche él la

invitará a un restaurante francés. Lo dice y se queda mirándola, pendiente. Ella corta la pata. Le dice que intuye en él a un individuo sensible. Cautivado, aplica todo su ingenio en exponer lo que sabe de historia y geografía. Por ejemplo, los tallarines. Los trajo Marco Polo de Oriente. Le cuenta los viajes de Marco Polo y, más tarde, se extravía en un relato sobre la ruta de la seda. Está por subir hacia el norte, hacia el oro de Siberia, pero se interrumpe. Le pregunta si no la aburre. Interesadísima, ella le contesta que no. Todos los días se aprende algo nuevo, le encanta todo lo que él sabe. Con humildad, él baja la cabeza. Ella nunca hubiera imaginado que tan cerca, en ese escritorio, había un ser tan espiritual. Halagado, él le dice que no tiene que idealizarlo. Ella le pregunta si él cocina. Ésta es una buena oportunidad para que él hable de sí, de su desdicha conyugal, pero sonará a recurso típico de adúltero. Ella lo mira. Él no puede sostener esa mirada: lo evidencia. Se abochorna. Se desvía hacia la mesa donde almorzaba el compañero. Se ha marchado sin que él lo advirtiera.

El curry y la salsa de soja le encantan, dice ella.

Se quedan callados. Se quedan callados y se miran. Se miran y bajan la vista. Después él mira un televisor y ella mira lo que él mira. Unos pibes de la calle se resisten a ser capturados por la policía. Una piba con una navaja se debate contra dos mujeres policías que la arrinconan contra un alambrado. Las policías la doblegan a bastonazos, la esposan y la meten en un patrullero. La cámara enfoca su cabeza sangrante, un reguero rojo en el asfalto. Cuando pasa la secuencia informativa, vuelven a mirarse. Siguen en silencio. Ninguno habla de lo que les pasó anoche.

Hasta que él no aguanta más y le dice lo que piensa, que es necesario que hablen de anoche. Porque lo que sintió anoche, confiesa, no lo había sentido antes. En los televisores unos autos arden al costado de una ruta desierta, humaredas oscuras, cadáveres esparcidos entre los bomberos y paramédicos que corren. Ella le dice que no es necesario que confunda lo ocurrido con un enamoramiento. Por repentino, le contesta él, su amor no es menos real. Desde la madrugada, cuando se despidieron, él no hizo más que pensar en ella. Ahora mismo no ve el momento de estar de nuevo con ella. Perdidamente enamorado, le dice, así está. Ella lo escucha. Lo escucha y

come. Come y en el plato queda el hueso de pollo. Ni rastros del puré de calabaza. Él apenas probó bocado, le dice ella. Él mira con tristeza su plato. La carne se ha quedado fría. Ella le señala las papas. Que coma esas papas que le quedan. Es que el amor le quita a uno el apetito, sonrío él. Se da cuenta de que no debería insistir con su declaración. La ve sentada en las piernas del jefe, contándole este almuerzo, su declaración. Ella lo imita. A carcajadas, se ríen. De él se ríen. Todavía riendo, ella se arrodilla, le busca el pene al jefe y se lo pone en la boca. El jefe le agarra la cabeza.

Y si ésta fuera otra de sus fantasías, se pregunta él.

Toma agua.

22

La hora de almuerzo se le pasa volando. Se pregunta si esta sensación del tiempo escurriéndose será sólo suya. Se levantan, caminan entre los comensales, se abren paso hacia la caja. Se adelanta a pagar. Ella se opone. Él insiste. A medias, le dice ella. Esta negativa, piensa él, puede ser un gesto feminista, pero también de rechazo. No puede evitar la frustración. De golpe se le ocurre que regalarle unas flores sería lo adecuado. Se pregunta qué flores le gustarán. Pero, reflexiona, si ahora le regala flores, al volver a la oficina, al verla llegar con las flores, todos van a comentar. Tiene que esperar, piensa. En la tarde encontrará otra oportunidad para volver a la carga. No va a dejar pasar esta noche. Y al pensar en la noche piensa la palabra como si la pronunciara un bolerista caribeño: *nochie*.

Al salir a la calle, los helicópteros. Cuando vuelan tan bajo es porque está por pasar algo, dice él. La agarra del brazo, apuran el trayecto que falta hacia la oficina. Apenas cruzan el hall, detrás de ellos, una explosión hace temblar el edificio. La onda expansiva, el estruendo taponando los oídos. Él la empuja hacia el ascensor. Que corra, le grita él. Que no se detenga, le dice. El atentado fue en la calle, enfrente. Desde la calle, gritos, disparos, ladridos, llantos, sirenas, caos. El personal se avalancha hacia los ascensores. Las puertas del ascensor se cierran: apretados entre el personal. Hay quien sonríe histérico. Quien está por vomitar. Y quien se hizo encima. Ella le agradece el instinto protector.

Se instalan en sus escritorios, retoman el trabajo. El escritorio del compañero permanece vacío. El oficinista tiene de pronto la esperanza de

que haya muerto en el atentado. Sería todo un alivio si lo hubiera matado la explosión. Se imagina a los bomberos y los rescatistas juntando los restos del compañero, acá un brazo, acá unas tripas, por allá un pie. Pero no, el compañero llega poco después. Se sacude el polvo de los hombros y se sienta en su escritorio.

Si Dios existe, piensa el oficinista, tendría que librarlo de este tipo.

23

De aquí en más, hasta el fin de la jornada, deberá contener su pasión. Y también estar atento a la mirada del compañero, una mirada que puede sentir en la nuca. Gira hacia atrás: el compañero parece concentrado en su trabajo. Levanta la cabeza de un expediente y le devuelve esa sonrisita.

Así como en la madrugada anterior, al abandonar el departamento de la joven, empezó a contar los segundos que lo separaban de este día, así ahora empieza otra vez a contarlos. La boca arenosa, las palmas húmedas, taquicardia. Domar la ansiedad, se dice. No puede. Manotea un block. Anota cada frase de la conversación en el comedero. Lo que ella le dijo, todo lo que ella le dijo. Cada frase se presta a distintas interpretaciones. Frase tras frase, anota. También anota cuáles fueron las reacciones de la joven. Ella sonrió, anota. Suspiró, anota. Guardó silencio, anota. Sus anotaciones, descubre, se parecen a un diario íntimo. Piensa en el compañero y su cuaderno. Lo estremece pensar que tanto tiempo estuvo cultivando el desprecio al otro y ahora, recién ahora, se da cuenta de que a tan escasa distancia, en ese escritorio vecino, se encontraba alguien que podía ser un amigo. Lo ataca el vértigo: ganas de volverse sobre el compañero y contarle todo, abrir su corazón y confesarle su desolación y también cómo, envenenado por los celos, desconfió de él pensándolo un enemigo. Seguramente el compañero, ante su corazón abierto, lo abrazará. Pero no tarda en recobrar la razón. Quizá sea prematuro ventilar su intimidad, piensa. Ésta puede haber sido otra de sus fantasías.

Después, por encima de unos folios, espía a la joven. Lo único que falta para que el resto de la tarde se convierta en un martirio es que el jefe la llame a su despacho. Suena el teléfono de la joven. Ella atiende. Después, con unas carpetas, entra en el despacho.

Él cuenta los minutos. Los minutos suman una hora. Las horas, un calvario. Todo el personal se retira. También el compañero. Hasta mañana, se despide. Él apenas le devuelve el saludo. Si fuera valiente, piensa, entraría ya al despacho, y aun cuando ella estuviera en cuatro patas y el jefe cabalgándola, él se impondría: verían esos dos quién es él. Pero, se pregunta, cómo va a demostrarles quién es él si él mismo no lo sabe. Los ventanales se oscurecen y, en el atardecer, el personal empieza a retirarse. La oficina desierta. La secretaria sigue en el despacho.

Finalmente se decide. Demasiada humillación, piensa. No aguanta más. Apaga la computadora. Recoge el sobretodo, se lo pone y se aloja: el pasillo, el ascensor, baja. El silencio del edificio. Llovizna ahora. Después del atentado, protegida por tabiques, la entrada del edificio de enfrente es una ruina oscura. Unos obreros cargan escombros en un volquete. Él sigue su camino. En la esquina se para, se alza las solapas y entra en una cabina telefónica. Se recrimina no haberle pedido el número de su celular a la joven. Levanta el tubo, comprueba que tiene tono, pone unas monedas, disca. Escucha el mensaje de recepción del conmutador de la oficina, disca el interno del jefe. No atiende. Lo que deben estar haciendo esos dos. Corta y vuelve a llamar. Llama al interno de la joven. Del otro lado el teléfono suena, suena, suena y suena. Sigue sonando mientras ve que un auto sale del edificio. Es el auto del jefe. El auto pasa junto a la cabina telefónica. Él se encoge. Ella viene con el jefe, acurrucada.

Sin soltar el tubo, él se deja resbalar hacia el piso de la cabina. Con el teléfono en la oreja, llora escuchando el llamado sin respuesta en la oficina desierta.

24

En el último tiempo, al anochecer, empieza a vencerlo una somnolencia espesa. Cuando la siente venir, cabecea. Mira alrededor. Nadie reparó en su somnolencia, el sueño fugaz. El agotamiento. Por suerte nadie se dio cuenta de ese cabeceo. El escritorio de la secretaria sigue vacío. Muchos de sus compañeros apagan las computadoras, ponen llave a los cajones de sus escritorios, se despiden hasta mañana. Pero él no. Esta noche no abandonará su puesto mientras ella permanezca en el despacho. No volverá a tolerar una humillación como la de noches atrás, cuando ella se fue con el jefe. Si ella piensa marcharse con el jefe, antes deberán pasar por delante de su escritorio. Entonces él le clavará los ojos. A ver si ella tiene el tupé de sostenerle la mirada.

Se dedica a un expediente, revisa los cheques una y otra vez. El trabajo es una fuga. Si le fuera posible separar la cabeza del cuerpo, aflojaría sus tuercas y analizaría los circuitos, sus conexiones. Se imagina a sí mismo como un robot capaz de corregirse que, al quitarse la cabeza, ponerla sobre el escritorio y con la ayuda de destornilladores y pinzas, puede aflojar una pieza tras otra, acomodar los conductos por los que debe fluir el deseo. El muñeco mecánico descabezado pone la cabeza en el escritorio, revisa una válvula, cambia un fusible quemado, conecta de nuevo dos cables y repara su propio mecanismo. Después, al volver la cabeza a su sitio, ajustándola de nuevo al cuerpo, se siente satisfecho: ningún deseo, por frenético que sea, alterará su funcionamiento normal.

Pero la desesperación lo puede. Una jaqueca insoportable. Se le nubla la visión. La boca arenosa, las palmas húmedas. Taquicardia, un mareo nauseoso. Se incorpora despacio, con una naturalidad fingida. Va al baño. Y en el baño se afloja el cuello de la camisa, se remanga, se moja las muñecas, la cara, y después traga unas aspirinas. Cada vez que esto le ocurre, evita mirarse en el espejo. Pero después de un momento largo le toma el gusto a su imagen en el espejo: un gusto turbio lo atrae. No es fuerte quien devuelve los golpes sino quien los asimila, se dice.

Tiene razón el otro. Si su debilidad es su fuerza, la aplicará para conseguir que, mediante la piedad, la secretaria cambie de idea. Le dará tanta lástima a la joven que terminará entregándose. Piensa en un famoso cantante ciego, en su éxito con las mujeres. Si el ciego ejerce ese hechizo no se debe a su voz estridente de cantante de subte. Se debe a su ceguera. La falta le garantiza el poder. Pero él no es ni cantante ni ciego. Es rengo. No cree que con su renguera pueda lucirse en un vals. Mira la hora.

El despacho. Ella sigue ahí. Los dos siguen ahí.

25

Vencido, regresa a la madriguera. Mientras viaja en subte, único pasajero a esta hora, como siempre lee una revista científica. Si se le preguntara qué lo atrae de estas revistas respondería que la búsqueda de una verdad a través de experimentos, pensar que las cosas no son obra del azar, que hay leyes, reglas, una lógica que justifica todo lo que pasa en el universo. Todo lo que pasa bajo el cielo debe contar con una explicación. Pero en vez de sosegarlo, toda explicación genera una incógnita nueva. Acumulando información sobre toda clase de fenómenos a veces se hunde aún más en cavilaciones desoladoras. Un espíritu racional, el suyo, se dice. Un ejemplo: cuando reconoce que es paranoico, no se avergüenza porque en un artículo ha leído que los paranoicos, en su delirio, tienen algo de razón. Nada de lo que le ocurre es gratuito. Pero no termina de explicarse por qué todo lo que le pasa le tiene que pasar a él. No es justo, se dice.

Si se ilusionara con la astrología, se dice, su existencia sería más llevadera. De ser cierto que la suerte está escrita en el cielo, que es factible predecir el futuro, podría anticiparse a los hechos, saber cuáles son las circunstancias, dónde actuar o dónde quedarse quieto. Pero un artículo le quitó esta ilusión. Un experimento realizado en Manchester. Los científicos siguieron de cerca la evolución de unos cuantos bebés nacidos en el mismo día, a la misma hora. El seguimiento se prolongó a lo largo de varios años. Y se arribó a la conclusión de que cada uno de los bebés, ahora adolescentes, había resultado diferente de los otros. Los astros en nada habían influido en la orientación de sus vidas. Cada uno apuntaba hacia un

destino diferente. El cielo, quedó probado, no es responsable de nuestros éxitos y fracasos.

Si pudiera creer que todo su dolor tiene una explicación, un sentido, piensa mientras se adormece.

La revista se le cae de las manos.

26

Un anochecer, en el silencio de la oficina desierta oye el sonido de una lapicera escribiendo detrás suyo. Después, las patas de una silla raspando el piso al desplazarse. El compañero también se ha quedado después de hora. Le pregunta si quiere tomar un café, que se lo alcanza. El oficinista vacila. Por qué no, piensa. Desde que tomó conciencia de que él también podría llevar un diario, aunque no lo lleve, el compañero empezó a caerle mejor. Quizá no es extraño que los dos, en este combate de todos contra todos y sálvese quien pueda, sean espíritus gemelos. Vaya él a saber qué tribulaciones acucian al compañero. Consulta su reloj de bolsillo. Le dice al compañero que no se moleste. Y lo sigue hasta el dispenser del café.

La quietud del ambiente los envuelve. Y aunque son los únicos dos que se quedaron hasta tarde igual hablan bajo. No sabe cómo entrar en confianza. Se pregunta por qué no ser frontal. Le pregunta al compañero si a esta hora no preferiría estar con su familia antes que en la oficina. No tiene familia, le contesta el compañero. Y hace una pausa. Después, con una expresión de felicidad, le dice que por ahora no tiene familia, por ahora, recalca, pero pronto la tendrá. Porque con su novia tienen proyectado irse a vivir lejos de la ciudad, muy lejos, a la Patagonia. Los dos están ahorrando para emprender un porvenir juntos en un territorio de redención. Porque la Patagonia es curadora, le dice. En la Patagonia se puede empezar de cero.

Busca la billetera. Extrae una foto. Ésta es su novia, le dice. Es una chica pelirroja, de ojos claros, angulosa, delicada, pero que en su estilo, observa, puede ser también un diablito. Tiene el uniforme oscuro de una

petrolera y unos guantes negros, enormes. Está parada junto a un surtidor de combustible. El uniforme oscuro realza el color fuego de su pelo. Debe tener su temple, opina él. Si la viera trabajar, dice el compañero, vería lo que es ella. Carga el combustible, mide el aceite, el aire de los neumáticos, limpia los parabrisas. Sabe mucho de mecánica. Es un trabajo duro. Pero no le hace mella. Por más duro que sea el trabajo y por cansada que esté no pierde esa sonrisa. Ella ahorra íntegras las propinas. El carácter es importante, dice el compañero. Para trabajar duro hay que tenerlo. Pero además ella tiene voluntad. Es lo que más le gusta de la chica: que consigue todo lo que se propone. El oficinista le devuelve la foto. Además de ser tenaz, le dice el compañero, la chica es muy mística. Quizá la tenacidad y la mística vayan juntas. Con orgullo se refiere a su novia.

También él se sacrifica. Los tíos alquilan un cubículo en la periferia, en un barrio apartado. Y hay días en que se ahorra el colectivo y el subte y viene y vuelve caminando. Caminar tonifica. Otros días pasa de largo el almuerzo. Entonces va hacia la estación de servicio, que no está lejos de la oficina, toma un café en el 24 horas y desde su mesa contempla a la chica deslomándose entre los autos. Cada tanto, desde los surtidores, ella le sopla un beso. Locos de amor, en efecto. Una vez que reúnan el dinero necesario para comprar un camión viejo lo adaptarán como casa rodante y viajarán al sur, se asentarán en tierras fiscales en un valle entre cerros y montañas, le dice. Construirán una cabaña, tendrán una chacra, tendrán hijos, muchos hijos, vivirán de la naturaleza y cada uno podrá dedicarse a lo suyo, ella al cultivo y él a escribir. Porque él escribe, le confiesa. Está compenetrado en el estudio de la literatura rusa, cuenta. Ha estudiado el idioma y la escritura en cirílico, dice. Y le pregunta si ha leído a los rusos. No, el oficinista no ha leído a los rusos. Lo reconoce, no, no ha leído a los rusos. A él le apasionan las revistas científicas. Cuanto más avanza la ciencia en sus investigaciones sobre el ser humano, más se aleja del conocimiento del alma. Porque al acercarnos a la verdad, nos acercamos al dolor. En vez de infundirle paz, dice, las revistas científicas lo hacen sentir más microbio. Los rusos, dice el compañero. Debe leer a los rusos. Tiene los ojos húmedos. Los rusos saben de la verdad interior. El compañero parece al borde del llanto. Ése es su

sueño, dice. Profundizar en los rusos. Un sueño que no se ha atrevido a contar no tanto por miedo a la burla sino al qué dirán, a la sospecha.

El compañero se calla. Lagrimea. Le pide perdón por haberlo abrumado con esta confesión. De pronto está asustado. Que se tranquilice, le dice él. Que no hay nada de malo en su sueño. Además no se lo contará a nadie, promete. Todos tenemos un sueño. Como todos tenemos un secreto. También él, así insignificante como se lo ve, tiene un sueño. Y tampoco se anima a contarlo. Tal vez porque los sueños, al contarlos, si no estamos a su altura, revelan, además de nuestra vanidad, nuestra frustración más recóndita.

No debe angustiarse, le dice el compañero. Todo hombre tiene una necesidad de pureza que lo impulsa a respirar aire limpio. Como prueba de amistad y también como un pacto entre ellos, le dice, le hablará de su sueño. El oficinista se sorprende de estar hablando con la precipitación y la turbulencia de alguien que estuvo atragantado por la culpa. Aunque él no ha cometido un delito. Enamorarse no es un delito. Y él está enamorado. Se sorprende contándole al compañero su tragedia familiar, se sorprende contándole su relación con la secretaria, se sorprende contándole que sueña huir con ella, se sorprende contándole que él tampoco aguanta más. También está por llorar. Y, mientras está contándole, empieza a sentir que se desconoce contando, que no es él quien habla sino otro. El otro.

El compañero lo abraza. La confesión los une, le dice. Abismarse en la confesión es la esencia del alma rusa. Que no tema, lo calma. También él es reservado, dice. No le dirá a nadie lo que le contó. Abrazados, los dos lloran. Pero no lloran por la misma razón.

El oficinista llora de miedo.

Más le vale urdir pronto cómo eliminar al compañero.

27

Camina en la noche. Cuando terminan las calles empieza el descampado. Después, unos médanos.

Se detiene en la playa. Apenas puede oírse el sonido del oleaje, un chapoteo sereno y monótono. Un iceberg se desplaza en la noche. Puede ver la ciudad reflejada en el hielo. Al pasar cerca de la costa el hielo adquiere unas proporciones magníficas. Sin embargo sólo una parte ínfima del hielo es la que asoma en la superficie, piensa. Qué significa la aparición de esta montaña de hielo a la deriva, se pregunta.

Pierde conciencia de cuánto tiempo se queda absorto en la contemplación del iceberg.

28

Desde aquella vez de la confesión el compañero lo trata como si fueran amigos de toda la vida. Con su sueño de pureza, piensa el oficinista, el compañero debe sentirse gran cosa. Un santito en el burdel, uno de esos poseídos que caminan sobre las brasas. Nadie más peligroso que uno que va de puro, piensa. Como los guerrilleros. De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno. Le repulsa acordarse de cuando se confesó y la forma en que el compañero, como redimiéndolo, lo abrazó. Fue un error lamentable el suyo. Porque al confesar su intimidad, ahora está en riesgo. Ese inocentón, tarde o temprano, soltará la lengua. Con la misma candidez con que le contó su sueño patagónico, mañana el compañero contará su tragedia familiar, la relación con la secretaria. Quizá no le cuente a alguien de la oficina, pero sí a la pelirrojita esa. Supongamos que le cuenta a su novia: exagerando su intervención, le cuenta. La pelirrojita, tan pura como él, se sentirá también gran cosa al escuchar la historia porque la desgracia de los otros siempre tiene la virtud de consolarnos de la propia. Y como contar una historia de sufrimiento, además de cumplir un efecto moral, queda bien y habla bien de quien la cuenta, ella, a su vez, se la contará a una amiga. A su vez, esta amiga, divertida con el relato, lo contará a vaya uno a saber quién. Y así como se dice que nos separan sólo siete personas del rey de Inglaterra, su intimidad, un boomerang, aterrizará en la oficina y, como forma perfecta de cerrar un círculo, todo llegará a los oídos del jefe.

Tiene que esperar, se dice. Ya se le ocurrirá una forma para liquidar al compañero. Tiene que esperar como ahora espera que la secretaria salga del despacho del jefe. La espera no es un estado pasivo. Comprende una serie de acciones que, aun insignificantes, lo socavan. Cargar de tinta la almohadilla de los sellos, sacarle punta al lápiz o acomodar los clips pueden ser acciones que se cargan de sentido y propician la reflexión. Lo mismo que ir hasta la máquina del café, agarrar un vaso de plástico, llenarlo, volcar el azúcar, revolver. La espera es una paz engañosa.

Los pensamientos retumban en sus sienes. El malestar es también el endurecimiento de la nuca, una contracción en las mandíbulas, en la espalda y ese sudor que le empapa el cuello de la camisa. Los primeros murciélagos de la noche. Puede sentirlos.

Quizá la soledad es el mal de los males, piensa. Acaso el jefe se sienta solo, se pregunta. La joven también se siente sola. Su mujer se siente sola. La cría se siente sola y el viejito, se acuerda, el viejito debe ser el que más solo se siente de todos. Pero sus respectivas soledades no pueden compararse con la suya. Al terminar la jornada, volver a su domicilio lo eviscera. Una revelación le frena la escritura de un protocolo, el traslado de un expediente a otra sección. Si toda la historia con la secretaria le causó semejante descalabro emocional se debió al pavor a la soledad. Pero en vez de menguar su soledad, la aumentó. La soledad que le inculcó la joven es la de una isla desierta. Porque la soledad del enamorado es corrosiva. El amor lo ha encajado en una soledad a la que no estaba acostumbrado, la soledad del saber que estamos siempre solos. Vislumbrar que uno puede escapar de sí mismo, ser menos uno y ser más otro con otro, le despertó una ilusión. Por un momento confió en que podía ser otro. Pero el temor al abandono lo ha enfrentado a la conciencia de otra clase de soledad: la conciencia de lo perdido. Si es cierto que sólo se pierde lo que no se ha tenido, la soledad del enamorado, una conciencia permanente de la pérdida, lo carcome.

Mira otra vez la hora. Esos dos siguen en el despacho. Cierra los ojos. A esta hora, excepto las luces de su escritorio y el de la secretaria, la oficina está sumida en una penumbra submarina. Es un cadáver que desciende, entre cardúmenes y algas, hacia lo más hondo.

Se muerde la cutícula del anular izquierdo, se arranca con los dientes un pellejo, vacila entre escupirlo o tragarlo y finalmente se lo traga pensando en el tiempo que ha despilfarrado en toda esta acción, una acción que, en su pequeñez, lo espanta. Por qué no vuelve cuanto antes a su hogar, se pregunta. Hogar, se dice. Con tristeza piensa en el término hogar. Sin embargo se pregunta por qué no volver a su hogar con un ramo de flores para su mujer. Después de todo, se consuela, ella, su mujer, y no otra, será quien, si él se enferma, le colocará el termómetro, le preparará un té con limón, se acordará de las medicinas. Aunque es cierto: en estos cuidados ella demuestra más preocupación por el sueldo mensual que por su salud. El matrimonio y la familia son una guarida. Quien más, quien menos, todas aquellas y todos aquellos que quieren un matrimonio, una familia, no buscan otra cosa que un lugar donde esconderse y guardar sus secretos más vergonzosos. Y se pregunta cuál sería la reacción de la mujer si regresara con flores. Lo aterroriza que a ella le den ganas. Ya no se acuerda de cuándo fue la última vez que, obedeciéndole, se encaramó sobre ella.

Más que acariciarlo, ella lo frota. A él le da asco su piorrea. Ella lo lame y le deja baba en la cara. Como su erección se retarda, ella se lleva el pene a la boca. Lo engulle. Y después se acuesta boca arriba y se lo sube, lo acomoda. Él agradece estar arriba. Si fuera al revés el coito terminaría en una costilla rota, una fractura de cadera. Ella lo sostiene de la cintura, subiéndolo, bajándolo. Él se esfuerza para que el pene no se ablande. No quiere pensar en qué ocurriría si se ablandara justo ahora. Oye unas voces. Es la hora de la limpieza.

El motor de las aspiradoras. Si no estuvieran los limpiadores, se inclinaría ante la puerta del despacho, espiaría por la cerradura. Por qué pensarla tan perra, se pregunta. Lo que está en juego en todos sus pensamientos, se dice, es su coraje. Pero reconocerse cobarde, piensa, tiene su mérito. Aceptar que se es cobarde, piensa, implica un grado de honestidad que el prójimo no siempre está en condiciones de tolerar. El cobarde que se sabe cobarde, deduce, posee una honestidad de la que carece aquel que se lanza ciego al combate para ocultar el miedo. Está convenciéndose de la lucidez de este argumento cuando le parece escuchar

a alguien que le susurra por encima del hombro. Es el otro. Un cobarde será siempre un cobarde, le dice el otro.

Él niega con la cabeza. Mira a su alrededor. Lo único que le falta es que los limpiadores lo vean discutiendo solo. No le conviene llevarle la contra al otro, que trata siempre de ponerlo en ridículo. Está dispuesto a darle al otro la razón con tal de que lo deje en paz con los expedientes y los cheques. No tiene sentido continuar con estas reflexiones. Pero el otro, zumbón, insiste. A él no puede engañarlo. Nadie le conoce tanto como el otro. Fue, es y será siempre el testigo de todas sus agachadas.

Un helicóptero desciende más de lo acostumbrado. El ronroneo del motor aturde. Sus reflectores enceguecen. Las hélices despedazan los murciélagos. El motor, las hélices, los reflectores, los murciélagos espantados. Uno tras otro los murciélagos reventados son sombras sanguinolentas que se estrellan contra los vidrios. Magnetizados por el helicóptero, enloquecidos, sus pedazos dispersos vuelan en la luz de los reflectores. Y cuando uno, decapitado, choca contra los vidrios, despide un chorro de sangre. Los murciélagos sangrantes se estrellan contra el vidrio. La forma en que estas criaturas nocturnas aletean ciegas hacia su destrucción debe ser un presagio. Le dan vértigo los murciélagos suicidándose.

29

Después, como todas las noches de su vida, apaga la computadora, ordena los útiles, se pone el saco, descuelga el sobretodo del perchero. Mira la hora. Suficiente. Ya esperó bastante. Un instante más y se derrumbará, piensa. Si ella sale del despacho y lo encuentra todavía aquí pensará que es un baboso. Más le vale apurarse, perderse de una vez. Está poniéndose el sobretodo cuando ella traspone la puerta del despacho. Que la espere, le pide. Al oficinista se le aflojan las piernas.

Si no le gustaría acompañarla, le pregunta ella.

Sonríe embobado.

Después de unas cuabras ella lo toma del brazo. A medida que las palabras y los gestos se suceden, todo le sugiere un sueño realizándose. Le duele pensar que quizá lo trágico de un sueño no es que pueda concretarse. Es el despertar. Porque una vez que se le tomó el gusto, la vida será intolerable si no vuelve a repetirse. Y uno será más desgraciado que antes, cuando ignoraba cómo era esa felicidad.

Si pudiera no pensar más, se dice. Caminan en la noche brumosa y helada. Sorteán a los últimos empleados y a los primeros sin techo que se guarecen en los pórticos y las recovas envolviéndose en sus frazadas rotas y mugrientas, en los cartones con que se resguardarán de la temperatura polar. Algunos se ubican debajo de vidrieras todavía iluminadas. Vidrieras. Ropa. Muebles. Lencería. Electrodomésticos. Vajilla. Herramientas. Confituras. Cosméticos. Audio. Juguetes. Licores. Mascotas. El oficinista y la secretaria miran la vidriera de una veterinaria con mascotas, perros,

gatos, conejos, loros, peces de colores. Recién clonados, promete un cartel. Con dos años de garantía.

Bajo la vidriera del negocio, los sin techo se pelean por una caja de vino, se empujan, ríen. Al principio los toreados son un simulacro, después una trifulca. Una mujer le pega una trompada a un borracho. Se apodera de su vino. El otro le devuelve el puñetazo en la boca. La mujer suelta la caja. Cae. El vino se derrama. Con rabia, el tipo pateo a la mujer. Los otros empiezan a cubrirse con sus trapos y cartones, refunfuñan. El tipo se arrima tambaleando al grupo. Amontonándose juntan calor para pasar la noche. Garúa. Más frío que anoche hace. Bajo cero.

Él agarra a la joven de la mano. Pasan junto a los acostados. Una vieja, con la cara cubierta de costras marrones y negras, alarga una mano sucia y llagada mendigándole. Él tira de la joven. La pordiosera le pregunta si la putita es tan cara que no le deja un centavo para una pobre ancianita. La banda de esperpentos festeja la ocurrencia. La vieja corcovea de risa.

Cuando quedan atrás los tirados, él le pregunta qué películas le gustan. Las comedias, contesta la joven. Las comedias románticas. Enumera sus favoritas. A él también le gustan las comedias, dice. Pero más las policiales. Especialmente esas en que se sabe desde un comienzo quién es el culpable y todo lo que hay que esperar es que lo descubran. Quiere cambiar de tema. Porque si la joven le pide ir al cine no le alcanzará el dinero para comprar las entradas y después invitarla a una pizza. Desviando la conversación, él dice que le encanta la gente con sentido del humor que sonrío frente a los contratiempos. Es que los problemas, con el tiempo, se miran de otra manera, dice. El tiempo es como la distancia, dice el oficinista. A más distancia de un problema, más acotada es su intensidad, opina. La comedia, por ejemplo, es tragedia más tiempo. Con interés, ella le dice que no sabía que él era filósofo. Él le contesta que todos llevamos dentro un filósofo o un artista, pero no todos tenemos la suerte de expresar el talento y éste es su caso, con sus años de oficina, sus responsabilidades, compromisos de los que siempre quiso sustraerse para desarrollar una existencia acorde con sus ideales, una vida más plena. Por ejemplo, dice, en la época de Mozart un obrero ganaba veinticinco florines al año. Mozart, en cambio, ganaba arriba

de mil florines por concierto. A él le hubiera gustado ser un creador. Ella le dice que le hubiera gustado ser actriz. Pero cuando tuvo la oportunidad, la dejó pasar. Pensó que la mayoría de los actores eran unos muertos de hambre. Y se embromó. Ahora igual es una pelagatos. Así que tuvo que aprender a conformarse. En la vida todos tenemos una oportunidad. Si la dejamos pasar estamos fritos. Que no se queje, lo consuela ella, porque no está mal ser el hombre de confianza del jefe, su mano derecha. La sola mención del jefe lo alerta. Por qué ella le habla del jefe, se pregunta. Nunca hubiera imaginado que el jefe lo valoraba. Tiene que creerle, dice ella. Sabe por qué lo dice. Otra vez los celos. Se imagina a la secretaria y al jefe, se imagina a los dos mofándose de él. Qué le habrá comentado el jefe, se pregunta. Por qué se ha puesto tan serio, le pregunta ella. Que no sea un artista no quiere decir que no tenga sus valores como persona. Tiene razón, acepta él. Ella tiene razón. Volviendo a la comedia, dice. Si a ella le divierte la comedia, opina, será bueno que mientras están juntos, en vez de contarse sus problemas respectivos con amargura, que lo hagan con humor, mirando adelante. Al menos él empezó a hacerlo desde la noche juntos, porque desde esa noche cambió su vida. Hoy fue un día feliz, dice. Tiene las manos húmedas mientras lo dice. Ella camina pensativa. No quiere hablar de amor todavía, le pide. Es muy pronto, dice.

En verdad, piensa él, el gran dilema existencial es la memoria. Hace que uno no pueda olvidar quién es, se dice. Porque si pudiera olvidarse no le transpirarían las manos. Quisiera no tener conciencia. La conciencia es como los helicópteros que sobrevuelan la ciudad buscando siempre un disturbio. A pesar de la vigilancia de los helicópteros él no quiere confiarse demasiado en este andar por las calles desiertas. Tendría que pensar pronto adonde llevar a la joven. Si van directo a su departamento puede ocurrir que ella esta noche no lo invite a subir. No debe olvidar las horas que ella estuvo encerrada con el jefe en su despacho. No puede, no debe confiarse del todo. Tiene que pensar. Tiene que pensar pronto. Tiene que pensar pronto dónde llevar a la secretaria para prolongar el estar juntos. Además en un rato las calles del centro serán tierra de nadie.

Hay tantos lugares a los que él querría invitarla. Pero ninguno al alcance de su bolsillo. Uno, se dice. Uno debe haber, seguro. Entonces le pregunta a la secretaria si a ella le gustan los chicos y ella le contesta que sí. Tener hijos es uno de sus deseos íntimos más profundos, le confiesa. A propósito de los chicos, le pregunta él, si le gustan los chicos le tiene que gustar el kickboxing, esos combates entre pibes. Ella contesta entusiasmada: le apasiona el kickboxing. Varias veces fue a ver kickboxing. Él evita preguntarle con quién fue. Una de estas noches, promete, la invitará a un torneo de kickboxing. Al principio los campeoncitos eran filipinos, pero con el auge mundial ahora hay también en nuestra ciudad una primera línea de combatientes y una segunda que viene con todo. Lo que son esas peleas, exclama. Los pibes, a pesar de su contextura escasa, son pura garra. Es increíble su agilidad, los reflejos en el ring. Lástima que esa ferocidad, como tantas cosas lindas de la infancia, la pierden al crecer. Con la misma bravura que un combatiente puede romper de una patada la cara de su contrincante, el otro puede arrancarle la oreja de un tarascón y escupirla al público. Es cierto que muchos pibes combaten sin llegar a campeones y quedan en el camino, descerebrados y rotos, inútiles para toda otra actividad, pero quién les quita ese relámpago que los acercó a la gloria enseñándole a los adultos cómo se lucha por la vida. A ella la sangre no la impresiona, dice. Si tuviera un hijo lo mandaría a practicar kickboxing. El porvenir se presenta incierto para las nuevas generaciones. Una formación en management y el dominio de varios idiomas hoy no alcanzan. Hace falta educarse en una mentalidad luchadora. Cuando ella traiga una vida a este mundo procurará que no le falte entrenamiento para la jungla de asfalto. No quiere que su hijo sea un timorato agarrado a un empleo de oficina. Ningún perdedor de escritorio será su cachorro, dice. No lo educará para que en una tanda de despidos termine, como estos miserables, durmiendo bajo una vidriera iluminada para ningún consumidor en la noche.

A él le lastima lo que ha dicho. Le retira el brazo. Baja la cabeza. Ella se da cuenta de que lo hirió. Tartamudea. No fue su intención menoscabarlo. No lo dijo por él eso de perdedor de escritorio. Con quién fue a ver kickboxing, le pregunta él. Y se da cuenta de que ésta es una pregunta que

no debió hacer. Ella lo mira, lo mira y calla. Tarda en responderle. Menos averigua Dios y perdona, dice. Es tarde. Está cansada.

Él se retrae. Y ella pregunta qué le pasa, en qué está pensando. Ella sabe en lo que está pensando. De acuerdo, se fastidia: se lo dirá. Con el jefe fue a ver kickboxing, cuenta. Dos veces fueron, solamente dos veces, le aclara. Mejor dicho, tres, se corrige. Le irrita que él le pida explicaciones. No le está pidiendo explicaciones, dice él. Curiosidad, dice. Simplemente curiosidad. Esas veces, por si a él le interesa, fueron después a acostarse. Qué más quiere saber él. Si la satisface sexualmente el jefe, quiere saber. Si ella ama al jefe, eso quiere saber, le pregunta. Si quiere saber detalles, que pregunte. De frente, que le pregunte de frente.

Él se muere por saber, pero dice que no. Se disculpa: no quiso mortificarla. Ella está fuera de sí. A ver si a él le queda claro, dice. No quiere hablar de amor. No quiere enamorarse más. Y es demasiado tarde para andar por el centro. Ella se opone a tomar un taxi. Le parece un derroche. Si se apuran pueden alcanzar el último subte. De improviso ella cambia el tono. Ella le habla como a un chico: que se conforme con lo que hay ahora. Quedó brandy de anoche, sonrío.

30

Viajan solos en el último asiento del último vagón del subte. Peligroso el subte a esta hora. Las estaciones desiertas. En la próxima, puede subir una banda de rapados con bates de béisbol. El estrépito del tren en los intestinos de la ciudad. La joven habla a los gritos y apenas se impone al traqueteo metálico. Se cuida de mencionar al jefe. Por qué no lo menciona, se pregunta él. Para no herirlo, se contesta. La piedad, piensa. Cuando ella se cansa de gritar, grita él una de sus frases de ocasión. El viaje se hace eterno. Cada vez que el tren se detiene en una estación y se abren las puertas el oficinista no respira tranquilo hasta que se cierran otra vez. A veces, los dos, con las bocas secas, se callan. El sonido del acero los encierra en unos silencios bruscos. Entonces se vuelven hacia la ventanilla. A él no le gusta verla reflejada porque al abrir tanto la boca en el vidrio se proyecta la falta de su premolar. Para entenderse tienen que gritar. El esfuerzo deforma sus caras.

Las puertas se abren y se cierran en las estaciones. El tren fantasma parece más liviano y veloz. Debería cambiar el humor, se reprocha. En especial ahora que su sueño está haciéndose realidad. Al pegarse a la joven para escuchar mejor lo que ella dice, una duda lo muerde. Se pregunta de cuál de los dos se habrá enamorado ella, si de él o del otro.

Bajan. Los estampidos de los molinetes. El eco de los pasos. Los únicos pasos que se oyen en los túneles. Al acercarse a las escaleras mecánicas, el frío nocturno entra en los huesos. Los monoblocks no están tan cerca como él calculaba. Cruzan una plaza de cemento. Aquí la noche es más negra, la

bruma, impenetrable y el frío, cortante. El edificio de viviendas más próximo está a una cuadra. Si él matara a la joven, nadie oiría nada. Nadie, nada. Un crimen perfecto. Una de las tantas muertes violentas de la zona. Para justificar el crimen le robaría el dinero de su cartera. La patrulla acusaría a algunos pibes de la calle. Si lo descubrieran, cuando los detectives lo interrogaran, respondería que la mató para recordarla siempre hermosa. Por qué se le ocurre esta idea, se pregunta. Porque no quiere que la ilusión se disipe. Ella mira alrededor. Tiene miedo, le dice. Él no se imagina la violencia que hay en esta zona. Ni en su propio departamento se siente segura. Si alguien entrara en su departamento y la atacara, ningún vecino acudiría en su auxilio. Los que están despiertos y mirando la tele, al oír sus gritos, subirían el volumen. Los que están dormidos, al despertarse con los alaridos, se darían vuelta en la cama y se taparían la cabeza con la almohada. Asustada por el silencio que los rodea, ella recomienda que crucen la calle y caminen por la vereda de enfrente, que está más iluminada. Rápido, le pide ella.

Puede ver el kiosco iluminado, la luz amarilla en la base de un monoblock. Divisan las siluetas: muchachos y chicas emborrachándose. Oyen la música. Que se serene, le dice él. No es que no se sienta segura a su lado, le dice ella, pero les conviene dar un rodeo por detrás de una estación de servicio. Él se opone: a media cuadra de la estación de servicio está la autopista. Y bajo sus pilares no saben con qué pueden encontrarse. Que lo siga, le dice él. Que no tenga miedo, saca pecho. Llevando del brazo a la joven, aguanta el terror. Se acercan al kiosco. La patota baila. Pase lo que pase tiene que seguir adelante. Camina erguido, llevándola de un brazo.

No terminan nunca de pasar frente al kiosco. Cruzan entre la patota. Los cuerpos, perfume barato, sudor, alcohol. Teñidos y rapados, tatuajes y piercings. Ropa de combate y camperas negras. Él y ella cruzan sin mirar a los costados. Escuchan la música, risotadas, bromas. La música y el frenesí de la patota. Están demasiado borrachos y drogados para reparar en la pareja. A él le cuesta convencerse de que lo peor pasó.

Llegan al monoblock. Entran al departamento y ella se descalza. Para él es como si se desnudara. Después ella apaga el celular, baja el contestador y

se pierde en la cocina.

Él contempla otra vez cada objeto. Esos platos en las paredes, las porcelanas, las fotos familiares, los diplomas enmarcados y los ositos de peluche. La cantidad de ositos. Cada elemento tiene una historia, piensa. Y en cada historia hay un secreto. Él quisiera revelar todos sus secretos.

Ella vuelve con dos copas, saca la botella de brandy. Esta mujer sabe lo que los hombres quieren y lo que puede obtener a cambio, piensa él. Necesitaba un trago, dice ella. Él la imita. El brandy lo quema. Se pregunta cuál de las dos es la auténtica: si la de anoche o ésta. Se quita el sobretodo, el saco, se afloja la corbata, toma otro brandy. Sentado en el sillón, con una soltura impostada, abre los brazos y los estira sobre el respaldo. Espera que ella venga a su lado. Pero ella da vueltas. Pone un disco. La melancolía de un fox trot. Una tristeza le oprime el corazón cuando ella se sienta en un sillón frente a él y cruza las piernas sobre la mesa ratona. Ella bebe paladeando. Lo mira insinuante por encima de la copa. Le pregunta si él se masturba.

Él la ama, le contesta. Ella dice que ya se lo dijo: nada de amor. Quizá debería marcharse, piensa él. Ella se toca. Le pregunta si él no se masturbaría para ella. Él no se masturba. Prefiere hacer el amor, dice. Que no le hable de amor, le pide ella. No esta noche. El amor no es más que soledad, dice. Por favor, que se toque para ella, le ruega. Si quiere, insinúa, puede ayudarlo. Viene hacia él, le abre la bragueta, le pregunta si le gusta. Ella también se toca, le dice. Que mire cómo se toca, le dice. Se tocan y se miran. A ella se le llenan los ojos de lágrimas. Él se frena, busca un pañuelo de papel, pero ella le pide que siga. Ella llora y se toca. Que no se distraiga, le ruega ella. Que siga, pide ella. Que no pare. Él también llora. Pero le gusta.

31

Las tres de la madrugada en todos los relojes de la ciudad. Las tres de la madrugada en las calles mojadas. Las tres de la madrugada en los pórticos donde yacen los sin techo. Las tres de la madrugada en las estaciones del subte. Las tres de la madrugada en las plazas de cemento. Las tres de la madrugada en las autopistas desiertas. Las tres de la madrugada en los escombros llameantes del último atentado. Las tres de la madrugada en el campamento guerrillero. Las tres de la madrugada en los cuarteles. Las tres de la madrugada en las pistas de aterrizaje. Las tres de la madrugada en los hangares, los helicópteros quietos con sus hélices húmedas de sangre de murciélagos. Las tres de la madrugada en los hospitales silenciosos. Las tres de la madrugada en las celdas de las comisarías y en el hacinamiento de las cárceles. Las tres de la madrugada en el puerto. Las tres de la madrugada en los palacios del gobierno. Las tres de la madrugada en la oficina desierta. Las tres de la madrugada en el departamento donde su mujer y la cría duermen. Las tres de la madrugada en el departamento de la secretaria. Las tres de la madrugada en el country donde vive el jefe con sus adoptaditos balcánicos. Las tres de la madrugada en el cubículo que comparten el compañero y su novia. Las tres de la madrugada y él introduce un puño en su vagina. La joven jadea, se comba. En esta madrugada, a las tres, él se da cuenta una vez más de que no puede vivir sin ella.

Aunque ella no hable de amor, él piensa que ella lo ama. Cree entenderla: ella teme un nuevo fracaso sentimental. Como con el jefe. Pero el jefe no debe haberse entregado como él, calcula. El jefe la debe haber

impresionado con sus éxitos sociales. Salidas, cenas, regalos. A la joven él, en cambio, se animó a contarle todas sus vergüenzas. En este ofrecer su alma aplicó su estrategia de conquistarla por la lástima. Exagerando la sinceridad, él se fue transformando en una foto retocada de sí mismo. Que ella le llevara el apunte es haber encontrado por primera vez una correspondencia. La secretaria, en cambio, no le ha contado más que instantáneas. Sin embargo a él le parecen capítulos de una novela. Y él es su lector. Su gran lector. Al introducir primero unos dedos, después todos, después el puño y, una vez adentro, abriendo la mano en su interior, cree que en su expulsión líquida, su arquearse voluptuoso, ella es suya como no fue de nadie.

Pero sus tormentos no se esfuman. Sus celos persisten. Cada vez que ella entra en el despacho del jefe, él se come las uñas, mira la puerta, vuelve a un expediente, a los cheques y, sin evitarlo, los ojos se le van hacia esa puerta. A veces se pregunta qué ocurriría si con una excusa se atreviera a entrar sorpresivamente en el despacho. Qué haría, se pregunta, si la sorprendiera sentada en el escritorio, de espaldas a la puerta, las piernas abiertas, agarrando la pelada del jefe. Si esto ocurriera, se resigna, se echaría atrás con timidez, disculpándose, cerraría la puerta con suavidad y, al salir, proponiéndose compostura, regresaría a su escritorio con el corazón a punto de reventar. El expediente, los cheques.

Pasa con ella varias noches a la semana, pero sus celos no amainan. Por qué no sospechar que las noches restantes las pasa con el jefe. Por qué no pensar que la joven puede arreglárselas para mantener dos relaciones simultáneas: con el jefe, a cambio de un servicio, se asegura beneficios concretos: el alquiler, por ejemplo. El jefe debe pagarle el alquiler. Y muchas otras cosas. En el departamento de la joven él es un inspector. Investiga a ver si encuentra regalos. Investiga en el dormitorio, en el placard, en los cajones. Investiga en el living, en la cómoda. Investiga en el baño, en el botiquín. Investiga en la cocina. Investiga la presencia del jefe. Hay veces que, cuando ella se sacude en un orgasmo, se pregunta quién pudo enseñarle esta caricia y aquélla, una figura y otra, tal o cuál posición,

si fue el jefe, si con el jefe tiene los mismos gustos o se hace la mosquita muerta.

Una madrugada, al volver a su hogar, mientras la mujer y la cría duermen, desvelado, acostado en el sillón, prendo el televisor y hace zapping. Clava el control en un concurso de preguntas y respuestas. El participante, un enano, encerrado en un gabinete, con el corazón conectado a unos cables, se inquieta. Los cables, conectados a una computadora, controlan los latidos. Un locutor enuncia en off un *multiple choice*. Empieza a correr un segundero. Las pulsaciones marcan el tiempo. Cuanto más nervioso se pone el participante, más precipitadas son las pulsaciones y éstas reducen el tiempo de que dispone para responder. En la pantalla pueden leerse las opciones y en un marcador, las pulsaciones. La pregunta es sobre la sexualidad y la anatomía femenina. Al enano se le plantean diferentes opciones para que acierte quién fue el científico descubridor del punto G, denominado así por la letra inicial de su apellido. El locutor en off enumera los nombres que surgen en la pantalla: Greenwich, Grant, Goodman, González, Gutenberg, Guinsberg, Gutiérrez, Graffemberg, Goldenberg, Gómez. El enano enfrenta una botonera y, si toca el botón correcto, al acertar se iluminará la respuesta indicada y se oirá una música sinfónica y triunfal. Si erra se oirán unas carcajadas. El enano duda. En el audio, sístoles y diástoles amplificadas. El enano escucha pensativo. El locutor en off vuelve a preguntar, ahora grave, quién fue el descubridor del punto G. El corazón del enano late con fuerza. Sus ojos se desorbitan. En puntas de pie se estira hasta la botonera. Mira asustado la cámara. Con un dedo está por tocar un botón. Pero se contiene. Por fin, dando un saltito, toca un botón: Gutenberg. Las carcajadas estallan en el audio y el enano, abochornado, agarrándose la cabeza, parece más enano todavía.

Qué lo diferencia de ese enano, se pregunta él. Apaga el televisor y se da vuelta, la cara contra el respaldo del sillón. Cuánto tiempo más puede aguantar, se pregunta. Al otro lo regocija su desesperación. Lo suyo es culpa, le dice el otro.

Otra vez tiene razón el otro.

32

La mujer lo despierta y lo arranca del sillón. Le ordena que vaya derecho al dormitorio y se desnude. Él no la contradice. Se desnuda despacio. Se cubre el pene, los testículos. Ella hurga en un cajón del ropero. Un correa, unos broches metálicos. Que se acueste de una vez, le manda ella.

Hace tiempo que está muy misterioso, dice la mujer. A ver si anda buscando afuera lo que tiene en su hogar. Tantas horas extra y el regreso siempre de madrugada dan que pensar, dice. Es cierto que como marido no vale mucho y menos aún como padre, pero con tanta catástrofe alrededor lo que sobra en la ciudad son viuditas. A ver si alguna se lo quita. Más vale abrir el paraguas antes de que llueva. Lo ata a los barrotes de la cama. Que no tiemble, le susurra. Que le va a gustar.

Corpulenta, tosca, le parece verla por primera vez. El vello bajo la nariz. Los pelos en los pezones y las axilas. El pubis es selvático. Puede oler el sudor copioso de su calentura. Le aprieta las tetillas con los broches. Más le vale tener una erección, lo intima. Le pone la vagina en la cara, se la aplasta, y se lleva el pene a la boca. Parece que se lo va a devorar. Casi asfixiado él separa las nalgas de la mujer y la chupa. Tiene un gusto agrio ella. Cuando por fin él consigue una erección, ella se desprende del camisón y se lo introduce. A él lo avergüenza tener una erección prolongada como nunca tuvo con la joven.

Después, fumando, ella le dice que en estos días le resucitó el deseo. Así que mañana le conviene volver temprano. Sin duda, se dice, ella

sospecha. Ahora el problema es qué le dirá a la joven. Cómo justificar que esta noche no la visitará, se pregunta. Se le ocurre decirle que uno de sus hijos, el más débil, está enfermo. Él se acongoja hablándole del viejito. La joven parece creerle. Al volver al hogar más temprano, la mujer lo está esperando otra vez. Y al día siguiente, en la oficina, debe disimular lo maltrecho que llega.

En la semana lo aqueja una gastritis fuerte, con una acidez insoportable. Otro trastorno es el dolor de cabeza constante. Están además los calambres, descargas eléctricas que le agarrotan las piernas. A él no le preocupa tanto que un calambre lo agarre en el escritorio como copulando con la joven. Pero lo peor de todo son esas ganas súbitas de orinar que le vienen últimamente. En la calle, en el subte, en el despacho del jefe, en el almuerzo con la secretaria. Tiene que salir corriendo a buscar un baño.

Al compañero no le pasan inadvertidas sus idas al baño. Una mañana, con esa sonrisita amistosa, se le acerca. Próstata, le pregunta. Es que no debería abusar del té, le contesta él. El compañero lo mira: no había reparado en que él tomaba té. El oficinista ahora lo mira con sorna: Debería ser más observador, le dice. El compañero comenta: Es tan ruso tomar té.

Después abandona el escritorio, va al baño, orina y al salir entra el despacho del jefe. Necesita hablar con él, le dice. Un asunto confidencial, murmura. Habla en voz baja, agitado. Su corazón es un tambor. El jefe se respalda en su sillón, le pide que se serene, que, si tiene algún problema cuya resolución está en sus manos, no debe preocuparse. El jefe lo tiene en el más alto concepto. El oficinista tiene las manos frías, húmedas. En el más alto concepto, repite el jefe.

Que no se trata de él, susurra el oficinista. Se trata del compañero.

33

Esa tarde, el compañero tarda en regresar del almuerzo. El oficinista mira su reloj de bolsillo. Pasa media hora, pasan una, dos. El compañero no vuelve. Y a nadie parece importarle su ausencia. Nadie aquí es imprescindible. El cementerio, si es que el compañero tiene la suerte, en estos tiempos, de ser enterrado en uno, está colmado de imprescindibles. El oficinista va hacia el escritorio de atrás, revisa una bandeja de expedientes, finge estar buscando uno, abre los cajones del escritorio y por fin encuentra el cuaderno. El cuaderno ruso, ha escrito el compañero en la tapa. El oficinista filtra el cuaderno dentro de un bibliorato y lo lleva a su escritorio. Después mira alrededor. Nadie ve cuando se guarda el cuaderno. Tampoco cuando lo abre y se sumerge en sus páginas. Contra lo que suponía, no es un diario. Notas dispersas. Unas cuantas en cirílico. Notas sobre literatura. Si pensaba que a través del cuaderno podría averiguar algún secreto del compañero, está listo. A menos que el secreto esté escrito en esos jeroglíficos. Debió pensar que el infeliz no tenía un secreto más interesante que su sueñito literario en la Patagonia. Era un pobre cagatinta idealista. Era, medita. Está conjugando al compañero en pasado. Lo que no es incorrecto, reflexiona.

Ya son más de las siete, el personal se retira y, como siempre, se quedará hasta la noche.

El compañero no ha aparecido.

Nunca más aparecerá.

34

La ausencia del compañero comienza a enojarlo. A medida que pasa un día y otro, esa ausencia lo enerva. Especialmente aquí, en el trabajo, es donde esa ausencia, en vez de cicatrizar, se infecta. Sus pensamientos son gusanos de la culpa. No estaría infectado de no haber sido un delator. Y si lo fue, procura razonar, fue obligado por las circunstancias. No habría denunciado al compañero si éste no le hubiera arrancado su confesión. El compañero, sutilmente, con su mojigatería, lo apretó. Porque, a medida que pasa el tiempo, está cada día más convencido de que el compañero se la buscó. Y también se las ingenió para embromarlo con esta culpa, una culpa infecciosa. El oficinista espanta una mosca imaginaria. Y al rato otra. Tendrá que cuidar que este gesto que le sale cuando se enrosca en estos pensamientos no se le enquite como un tic. Todavía en la oficina van a tomarlo por loco. Y aunque no sería el primero que enloquezca en la oficina así, tampoco sería el último en tirarse contra los ventanales. Ni el primero ni el último, loco o suicida no quiere ser. Quizá, se dice, lo más propicio para su salud mental sea tomar el toro por los cuernos. Después de darle vueltas a la idea se convence de que debe ver a la chica.

Se acuerda del nombre de la petrolera que se veía en la foto que le mostró el compañero. Después de consultar en una guía cuáles son las estaciones de servicio más cercanas a la oficina, hace una lista con todas y las recorre una por una en el horario de almuerzo. La encuentra en la última estación de su lista. La chica no sonrío como en la foto. Ni tampoco, como le había contado el compañero, al atender al público. Debe estar amargada

por la ausencia. Aunque no tardará en dar con un reemplazante que le borre su recuerdo. Las mujeres son rápidas, piensa. Más que los hombres. Se le acaba el tiempo, vuelve a la oficina. Vendrá al día siguiente, se promete.

35

Y al día siguiente, en el horario de almuerzo, se sienta a tomar un café en el 24 horas. No puede negar que el encono le concede a la chica una intensidad sexy. Quizá es más sexy ahora que antes, recapacita. A él le gusta.

Todos los mediodías se sienta en el bar de la estación de servicio, todos los mediodías. La misma mesa, el mismo vasito de café, contra la vidriera. Ella se mueve ajena a su acecho. Hasta que en un segundo se cruzan sus miradas. Lo ha descubierto. Pero, ligera, se hace la distraída. Igual que el compañero cuando él lo sorprendía escribiendo en su cuaderno.

36

Una tarde se le ocurre pedirle permiso al jefe para retirarse antes. Sólo excepcionalmente el personal pide permiso. Tiene que haber una razón grave para que alguien se atreva a una solicitud semejante. Y en su caso es llamativo. Al jefe le extraña que justamente él venga a pedirle este permiso. Si le está pasando algo, que se lo confíe. El oficinista piensa primero una excusa, la enfermedad de alguien de la familia. Pero es un argumento trillado. Si inventa algo parecido a la verdad, a lo que está por hacer, se dice, parecerá más verosímil. Debe arriesgarse. El jefe lo analiza con la mirada. En qué anda, le pregunta. El oficinista titubea al decir que tiene un compromiso ineludible. El jefe sonrío. Qué clase de compromiso, le pregunta. A ver si todavía está metido en algo raro. Una cita, balbucea él. Una cita, repite el jefe. En su expresión hay camaradería. Un asunto de polleras, pregunta el jefe, tanteándolo. Él baja la cabeza. El jefe lanza una exclamación jocosa. Le ha salido bien eso de la cita, se dice él sin subir la cabeza. Porque, de paso, el jefe nunca sospechará que tiene un asunto con su secretaria. Una cita, vuelve a decir él. El jefe se ríe. A carcajadas, se ríe. Quién lo hubiera dicho, corcovea de la risa. Que él, con ese aspecto sumiso, tenga un asunto de polleras. El jefe se para, le pone una mano en el hombro. Pero cómo negarle un permiso tratándose de un asuntito. Con la dedicación que el oficinista muestra en el trabajo, cómo va a impedirle un relax, dice el jefe. Además, la cana al aire tiene un beneficio secundario, le dice el jefe. Porque mañana rendirá el doble.

Al salir de la oficina, se apura. Mira la hora en su reloj de bolsillo. Camina casi corriendo. No le importa que se note tanto su renguera.

Con la respiración entrecortada, llega a la estación de servicio justo cuando la chica termina su jornada.

Sin el uniforme, sin los guantes, con una campera negra, jean y zapatillas es otra chica. Una más chica. Especialmente ahora que ella se interna en uno de los barrios más antiguos y sórdidos de la ciudad. Rascacielos del siglo pasado que devinieron colmenas donde se hacinan y reproducen la miseria, la enfermedad y la muerte. Calles angostas y oscuras. Bares de mala muerte. En la entrada tienen un matón o una puta. Edificios pestilentes que se ciernen sobre los borrachos y drogadictos. Cada tanto ella salta por encima de algún caído. Los perros clonados rondan los cuerpos. A menudo una jauría se ensaña con un caído y se disputa su carne. Con la primera luz del día pasará un camión que cargará los cuerpos desperdigados. Los recolectores no discriminan si el cuerpo corresponde a alguien inconsciente o a alguien que ya pasó a mejor vida. Si se lo cargan, cuando el inconsciente se despabile se encontrará en una fosa común y estará abrasándolo el fuego crematorio del basural. Pero todavía falta para la mañana. El oficinista camina pisando cristales: ésta es la sensación de pisar jeringas. Ella se hunde en la oscuridad. Hasta que resurge debajo de unos neones. Sorte a unos negros sin inmutarse. Es evidente que no le asusta este barrio donde a uno pueden degollarlo por una moneda. Se precisan agallas para perderse en este barrio. Pero ella no se pierde. Parece saber adónde va. Inevitable que la compare con la secretaria. La pelirrojita es la antisecretaria.

Finalmente entra a un bar. Nadie repara en ella. Los que no están tumbados sobre una mesa, están rígidos en sus sillas. Ella se sienta en la barra. Prende un cigarrillo. Pide vodka.

Él vacila. No sabe si acercarse. Hay un asiento libre junto a la chica. Cuando el barman le pregunta qué va a tomar pide lo mismo que ella. Ha visto esta escena en películas. Todo lo que tiene que hacer, se dice, es actuar.

Ella habla sin mirarlo. Si no bastó con que la detuvieran y la interrogaran en el cuartel, le pregunta. Hasta cuándo piensan vigilarla, le pregunta.

No soy un agente, le dice él. Es un oficinista, le dice. Compañero de su novio, se presenta. Dio con ella recordando una foto que él le había mostrado, una foto en la estación de servicio. El compañero le habló de ella, de su sueño patagónico. Así dio con ella. Si estuvo espiándola sin animarse a una conversación franca, le dice, se debió al terror. Después de la desaparición del compañero está aterrado. No duda de que el compañero era un hombre libre de sospechas, pero en la oficina cualquiera puede calumniar a otro con tal de subir un peldaño. Le pudo haber pasado a él. Es más, tras la desaparición del compañero, dada la cercanía de su puesto, ahora pueden sospechar de él. Es cierto: no lo han detenido ni lo han interrogado, pero tal como están las cosas puede sucederle.

Ella termina su vodka de un trago. Pide otro. Sabe quién es él, dice. El ruso de la oficina. Su novio hablaba de él. Es tan ruso, le decía. Tan ruso. Lo apreciaba. Ella se vuelve, lo observa: Parece un buen hombre, le dice. Ahora ya no recela. Saca su celular. Toca unos botones y se lo pasa. Que escuche, le pide.

El oficinista reconoce la voz del compañero. Habla en una lengua que debe ser ruso. Que sí, le dice ella, es ruso. Él era de dejarle mensajitos en ruso. Y de escribirle versos en cirílico. Todo lo que le queda de él ahora es esa voz en el celular. Si al menos le hubiera hecho un hijo, dice, tendría de qué agarrarse. Pero no. Nunca tendrá hijos. Tampoco de otro. Porque después de lo que le hicieron en el interrogatorio no podrá tener hijos. No después de eso.

Está mudo. No ha tocado su vaso. Si toma perderá el control. Atina a sacar el cuaderno y se lo entrega. Le explica que hurgó en su escritorio antes de que lo vaciaran. Y rescató esto, el cuaderno. Este cuaderno es lo que ha motivado que la buscara. Ahora le pertenece a ella. No sólo se quedó con su voz, le dice. También tiene su palabra. Una palabra no es un cuerpo, le contesta ella. Una palabra no es un beso. Una palabra no es un consuelo. Como tampoco lo es una voz en el celular. La chica no llora.

Que se quede con el cuaderno, le dice.

Él vacila.

Adiós, le dice ella.

Y levanta el vaso que él dejó intacto. Bebe el vodka como si fuera agua.

Se arrepiente por haberla buscado. No debería haberse metido donde no lo llamaron. Saldrá de su vida tal como entró, como un personaje secundario. Se pregunta hasta cuándo será un personaje secundario en la vida de todo el mundo.

Adiós, dice él.

Y sale.

37

Hace un tiempo empezó a comerse las uñas. Al principio pensó que sería un tic pasajero. Pero se le hizo manía. En una revista científica lee que las especies más evolucionadas emplean los dientes y las garras como armas. Pues bien, al comerse las uñas, asustado por su violencia contenida, lo que en realidad hace, deduce, es comerse la propia agresividad. Una noche, acostados, la secretaria le observa que se está comiendo las uñas. Él le dice que lo hace para no rasguñarla en el fisting.

Cambiando de tema, le dice ella, no debe sentir culpa. Él pone cara de asombro. No sabe a qué se refiere. A la culpa, le contesta ella y lo mira por encima de sus lentes redondos. Comerse las uñas es un síntoma de culpa. Sigue sin comprender, le dice él. Que no debe sentir culpa por haber denunciado al compañero. A ella también le caía sospechoso. Él está por preguntarle cómo se enteró, pero no hace falta que le diga lo que imagina: a ella se lo contó el jefe. Ella se adelanta confirmándolo: se lo contó el jefe, le dice. Y debe sentirse orgulloso de lo que ha hecho. Porque el jefe tendrá en cuenta su colaboración. También ella está orgullosa de él, le dice.

Y ahora, le ruega, que cambie esa cara y siga con el fisting.

El enamoramiento es una enfermedad. Está enfermo de la secretaria. Y si está enfermo de la secretaria, se dice, ésta es la auténtica clave para explicar por qué se come las uñas. Ahora comprende por qué había pensado en matarla y, de inmediato, se empecinó en ahuyentar esta fantasía. Ahora entiende: se come las uñas por miedo. Cómo se puede amar a alguien que uno teme, se pregunta. Porque ella, se da cuenta, es más temible quizá que

el jefe. Pero él no tiene ni tendrá el valor necesario para deshacerse de ella. Y no lo tiene porque, lo sabe, ya no podría vivir sin ella aunque sea una perra clonada.

38

A veces, escondiéndola, se lleva una revista al baño. Sentado en el inodoro, lee un artículo sobre un congreso de neurociencia. Estudios sobre pacientes que padecen un daño focalizado en un área de la corteza frontal y presentan serias deficiencias de orgullo, vergüenza y arrepentimiento. Otros, en cambio, presentan dificultades para atribuir intencionalidad. El congreso debatió también sobre la empatía y la moral asociadas al comportamiento colectivo. La empatía nos mueve a actuar: si vemos sufrir a una persona su situación puede producirnos dolor y activar los circuitos cerebrales conectados con el peligro. Un buen ejemplo, dice el artículo, es lo que sucede en una nursery con un bebé de no más de dieciocho horas. Si el bebé llora, los demás también se ponen a llorar.

Este ejemplo lo conmueve.

39

Una noche invita a la joven a ver kickboxing. Los combatientes de las peleas preliminares tienen hasta catorce años y pertenecen a los sectores más pobres de la ciudad. Cada match es siempre sangriento. Esta noche, como la pelea final es por el campeonato sudamericano, el público se enardece esperando una carnicería. El estadio hierve, ruge. Avanzan a codazos entre el público. Sus plateas, a metros del cuadrilátero.

Al ring llega primero el desafiante, un pibe criollo, el tabique nasal quebrado, una mirada fiera, pantalón blanco. Sube acompañado por su entrenador y sus asistentes, todos muchachos. Basta mirarlo al pibe criollo tirar trompadas y patadas al aire para saber que no sería bueno topárselo en un callejón. Después, abriéndose paso entre la multitud, pantalón rojo, el campeón, un pibe coreano, no menos amenazador que su rival, con una sonrisa feroz. Suena la campana.

Se miden unos segundos. No vacilan en atacarse. El pibe coreano parece imbatible. Al menos en los primeros cambios de golpes. Cada patada que tira le acierta al pibe criollo en la cara. Pronto el pibe criollo tiene que retroceder, limpiarse la sangre de los ojos y tomar distancia, armar su defensa, elaborar una contraofensiva. Pero el pibe coreano no lo deja reponerse. El pibe criollo, contra las cuerdas, traba al campeón. Apenas el árbitro los separa, el pibe criollo salta sobre su contrincante. Al pibe coreano lo asombra la reacción del adversario. El pibe criollo pateo y le impacta un pómulo al pibe coreano. El público salta y alienta.

La joven no se queda atrás en la ovación. A veces grita por uno, a veces por otro. Su admiración varía de acuerdo a quien despliega más potencia. No hincha por uno o por otro: sólo quiere ver sangre. Los rounds se suceden. En estos encuentros los combatientes ganan por destrucción del rival. No existen reglas que prohíban tretas. La pelea dura hasta que uno de los adversarios cae inconsciente en un charco de sangre. La joven se desgañita. Putea al pibe criollo con la cara ensangrentada, cegado, sin localizar a su rival que lo goza, se toma su tiempo y por fin le arroja una patada voladora que lo derriba. Cuando el pibe criollo cae, el pibe coreano le patear los riñones. El árbitro lo separa. Inicia la cuenta. El pibe criollo se incorpora y ataca otra vez. Los dos pibes se golpean. Ninguno cede. Cuando uno cae el otro ríe al patearlo. Ahora el que cae es el pibe coreano. Gatea atontado. El pibe criollo levanta los brazos y salta victorioso mientras el árbitro cuenta otra vez.

Pero el pibe coreano consigue levantarse y se lanza a todo o nada. Le da un giro dramático a la pelea. Sorprende a su rival, pero más al público. El estadio parece venirse abajo con los abucheos, aplausos, silbidos. La joven grita fuera de sí. Sus gritos son orgasmos. Debe estar mojada, piensa él. Se pregunta cómo conciliar aquella nena de la foto de primera comunión con esta hembra desafortunada que grita mientras el pibe coreano ahora le martilla la cabeza al pibe criollo.

Al salir del estadio la joven se apaga. A él lo desespera su silencio, la frialdad. Se acuerda del comentario que ella hizo en la segunda noche: que si traía una criatura a este mundo haría todo lo que estuviera a su alcance para entrenarlo en la lucha por la vida y que no fuera un perdedor de escritorio.

Le pregunta a la joven si se siente bien. Ella le contesta que necesita volver a su departamento, estar sola y pensar. Él se ofrece a acompañarla. Ella se niega. Es tarde, le dice él. No va a dejarla sola. Ella le responde que siempre se las arregló sola. Que lo mejor será que esta noche se despidan aquí. Qué le pasa, insiste él.

Está embarazada, le dice ella. Eso le pasa. Ahora que lo sabe, que la deje en paz. Si ése es su problema, dice él, él puede ser parte de la solución.

Ella le da la espalda. Que no la siga, le ordena. Se aleja corriendo, se le rompe un taco, trastabilla. Y sigue su carrera rengueando. Al verla renguear él piensa que son el uno para el otro. Duda si seguirla o quedarse. Ella se hunde en la boca del subte. Él mira. Está solo en la avenida. Desde lo alto, por encima de los edificios, lo encandila el reflector de un helicóptero.

40

Hace un tiempo historiadores del arte investigaban en qué fecha Vincent van Gogh pudo pintar su *Paisaje a la luz de la luna*. Se sabía que la tela había sido pintada en 1889 pero no cuál había sido el momento preciso de su plasmación. Rastreando la correspondencia de Van Gogh a su hermano Theo y a su amigo Paul Gauguin los historiadores pudieron estimar que el artista había pintado la obra en el mes de mayo, poco después de haberse cortado la oreja e internarse voluntariamente en el sanatorio de Saint-Rémy-de-Provence, al sur de Francia. Desde allí, desde el sanatorio, Vincent había divisado el paisaje. Y en septiembre su hermano Theo había recibido la tela.

El oficinista lee esta historia en una de sus revistas científicas. Tanto le interesa el asunto que mientras lo lee corre el riesgo de pasarse de estación. Un grupo de investigadores de la Universidad de Southwest Texas, informa la revista, se dispuso a resolver el misterio de la fecha del *Paisaje a la luz de la luna*. Con ayuda de cálculos astronómicos, mapas topográficos, fotografías aéreas, registros climáticos y también algo de sentido común, los investigadores viajaron al sur de Francia, donde reconocieron el paisaje de la pintura. Tras calcular la posición del satélite natural de la Tierra con un software astronómico dedujeron dos días posibles en que la luna llena habría aparecido por encima del horizonte tal como Vincent la pintó. Como en la obra, a los investigadores ahora se les presentaba el trigo dorado. Determinaron entonces que la fecha exacta de la pintura correspondía al 13 de julio de 1889 a las 21:08. Pero lo que más les interesó y también le

interesa al oficinista es que en menos de un mes la luna volvería a adoptar en el sur de Francia la misma posición que había inspirado a Vincent.

Él cierra los ojos. Se acuerda de la primera noche con la joven. Si el sistema solar entero pudiera repetir a su voluntad la rotación de la Tierra, el tiempo, el espacio, se dice, entonces él sería otro. A propósito del otro, piensa, todos somos otros. Cada vez está más convencido de que la secretaria es también otra. De día, una, la profesional toda cordialidad. De noche, la mujercita sinuosa que se extasía metiéndole a él un vibromasajeador rosado en el ano. Él cae boca abajo sobre los ositos de peluche que ella acumula en el sillón. Él no es quién para juzgar a la joven. Más atinado sería que revisara su propia conducta, se dice. Quién se cree que es, se pregunta una y otra vez. Nadie es de una sola forma, se consuela. Ahora sonrío y asiente, las lágrimas le afloran nublándole los ositos de peluche.

Al reaccionar de esta visión se pregunta cómo puede ser que ella lo ignore, que no le hable, que lo esquive. No obstante él le deja un mensaje en el contestador. Que está dispuesto a hacerse cargo si es el padre, le dice. Asumirá dichoso la paternidad, eso dice. Porque desde que se enamoró de ella, él es otro. Y si es otro, ese hijo será hijo del otro. Seguramente un varón. Campeón de kickboxing, le deja dicho en el contestador. En la oficina, acercándose, en un susurro él le pregunta si es el padre. Aunque no sea el padre está dispuesto a darle el apellido a la criatura. No le importa si se trata de un hijo del jefe. Él va a quererlo igual. Después de todo, le dice, el jefe no es un mal tipo. Tiene sus problemas el jefe, le dice. Y le pregunta si sabe que los hijos del jefe son adoptados. Ella ni lo mira. Que se ocupe de su vida, le dice. Pero es que él quiere saber, le dice el oficinista. Necesita saber.

41

No puede con la fantasía de matarla. Todo lo que le viene ocurriendo en el último tiempo es por su culpa. De no haberse enamorado de la secretaria, el compañero no habría desaparecido, la pelirroja no habría sido torturada y los dos seguirían con su sueño de poblar la Patagonia. No le faltan ganas de matar a la secretaria. Pero piensa que la muerte de ella representa, además, la muerte de una vida nueva que quizá pueda cambiar la de ambos. Esto piensa cada vez que se ve estrangulando a la joven. Sus manos se cierran en el cuello de la joven. Ella se congestiona, adquiere un tono violáceo. Lo araña. Quiere arrancarle los ojos pero él no afloja la presión hasta que su cuerpo queda inerte. Lo que más lo angustia son los ojos abiertos del cadáver. Sabe que esa mirada, como el recuerdo, le perseguirá, lo seguirá donde vaya, se esconda donde se esconda.

Para colmo en estos días empezó a tener un problema capilar: caspa y caída del cabello.

La caspa y la caída del cabello lo angustian. Así es la vida, recapacita: en medio de un drama nos distrae un inconveniente menor. Y este percance secundario pasa a ser central. El otro se refleja en la vidriera de una farmacia, entra en el negocio y consulta sobre medicamentos capilares, tónicos, lociones, y también los precios. Los remedios más eficaces son los más caros. El otro no repara en los precios ni tampoco en cómo repercutirá el gasto en su presupuesto. Sólo le importa el problema capilar. No quiere quedarse pelado como el jefe.

El otro decidirá por él. Con un coraje arremetedor el otro elabora un plan. Todos los días le entrega al jefe los cheques y aguarda a que los firme. A veces el jefe los firma mientras habla por teléfono. No siempre es el mismo garabato. Pero él ha estudiado todas sus variaciones. Puede imitarlo sin que se note la diferencia entre el original y una falsificación. Con un cheque y un maletín se dirige al banco, embolsa la suma. Después entra en una agencia de turismo. Éste es el plan. Un plan simple.

Esta noche vuelve antes a su domicilio. La mujer y la cría duermen. Cierra todas las ventanas y abre el gas. Le apena liquidar al viejito. Se para un instante, lo mira dormir, le acomoda la frazada. Se le parece demasiado el viejito. Pero no puede llevarlo: el viejito sería una carga. Él precisa estar liviano de equipaje. Bastante le pesa la culpa. El otro lo convence: con la piedad no se llega lejos.

Al día siguiente, en la mañana, los helicópteros parecen volar más bajo. Al levantar la vista puede distinguir los cañones de los aparatos, listos para disparar. Aunque las explosiones son rutina, debe tomar precauciones. No sea cosa que un atentado cerca le arruine el plan. Quizá le convendría tomar un taxi. Pero corre el riesgo de quedar atascado en el tránsito.

Entra al banco. Un cajero con visera estudia el cheque. Se trata de una suma importante. Debe consultar al gerente. Los segundos se transforman en minutos. El otro conserva la calma. Finalmente el gerente le pide que lo siga. Trasponen un pasillo, puertas de rejas. Al final del trayecto hay un guardia armado. El gerente da una orden. Se abre la última puerta de rejas. Una gigantesca caja fuerte.

Minutos más tarde, con el maletín lleno de billetes, entra en una agencia de turismo. Una promotora le ofrece diferentes packs de vacaciones. La escucha, ojea unos folletos. Comprará un pasaje a nombre de la secretaria. Un pasaje a México. Ella habrá de esperarlo en México. En tanto él viajará por tierra: ómnibus hasta la frontera con Brasil. En Brasil, otro ómnibus, uno a San Pablo. Después, otro a Río. Cambiará de ciudades a menudo. Cruzará el Amazonas, y después, subiendo, hacia el norte, bordeando el Pacífico, irá al encuentro de la joven.

*Junto a mi lecho le pondré su nido
En donde pueda la estación pasar
También yo estoy en la región perdido
¡Oh, cielo santo! Y sin poder volar.*

Sombrero de paja, anteojos de sol, bigotes negros, camisa colorida, pantalones y zapatos blancos, siempre con el maletín en la mano, bajo un sol calcinante, camina por una calle desierta a la hora de la siesta. La canción viene de una cantina. Hay unos pocos parroquianos volcados sobre las mesas. En un rincón, con una guitarra, una chica morena, de trenzas, toca la guitarra. Entre rasgueo y rasgueo de las cuerdas, en el silencio, el zumbido de las moscas.

Mezcal pide. Mira a su alrededor. Ya no necesita el dinero. Para llegar hasta acá, se da cuenta, no necesitó hacer todo lo que hizo. No necesitó enredarse con la joven en una pasión desesperada que culminó en un embarazo. No necesitó, en nombre de esta pasión, extirparles la vida a su mujer y la cría. Ni necesitó el robo. Al recordar cada uno de estos actos se siente cansado. Se pregunta si todo lo que hizo para ser feliz no fue demasiada infelicidad. Ahora se da cuenta de que la felicidad no era lo que pensaba. Tal vez la felicidad está en las ganas de ser feliz. Esta mesa, esta chica, la canción de la golondrina. Ahora sólo le importa el fresco de la cantina, el mezcal, la canción. De un tirón se arranca el bigote postizo. Al pasarse una mano por la frente, el sudor está manchado por la tintura del pelo. Se quita los anteojos. Se da cuenta de que hay un mensaje que el destino le estuvo reservando. El mensaje está encerrado en la botella. Y el mensaje es un gusano.

Termina la botella y se traga el gusano. El gusano de la culpa. La chica deja de cantar. Él se le acerca. Ya no disimula su renguera. Le entrega el maletín. Después sale.

Otra vez en la resolana. Todo lo que quería, se dice, era ser otro. Pero no es otro, es el mismo de siempre, entumecido en un asiento del subte vacío y a oscuras, despertando de un sueño cabeceado por la fatiga, con la boca pastosa y la náusea de haber tragado un gusano. Ahora, al despertar en la

oscuridad, con taquicardia, se da cuenta: se quedó dormido en el último subte y está solo en el final del recorrido, pasando la última estación, la terminal, en un laberinto de túneles y vías donde los trenes permanecerán inmóviles hasta mañana. Está atrapado. No tiene alternativa: pasará la noche aquí, en el subterráneo detenido en este laberinto.

Ni siquiera tiene luz para leer la revista científica. Tiene los pies helados. Tiembla. Estornuda.

42

Ni cuando llueve torrencial como esta noche los helicópteros dejan de sobrevolar los edificios. La lluvia acribilla los ventanales de la oficina.

No se aguanta en el escritorio. Los relámpagos iluminan los escritorios ataúdes. Contempla el escritorio de atrás. Cada tanto abre el cuaderno. Lee unas líneas. Y enseguida lo guarda en el cajón. Desde que el compañero desapareció, su escritorio permanece vacío. Si no ha sido reemplazado, piensa, el vacío debe tener una explicación. Por un lado, razona, el vacío puede ser una señal de que los de arriba achicarán costos y no sería raro que en el momento menos pensado se produjera otro recorte de personal. Por otro, esa ausencia se ha convertido en una masa casi tangible y en un castigo: desde que el compañero ha desaparecido él lo recuerda cada vez más y, en oportunidades, siente que, invisible para los otros y visible sólo para él, lo observa de la misma manera en que lo hacía en vida. Entonces gira bruscamente y en el lugar del compañero ahora está el otro, escribiendo en un cuaderno. Lamenta no deshacerse del otro como lo hizo con el compañero. Porque para deshacerse del otro tiene que deshacerse antes de sí mismo.

También cabe otra alternativa, se dice. Que el escritorio vacío sea un signo permanente del poder del jefe, una de sus artimañas maquiavélicas, una, en este caso, aplicada exclusivamente a él, recordándole además que es un delator. Y, se sabe, un delator es un ser más infame que alguien que dice no, como el compañero pretendía decir no con su sueñito rural. Esta alternativa desmiente eso que le dijo la secretaria, que el jefe le valoraba

más desde que había denunciado al compañero. Ahora él está convencidísimo: el jefe no repondrá el compañero de atrás hasta que él, atormentado por su vileza, termine por arrojarse contra los vidrios y caer noche abajo y morir estrellado. Se imagina visto desde acá arriba: un coágulo allá abajo. Más de una, más de uno se ha suicidado estrellándose contra los vidrios. También, como los murciélagos, fueron descuartizados por las aspas de los helicópteros.

Camina hacia el perchero, se pone el sobretodo. Ya no le importa siquiera el estado lamentable de su sobretodo.

A ella no se le nota todavía el embarazo. Es verdad que es reciente. Pero también puede ser un atraso. Una falsa alarma. Por qué no una artimaña, se pregunta. Desde la noche del kickboxing, ella no volvió a hablarle. Todas las noches, él camina sin rumbo fijo, da vueltas, se pierde, siempre errático, arriesgándose a los perros clonados, las esquirlas de una bomba, un cruce de fuego, una redada, o que la policía se lo cargue por sospechoso. Al salir de la oficina empieza a dar vueltas. El frío, la humedad, el cansancio y los calambres pronuncian su renguera. No tiene prisa en volver a su hogar. Hay noches en las que se ve pasar en las vidrieras y el otro, desde el reflejo, lo mira irónico.

Al salir a la calle diluvia. El viento vuelve cada chaparrón una catarata. Cruza entre bocinazos. Se empapa. La oscuridad. La violencia de la tormenta produjo el corte de la electricidad en varias zonas de la ciudad. Los truenos y los relámpagos se confunden con el estruendo de una bomba que estalla en la otra cuadra, en el último piso de una embajada. Los semáforos no funcionan. Los autos y los colectivos se atascan. Cuando estalla una tormenta de este calibre, a medida que avanza la noche, zonas enteras de la ciudad se apagan. Todos los desahuciados de la ciudad se lanzan al saqueo y la matanza. Si se quiere volver a casa hay que escapar. Ahora o nunca. Muchos empleados optan por retirarse temprano o quedarse en la oficina. Es más seguro trabajar toda la noche sin dormir que, por descansar unas horas en la propia cama, arriesgarse a los depredadores que rastrillan calles y avenidas. La policía y el ejército patrullan en una cacería indiscriminada. Después de una noche de tormenta como ésta, amanecen

pilas de cadáveres: hombres, mujeres, viejos, chicos. La furia no contempla excepciones. Pero él no tiene ningún apuro por volver a su departamento. Llega calado a la vereda opuesta y se refugia en un pórtico. Desde acá puede ver la entrada del edificio donde trabaja. Quiere comprobar si, como en la pesadilla, ella saldrá en el auto del jefe.

Ella sale. Por la puerta principal, apurada y sola, sale. Advierte que él la espía. Que la sigue. Camina nerviosa. Se para en la boca del subte. Está clausurada. Señal de que el servicio fue interrumpido. Cruza una avenida, sorteando autos y camiones, blindados y motos, ambulancias y autos patrulla. Ella escapa. Él la sigue. Culpa de la renguera sus resbalones. La marea de vehículos lo envuelve. Las salpicaduras que levanta el tránsito le azotan la cara. Pronto, cuando la joven se dé cuenta de que no tiene cómo volver a su departamento, cuando cada avenida sea una batalla, cada esquina una emboscada, ella, desesperada, tendrá que aceptar su compañía.

Su silueta se borrona en el aguacero. Dobla por un callejón. A él la renguera le impide correr más veloz. Resbala. Ella se adentra en el callejón. Una boca de lobo. La oscuridad lo amedrenta. También la fetidez en el aire. Tienta un paso, después otro. Se interna en el callejón. Volquetes, cajones, tachos de basura. En el callejón la lluvia retumba más sonora.

El golpe le acierta en la espalda, lo derriba. Pierde la visión. Al abrir los ojos está tirado en un charco. La secretaria está frente a él. Tiene un fierro. Con las dos manos, lo agarra. No debería hacer esfuerzos, le dice él. No embarazada, no es bueno. Ella alza el fierro. Él se aparta a tiempo. El fierro choca contra el cemento. Él levanta los brazos anticipándose a otro golpe. No puede esquivarlo.

A la lluvia le sucede una llovizna impenetrable. Cuando vuelve en sí, apoyándose en una pared, sale del callejón. Hay menos tránsito en la avenida. En una esquina hay carriers apostados. Finge aplomo. Enfila hacia la otra esquina. Otra vez su andar de todas las noches. Ve contornos humanos y oye gritos. Cada tanto un fogonazo atruena cerca suyo. Un grito de dolor. Alguien cae.

Cuando reacciona, no sabe cómo vino a su hogar. Está boca arriba en el piso. La cría se ha reunido en torno a él, lo miran como a un insecto

moribundo. Se babea al contemplarlo. Alguno lo toca con la punta del pie para ver si todavía está vivo. La mujer espanta la cría. Encolumna los obesos y los manda al colegio. Después se encarga de él. Tira de un brazo, se lo carga y lo lleva al baño. Lo mete bajo la ducha hirviente. Le da unos golpes de agua fría. Que embuche las aspirinas, le ordena. Y se termine el café negro. La mujer le limpia el pantalón, el traje, el sobretodo. Mientras espera en calzoncillos, sentado en una silla, con la taza de café, ella plancha su ropa. Lo rezonga y amenaza con la plancha.

43

Esta mañana es un robot que avanza con una falla motriz. Tiene la cara desencajada de los que han dormido mal y se han afeitado peor. Los comentarios, las risas. Todos lo miran, todos saben que tiene los minutos contados. El rumor de voces es una sombra que se estira hasta su escritorio. La joven permanece indiferente. Él se reconcilia con el dolor de la ausencia, lo único que conserva de la joven. El dolor le garantiza su memoria en el cuerpo.

Después, otra vez la noche. Deambula por las calles, camina sin parar. Hace frío. El viento bandea una llovizna intermitente. Pero él no se detiene. Caminar lo mantiene en calor. Mueve los labios, murmura. Pero no habla solo. Discute con el otro. Baja la cabeza, niega con vehemencia. Se opone a todo lo que el otro le dice. El otro es el responsable de toda su desgracia. Quisiera sacárselo de encima. Pero no sabe cómo. Está acercándose al puerto cuando tiene una idea: la forma de deshacerse del otro es arrojándose al agua con un adoquín atado al cuello. Al ahogarse, ahogará al otro. La idea es buena, pero tiene un inconveniente: él todavía no quiere morir. La idea, se da cuenta, es una idea del otro. Quiere librarse de él. El otro ha pensado en matarlo, pero él no le dará el gusto. Será mediocre pero no idiota.

Este sector del puerto se convirtió en lugar de moda. Los docks fueron reciclados, los muelles convertidos en amarras. Veleros, lanchas, yates. Automóviles importados, convertibles y limusinas, frenan y arrancan envueltos en las luces de restaurantes, bares, nightclubs y discos. Los

neones tienen formas de galera y bastón, dados, tacos de aguja, naipes de pocker, labios rojos. Cada local, cada club, al entreabrirse sus puertas, destila una música de fiesta. Risas, destapes de champagne, ecos de baile. Los valets, los matones trajeados, los choferes con pinta de pistoleros, los guardaespaldas apostados en las puertas son todos simios elegantes. Alguien se ríe de él. Es el otro. Empieza a renegar otra vez con el otro.

De un club sale una joven rubia. El tapado de piel entreabierto deja ver un ceñidísimo vestido negro con strass, escote y mini. Ella ríe colgándose de un gordo canoso de smoking que podría ser su padre. O su abuelo. La pareja espera que venga un vehículo. Un lujoso auto con chofer, piensa. El viejo de smoking prende un habano. La joven tiene el tapado entreabierto. Él puede verla jugar distraída con un collar de piedras. Se pregunta cuánto podrá valer.

Según el otro, con esa alhaja él podría solucionar unos cuantos problemas. Unos cuantos, repite. Un sueldo no le alcanzaría para pagar esas piedras. Saldaría todos los sueldos que debe con esas piedras. La secretaria lo miraría distinto si le regalara una sola. Una sola de esas piedras. Pero él no quiere escucharlo. Si se animara, insiste el otro, podría apoderarse de esa alhaja. Bastaría con que caminara hacia la joven, le sacudiera un golpe al viejo de smoking, arrancara el collar y se esfumara rápido en la bruma. Está harto de escuchar al otro. Ahora verá el otro quién es él, piensa. El viejo de smoking muerde el habano. La joven se cuelga de él con una risita aniñada.

Él toma envión, choca contra el viejo, lo derriba. La joven se sorprende. Él tira de su collar. Algunas piedras del collar saltan, pero él corre con las que pudo manotear. Puteadas del viejo. Corre. Gritos de la chica. Corre. Un silbato. Corre. Si se da vuelta está perdido. Corre. Siente una puntada en el pecho. Corre. Le falta el aire. Corre. El calambre en una pierna. Corre. Alto, le gritan. Corre. Un tiro en la noche. Corre. Otro tiro. Corre. El plomo rebota, un tintineo cerca. Corre. Un guardia le sale al cruce. Lo tumba. Lo golpea en la cabeza con el cañón de la pistola. Cae, la cara contra el pavimento. Le esposan las manos en la espalda. Los zapatos lustrados de los custodios. Brillitos en el asfalto mojado, las piedras del collar. Le pica la nariz y no puede rascarse.

Piensa en lo que dirán en la oficina, piensa en la joven, piensa en su mujer, piensa en la cría, piensa en el viejito. Se reprocha pensar siempre último en el viejito. Se imagina un calabozo de comisaría, los presos mirándolo de reojo. Las sirenas policiales. Aullidos de neumáticos. Abrir y cerrar de puertas de autos patrulla. Unos botines de cuero negro. Una patada en los riñones. Está por vomitar. Lo levantan de los pelos, lo doblan contra el motor del auto, lo revisan, le sacan el documento, la luz de una linterna y, a través de la radio de un auto patrulla, averiguan si tiene antecedentes. No tiene. Los policías comentan algo sobre un juez. Él tarda en darse cuenta de quién hablan. Del viejo de smoking hablan. El viejo es un juez.

Lo interrogan. Dónde vive, en qué trabaja. Contesta casi llorando. Mantener algo de dignidad, se impone. El otro, que lo observa desde atrás de los policías, lo mira socarrón.

Una limusina negra se aproxima. Una de las ventanillas del auto baja y entonces el oficinista puede entrever al juez y su amiguita. De su excelencia, lo tratan al juez. Que lo perdone, ruega el oficinista. Su excelencia, le llora. Que es la primera vez, dice. Que lo hizo por necesidad. Que tiene muchas bocas que alimentar, explica. Que le tenga lástima, solloza. Su excelencia, se arrodilla. Un policía le pega un revés. Pero él no para de implorar.

El juez asiente. La limusina se aleja en la bruma. Y lo liberan. Es que no valía la pena, se ríen los policías. Las piedras no valían nada. No es que el juez haya sido benévolo. Es que esa alhaja era una baratija. Tuvo suerte, le dice el policía. No valía la pena hacer más escándalo por una chafalonía regalada a una mariposita nocturna.

En una revista científica he leído sobre un experimento realizado en un instituto de neurociencias cognitivas. El experimento tipificó una clase de demencia que puede estallar de modo inesperado y durar aproximadamente siete minutos. Pero, destacaron los psiquiatras, se produjeron algunos casos en que los pacientes, aun cuando habían superado el shock de los siete minutos, seducidos por su efecto, volvían a repetir los actos realizados durante el ataque. Hombres meticulosos que se volvieron jugadores compulsivos. Ejecutivos sobresalientes que una mañana, al levantarse para ir a su empresa, saltaron por el balcón de su penthouse. Soldados que, durante un enfrentamiento con la guerrilla, se dieron vuelta y ametrallaron a sus compañeros. Amas de casa que abandonaron inesperadamente sus hogares y se lanzaron a las rutas buscando emociones. Cirujanos que en la mitad de una operación le clavaron el bisturí al paciente. Pilotos de avión que con una sonrisa decidieron hundirse, con toda la tripulación, en el fondo del océano. En fin, espíritus que, en un arranque de inspiración, iluminados, dieron el paso de un camino sin retorno.

La investigación proporcionaba toda una serie de ejemplos. A cada cual más desafortunado. Le hizo daño esta lectura. Se pregunta si, tal vez, su enamoramiento no habrá sido resultado de un ataque de esta locura inesperada. Su intento de robo de una alhaja indica un síntoma claro de que la razón puede fallarle. A su lado, el otro camina circunspecto. Y asiente. Es cierto que en todo amor existe un componente demencial, le dice al otro, pero lo que ahora siente responde a una lógica. Toda su vida soñó que

alguna vez una historia amorosa le sucedería y, a partir de este suceso, su existencia pegaría un vuelco frenético. La cuestión, se dice ahora, es que el enamoramiento no lo impulsó todavía al no retorno. Nada lo diferencia de un vulgar adúltero. Nada, piensa.

La inseguridad lo corroe. Se pregunta si no debe probar la resistencia de su amor. Por qué no, se pregunta. Y ahora, cuando el subte se detiene en la estación del pecado, se baja. En verdad, la estación tiene el nombre de una virgen santa a la que, entre otros tantos poderes, se le adjudica el devolver la pureza a quienes la perdieron.

Determinado a ponerle fin a la duda, sube a la superficie y se encuentra en el barrio del vicio. A diferencia de otras partes de la ciudad, este barrio nunca se apaga. Así como en estas calles no se distingue si es de día o de noche, tampoco nadie se fija demasiado en la categoría de los que acuden en busca de un rato de placer. Acá pueden verse tanto un convertible que avanza despacio como una abuela dispuesta a regatear sus billetes por una tarifa razonable. Putitas y putitos, chicos, venden, además de drogas, sus cuerpos. Piénsese una droga, por demoledora que sea, y acá se la puede encontrar. Imagínese un goce, el más truculento, y acá está, al alcance de los consumidores. El oficinista leyó alguna vez que la imaginación del hombre es limitada en materia de monstruos. En cierta forma, los consumidores como estas criaturas lo son. Pero no se sienten monstruos sino usuarios. Quienes vienen a comprar saben lo que quieren. Y los chicos lo venden y saben cómo cobrarlo. Los precios varían desde la cópula primitiva, el alivio inmediato de una chupada, hasta placeres que pueden incluir una mutilación parcial o la muerte. Siempre el arreglo se hace con un joven mayor que puede ser un hermano, un primo, un padre, con quien habrá de pactarse el juego erótico y su precio. En el caso de que el cliente se interese en un juego erótico que pondrá en peligro la vida de la criatura o requiera su muerte, entonces se conviene una tarifa especial y se llena un formulario donde se declara quiénes son los beneficiarios del seguro infantil.

Se interna en la zona roja, aunque no es la primera vez que la camina ya que antes, otras veces, en arrebatos de angustia, lo hizo, pero siempre sin

animarse a contratar un servicio: el temor a contraer una peste. Observa las pibas y los pibes y no puede dejar de pensar en el viejito. No debería pensar en el viejito ahora. Debería pensar en esta nena que se le ofrece. No debe tener seis años, pero en su sonrisa uno puede imaginarse todo lo que puede hacer con esa boquita de pétalos carmesí. Reprime la tentación. Sigue de largo. Tropieza con un chico. En realidad no puede discernir si es un varón o una nena. Un bellissimo ejemplar de androginito. O androginita. Al pensar en estos diminutivos se pregunta por qué se adjudica a la infancia el patrimonio del diminutivo. Se pregunta también si estas criaturas, como una sin piernas, que se le cruza en una tabla con rulemanes, no serán, en vez de chicos, productos. Razona: si quienes vienen a encontrar su placer en estas calles son consumidores, los chicos, basta de escrúpulos, son productos. Y nada de esto, se dice, tiene que ver con el amor.

Porque una de las características del amor consiste en sentirse niño. Un niño no es un loco. Simplemente, no es responsable de sus actos. Ni la secretaria ni él son responsables del magnetismo que los unió. Son como chicos. Indefensos ante una fuerza todopoderosa que los envolvió como un tornado. No han elegido enamorarse. Les pasó. Al menos a él le pasó. El amor está, en su caso, fuera de su responsabilidad. Ni consumidor ni producto, se dice. Un chico, piensa. De pronto se avergüenza de estar caminando estas calles.

Pensar en la incomodidad de que alguien pueda descubrirlo por acá le da pánico. Alguien que más tarde contará en la oficina que lo sorprendió deambulando por esta parte de la ciudad. Le da taquicardia imaginar lo que la secretaria pensará cuando le vayan con el cuento. Se apura hacia el subte. Pero lo detienen los aullidos de las sirenas policiales, las frenadas de los autos patrulla, las órdenes de los policías, sus armas apuntándole. Levanta las manos. Alrededor todos corren, los grandes y los chicos, y él queda solo, en la vereda de un pornoshop.

Alza las manos. Grita que no hizo nada. Que pasaba por esta zona. Que no es uno de esos degenerados que la frecuentan. Pero los policías no dejan de encañonarlo. Y entonces advierte que alguien le pone un metal frío en la nuca. A su espalda, escudándose en él, se encuentra un pibe armado con

una pistola automática. Él quiere girar, pero el pibe, un morochito teñido de rubio, lo zamarrea del cuello, lo golpea con el arma. Parece un juguete enorme la pistola. El pibe le pone el cañón en la nuca. Al oficinista le tiemblan las piernas.

Antes, en su vida anterior, y cuando piensa en su vida anterior, piensa en antes de enamorarse de la secretaria, muchas noches daba vueltas demorando la vuelta al hogar, si es que puede llamar así a la madriguera. Le gustaba perderse por las calles del centro y seguir hacia la periferia, arriesgarse más allá, suponer una valentía si alguien llegaba a atacarlo. Una vez lo acorraló un travestí. Cuando el oficinista le dijo que no buscaba sexo, el otro lo cacheteó, le sacó dinero y volvió a pegarle antes de abandonarlo maltrecho en un umbral. Otra vez lo acorralaron varios. Lo envolvieron con manotazos, le apretaron los testículos. Y en el revoltijo de los cuerpos, zamarreándolo, uno le manoteó la billetera. Lo peor no fue perder unos pocos billetes. Lo peor fue perder el documento de identidad. Si hacía la denuncia, pensó, si declaraba que le habían robado los travestís, la policía sospecharía de su virilidad. Inventó una mentira. Un chico, mintió. Lo había encañonado. Y a él le había bajado la presión, se había desmayado. Después, no se acordaba. Cuando reaccionó caminaba perdido. El shock le impedía recordar más. Eso declaró en el destacamento de vigilancia. Todo lo que le importaba era recuperar el documento de identidad.

45

El temblor de las piernas. Se le aflojan. Le cuesta mantenerse en pie. Los dientes le castañetean. Se le ha secado la boca.

Los policías, al frente, apuntan. Agarrándolo de un brazo, el pibe le ordena que retroceda. Que camine despacio hacia atrás. A medida que el oficinista y el chico reculan, los policías avanzan. El pibe se ríe. Lo divierte la situación. Matar o morir, dice el pibe. Y se ríe. De eso se trata la vida, piensa el oficinista. Matar o morir. Siempre lo supo. Le cuesta creer que el pibe resuma tan simplemente una filosofía de la existencia. Debe ser un ángel que vino del cielo para traerle este mensaje. Un enviado, piensa. Tal vez también el viejito fue un enviado y el portador de un mensaje que, en su oportunidad, no pudo comprender.

46

Ignora cuánto tiempo hace que está así, las piernas que se doblan, los dientes entrechocando, la boca seca, las axilas empapadas, las manos levantadas. Y las ganas de orinar. Toda su vida ha estado así, piensa. Piensa que desde que tiene memoria se encuentra con el cañón de un arma en la nuca. No aguanta más.

Al perder el conocimiento, al desplomarse, siente que su peso no es mayor que el de una almohada. Se abandona a la negrura. A lo lejos, se oyen disparos.

Está sentado en el asfalto, la espalda contra la rueda de un auto patrulla. Manchado de sangre. Las manos, la cara, el sobretodo. No debe alarmarse: no es su sangre. El pibe yace unos metros más allá, muerto, en un charco rojo. La vidriera del pornoshop destruida por los impactos. Las muñecas y los artefactos, derribados. Las luces rosadas del negocio aumentan la intensidad del color de la sangre que ha emanado del cadáver y corrido por la vereda descendiendo hasta una alcantarilla.

Un policía de civil lo ayuda a incorporarse. Le cuesta mantener el equilibrio. El oficinista cree necesario mostrarle su documento, identificarse. Que se marche, le ordena el policía. Que acá no pasó nada. Que nadie vio nada. Que todos tenemos a veces una mala noche. Al día siguiente se olvida. Es saludable olvidar. No se puede vivir todo el tiempo en la memoria, le dice. El oficinista le pregunta qué delito había cometido el pibe. Que no es asunto suyo, le dice el policía. Que se vaya a casa, le dice. Le parece un buen hombre el policía. No se puede juzgar a la gente por su trabajo. Seguramente debe tener una familia, mujer, hijos. Seguramente lo quieren, lo respetan y lo admiran. Entonces, al volver a su hogar después de un día de trabajo, el policía encuentra amor.

Matar o morir, cree haberle oído al chico muerto. Un valiente. En cambio su lema es someterse y sobrevivir. Piensa en el viejito. Compara al chico muerto con el viejito. Se le parece tanto el viejito. Desde su nacimiento, minúsculo, frágil, semanas en una incubadora, mostró una resistencia notable al sufrimiento. Y, a pesar de todas esas semanas en las

que cada segundo parecía ser el último, sobrevivió. El viejito nunca será como ese chico que termina de morir acribillado. Y él tampoco. Pusilánimes los dos, piensa.

Pero pronto se convence de que no es así. No se trata, en su caso, de someterse y sobrevivir. Si ha seguido adelante durante tanto tiempo no fue por cobardía sino por esperanza: el anhelo de un hecho trascendente: el amor. Porque el amor, lo sabía, finalmente le abriría una perspectiva nueva de la existencia. Está enamorado. El amor lo recupera a uno de toda abyección. El amor es la energía que, aun cuando se tambalea, lo orienta de vuelta a la boca del subte. El amor le hace ver a uno las cosas de otra manera, piensa. Lo suyo no es, bajo ningún punto de vista, un ataque de demencia instantánea. Lo suyo es amor. Amor, se repite. Amor. Al decirlo, en voz baja, siente que le susurra amor a la secretaria.

Se aleja. Cuanto más se aleja menos sangrientas son sus huellas.

48

Camina en la noche. Adentrándose en la niebla, piensa que Dios, si existe, tiene que acordarse de él. No merece lo que está viviendo. A menos que Dios lo esté sometiendo a una prueba. La esperanza es lo último que se pierde. Y él ahora espera un milagro. Un milagro que le salve el alma, pero que también le arregle la vida.

Una cruz incandescente surge en su camino. La cruz, su resplandor. Un templo. Puede oír el órgano, un coro. Voces infantiles y femeninas. *Quando corpus morietur*. Va a su encuentro. En los respiros del cántico, las invocaciones de una voz ronca con acento brasilero. Tiene su ritmo el sermón. Irmaos, clama una voz tronante. Cómo castiga Deus nuestros pecadus, pregunta. Y pronuncia Deus, pronuncia pecadus. El pastor se contesta: Excluyéndonos. Cuando pecamos Dios nos excluye del amor. No es lo mismo el amor, de naturaleza divina, que el deseo. El deseo es siempre carnal y egoísta. El deseo es el origen de todos los males, clama. El pastor pone un ejemplo: Antes que castigar las relaciones con la mujer del prójimo, el libro celestial castiga el deseo. El deseo de poder, el deseo de fama, el deseo de venganza. Todo deseo será castigado. Pero si uno se arrepiente, el Señor le concederá su perdón:

Escudríñame, oh Dios, y pruébame. Examina mis íntimos pensamientos y mi corazón.

El pastor cuenta que nació en la selva, allí donde el Maligno acecha escondido como una fiera. La fe lo apartó del vicio. La fe lo apartó de la bebida y la droga. La fe lo apartó del juego y del sexo. La fe le devolvió una

vida nueva cuando entró en el templo de la luz. Si todos miramos al cielo, dice, y mira hacia lo alto, el cielo se abrirá. Si nos arrepentimos, el cielo se abrirá. Si todos nos confesamos, el cielo se abrirá. Si todos unimos nuestras manos en la plegaria, el cielo se abrirá. Si todos rezamos, el cielo se abrirá derramando la luz divina sobre la tierra.

Fe, grita el pastor. Y la grey repite fe. Un viento de voces envuelve al oficinista.

Con unción entra al templo. El pastor le abre los brazos:

Me he consumido a fuerza de gemir. Todas las noches inundo de llanto mi lecho. Riego mi cama con mis lágrimas. Mis ojos están gastados de sufrir.

Los feligreses se apartan con estupor. No es para menos si se repara en sus manchas de sangre. Pero la sangre parece estimular la pasión evangelizadora del pastor. Que se acerque al púlpito, lo invita. Que confiese sus pecados ante los hermanos y se arrepienta como ya hicieron todos los aquí presentes.

Divino es el origen de la culpa. Qué sería de nosotros sin culpa, pregunta. Y se contesta: Nada. Ser en la tierra es ser culpa. O nada. Nosotros, obra de Dios, entre la culpa y la nada elegimos la culpa.

El pastor se abre paso entre los hombres, mujeres y chicos que cantan y rezan. A pesar de las marcas que el dolor imprimió en sus caras, a pesar de la sencillez de sus ropas, a estos hombres, mujeres y chicos la fe los volvió invulnerables. Ya se siente un feligrés más. Ahora sí empieza a sentir que es otro. Y le gusta este otro que empieza a ser. La bondad lo purifica. Una renovación espiritual completa, como dice el pastor convirtiendo la s de espiritual en un sonido eshe y la t en th, con esa pronunciación brasilera. Ishpirichual. La mirada del pastor lo radiografía.

Acá entre los hermanos hay quien pegaba a su mujer y sus hijos, hay quien se travestía para saciar su sexo, hay quien perdió todo por la cocaína, hay quien robaba a su madre anciana. El pastor nombra un pecado. Y uno de los fieles grita pidiendo perdón. El pastor se acerca al pecador. El pecador se arrodilla. El pastor lo bendice. Después nombra otro pecado,

salta otro fiel y también lo bendice. Si la palabra del cielo no tuviera esta fuerza divina no acudiría al templo un nuevo hermano cada noche.

El pastor se refiere a él, es el nuevo hermano y así como la fuerza divina lo acercó al templo, también lo iluminará la palabra celestial. El pastor cita a Jonás. En el vientre de la ballena Jonás le rezó a Dios:

En la tormenta me arrojaste al mar, tus olas me arrollaron y me hundí en lo profundo. Entonces dije: Moriré ahogado bajo tu mirada, pero aún veré tu santo templo. Las aguas me envolvieron hasta el alma. Me rodeó el abismo. El alga se enredó en mi cabeza. Sin embargo mi oración llegó hasta tu santo templo, Dios. Y Dios le dio una orden a la ballena y la ballena vomitó a Jonás sobre la tierra.

Porque la palabra celestial fue escrita para ser dicha, explica el pastor. Y una vez dicha, él será otro. Y el otro, al contar sus pecados, salvará su alma del fuego del maligno. El pastor lo recibe con los brazos abiertos. El órgano estremece el templo. Al abrazarlo el pastor lo agarra de la nuca, lo obliga a arrodillarse. Su mano es una tenaza. No coincide esa garra con la expresión dulzona del pastor. Todos esperábamos un milagro esta noche, dice el pastor. Y el milagro llegó. El milagro es el nuevo hermano. Debemos darle la bienvenida al nuevo hermano, un hermano arrepentido que Dios nos envía para demostrar su existencia. He aquí el milagro. Puede sentirse en todo el templo la energía del cielo, dice abarcando con sus brazos los hombres, mujeres y chicos que ahora entonan una canción suave, como un murmullo.

Él, el nuevo hermano, tiene que avergonzarse de su pasado, le aconseja el pastor. Y lo arrastra hacia el púlpito. Hay una palangana de agua. Tiene que lavarse la impureza, le dice el pastor. El oficinista se lava las manos. Pero al pastor no le basta con eso. Lo agarra de la nuca y le sumerge la cabeza en el agua. Tiene que sacarlo todo afuera, le grita el pastor. Tiene que entregarse al arrepentimiento y confesar sus bajezas, sus canalladas, sus debilidades, sus miserias. Tiene que enumerarlas, una por una, ante sus hermanas y hermanos, dice. Y le sumerge una y otra vez la cabeza en la palangana. También sus hermanas y hermanos fueron cerdos en el chiquero terrenal y ahora, merced a la fuerza luminosa del cielo, son renacidos en la

energía divina. Que no tema, le dice el pastor, inclinándose sobre él. El oficinista siente otra vez la tenaza en la nuca. Que se arrepienta y confiese, le machaca el pastor. Está tan encima suyo el pastor que puede respirar su aliento, una brisa tibia y frutillada.

Él tiembla. El pastor lo sacude. Con la sacudida del pastor cree sentir convulsiones. Si quiere ser un hermano renacido, no debe temer al arrepentimiento sino al castigo del cielo, un castigo más terrible que el castigo de los seres humanos. Porque Deus es implacable. Que confiesi, le ordena. La voz brama en sus oídos. Llorando, esconde la cara entre las manos y unos espasmos le contraen el estómago. Sus lágrimas, interpreta el pastor, son un signo de redención. Que se arrepienta y confiesi, le exige, apretándole la nuca. La presión lo hinca de rodillas, pero se libera. En el templo hay ahora un silencio que puede tocarse. El pastor lo mira. Todos lo miran. Despacio se incorpora. El pastor lo mira y espera. Todos lo miran y esperan. El pastor tiene los ojos rojos. Los fieles tienen los ojos rojos. Sus bocas son fauces. Sus dientes se entrechocan. Él empieza a correr. Detrás, la voz del pastor lo llama renegado. Los fieles quieren atajarlo. Tiran de su sobretodo. Pero él no se detiene.

Corre. Corre y se pierde una vez más en la bruma.

49

El último subte viene vacío. En el último asiento del último vagón, él refunfuña. Palabras entrecortadas. Repite ese gesto, el de espantar una mosca. Se quita el sobretodo, el saco, se afloja la corbata. En cuatro patas, con su renguera, su andar es el de un perro lastimado. Se pasea aullando por el vagón. Igual que un perro clonado. Por fin, se dice, no tiene que rendir cuentas a nadie de sus actos. Tiene miedo de que éste sea otro sueño. Pero es demasiado real. Su cabeza golpea contra la ventanilla.

No sabe si lo que le pasa ahora está pasando ayer o mañana. El ahora se le vuelve difuso. Es hoy pero también mañana. Lo que es peor: este viaje en subte transcurre pasado mañana.

Al abrirse las puertas, pestañea. Se apura a bajar del vagón. Mira sus manos. Las tiene sucias. Si las tiene sucias, observa, es porque anduvo en cuatro patas. No fue un sueño. Confundido, se refriega las palmas contra el sobretodo. La escalera mecánica.

Entra al edificio. Descarta el ascensor y prefiere subir por la escalera. En cuatro patas, sube. Pero ante la puerta del departamento debe regresar a la condición humana. Jadeando, se para, busca las llaves. Una vez adentro, en la penumbra, se desnuda. Su condición humana ha quedado atrás: es un perro. Lo asalta la tentación de ladrar, pero se reprime. Todavía no se animalizó lo suficiente, se dice. Al recorrer el departamento, desnudo y en cuatro patas, su percepción del lugar cambia. Un perro, se dice, se guía por el instinto. Y qué otra cosa puede representar el instinto en su nueva condición sino el olfato. Es un perro, un perro acechando, en cuatro patas,

que recorre palmo a palmo la vivienda. Si bien está acostumbrado a la suciedad de la mujer y la cría, nunca imaginó que tal cantidad de roña pudiera acumularse en el piso, en los rincones. Miguitas, puchos, carozos, papeles de golosinas, corchos, pelusas, saquitos de té, ruleros, cáscaras, chicles, un tampón. Hasta unos huesos de pollo. La basura. Allí donde husmea con su hocico, allí encuentra inmundicia.

Siempre olfateando, entra en la oscuridad del cuarto de la cría. Acá el hedor se espesa condensando la pestilencia del calzado con la roña de la ropa. El radiador caldea todos los olores en uno solo. La cría duerme sumida en un vaho. Este olor, piensa, salió de él. Es el olor de su ser, se dice.

Una luz se prende. Qué está haciendo, le pregunta la mujer. Qué está haciendo desnudo y en cuatro patas a esta hora de la madrugada. Si quiere ella le pondrá un collar de perro y un bozal. Le dará de comer en un plato de lata. Si quiere también lo paseará por la calle para que orine contra los árboles, le dice. Pero su humor dura poco. Mejor que no se haga el loquito para faltar al trabajo, le dice. A ella no puede engañarla, sigue. Si su propósito es que lo internen en un manicomio, le asegura, antes de que le pongan un chaleco de fuerza le dará tal paliza que no le hará falta ningún electroshock para recobrar la razón.

50

Un oficinista sueña que se queda dormido en el último viaje y sueña que es un perro. El perro se duerme. Y al despertar es el último oficinista que se ha quedado dormido en el último subte. Al despertar, la realidad es más terrible que antes del sueño. Porque al despertar es otra vez un hombre. Esta noche, al despertar en el fondo del último vagón del último subte tiene la sensación de que su destino está escrito. Se pregunta qué es más difícil, si despertar a uno que está dormido o a uno que, como él, despierto, sueña que está despierto.

Esta noche también el frío, la llovizna ácida. Y esta noche también, cada tanto, los reflectores de los helicópteros horadan la oscuridad. Una sombra entre las sombras, vuelve a su domicilio. La mujer y la cría duermen. Abre el gas. El susurro del gas extendiéndose por el departamento. Terminar de una vez con el expediente, se dice. Le causa gracia asociar lo que está haciendo con una situación burocrática.

Durante la última ojeada que pega al departamento le viene una melancolía rara. Cómo puede ser que le dé pena desprenderse del sufrimiento. Sin duda la pena proviene de lo que siente por el viejito. Pero, recapacita, esto es lo mejor que puede hacer por él. Quisiera estar más alegre que triste, pero le cuesta. Ahora que es finalmente otro se compadece por el que era hace un instante. Al cerrar la puerta y bajar a la calle, el que realiza estas acciones es otro.

Se extravía en la noche. Le parece que su renguera es leve. Sus pasos, ágiles. Se siente liviano. Al pasar por una vidriera se mira en el reflejo. No

tiene cara de haber exterminado a su familia. Sin duda quienes sostienen que la cara es un reflejo del alma se equivocan. Un asesino puede tener una cara bondadosa, una mirada de sacristán, una pinta apacible. Toda su vida él fue un individuo medroso, que buscaba pasar inadvertido. Y ahora, aun cuando es otro, sus rasgos y su sonrisa siguen siendo iguales. Frente a la vidriera ensaya sonrisas diferentes. Desde una sonrisa que se le antoja beata a una que cree perversa. Se pregunta cuál será su sonrisa auténtica de acá en más.

La fatiga, más mental que física. Lo asombra haber soñado con tal realismo la matanza. Sin embargo, el realismo del sueño le hizo tomar conciencia de que no es necesario ese crimen múltiple para ejecutar la parte más importante de su plan. Ahora se lo contará a la joven.

51

La sangre de los televisores no salpica. En todo caso, no físicamente. Su salpicadura es moral. Pero como la conciencia puede ser impermeable, a uno puede no afectarlo su visión. Lo mismo ocurre con el fuego. Una explosión, las llamaradas. Pero el fuego no se propaga: es una sensación atérmica. A menos que uno sea tan sensible como para enfebrecer con esas imágenes. Pero nadie es tan sensible. Si las imágenes de la televisión pueden causarle fiebre a uno es por teleadicto, horas frente a la pantalla.

Entonces, al pasar por una casa de artículos para el hogar, con televisores en la vidriera, el oficinista ve esa estación de servicio en el momento en que explota y vuela por el aire. Una violenta nube negra con un centro de fuego. Los surtidores de combustible, los autos, el minimarket, el bar de 24 horas, hombres, mujeres, fragmentos de plástico, metal y pedazos de carne envueltos en el resplandor del fuego.

Un texto en la pantalla informa que se trata de imágenes exclusivas, que la joven empleada de la estación había anunciado lo que haría. Se grabó a sí misma con un celular, hablando a la cámara. Con serenidad mueve los labios. La vidriera impide escuchar su voz, pero debe ser tan sutil como sus labios.

Puede reconocer a la chica que se reproduce en todas las pantallas. Es la pelirrojita. Multiplicada, esa chica, todas las chicas idénticas a ella, le están hablando a él.

52

Conversará con ella. Le dirá una vez más que no le importa si la criatura que cobra vida en la oscuridad líquida de su vientre no le pertenece. Le revelará su plan. Si él ha venido en su busca, le dirá, es porque a su lado se siente mejor persona. La secretaria ha obrado el prodigio de hacerlo sentir mejor de lo que es. Si a su lado no se sintiera mejor de lo que es no habría elaborado un plan infalible.

En la otra cuadra está el kiosco, una luz amarilla que parpadea en la base del monoblock. A medida que se acerca aumenta el volumen de la cumbia. Divisa a los muchachos y a las chicas bailando, borrachos. Ya no le asusta pasar por el kiosco, cruzar la patota.

Camina resuelto, dispuesto al combate. Le gustaría que la joven pudiera verlo, los puños cerrados, sacando pecho, el paso firme. Un gladiador, se dice. Eructos. Puteadas. El gladiador desafía las risas que se mezclan con la cumbia. Está cruzando la patota, pero nadie se fija en él. Disminuye la velocidad, camina lento, los ojos inflamados por el coraje. Choca con una chica que baila sola, pero ella ni lo registra.

Que la patota lo ignore lo sobresalta. Si no existe para los otros, tampoco su coraje existe. Si su coraje no existe, deduce, lo que está viviendo es otro de sus sueños. Lo atormenta que esta noche pueda ser otro espejismo. Al pararse frente al monoblock mira hacia arriba esperando ver luz en su ventana.

Toca al portero eléctrico: dos timbrazos cortos. No tiene respuesta. Espera. Se muerde la cutícula del índice izquierdo. De nuevo: un timbrazo

más largo. Se pregunta cuánto tiempo ha transcurrido entre los dos timbrazos cortos y el timbrazo largo. Da unos pasos en círculo. Tendría que haber tomado el tiempo. Cuenta por reloj tres minutos. Toca de nuevo: uno, dos, tres y uno más largo. Cuenta cinco minutos. Cinco minutos eternos. Se pregunta si ella está o no está. Y si está por qué no responde. Puede estar con otro tipo. Piensa en el jefe. Ella está embarazada del jefe, se dice. Seis minutos. Está embarazada del jefe y él la está convenciendo para que aborte. La espera es insufrible. Ocho minutos. Quizá ella ya abortó. Lo que explica la barrera que levantó entre ambos.

Vencer la ansiedad, se fija. Apartar toda idea negativa. Si a esta hora de la madrugada se ha atrevido a perturbar el descanso de la joven, se justifica, es por una causa noble: el amor. Acaso el amor no es una causa, se pregunta. No hay sentimiento más generoso, se contesta. Pero vuelve a dudar. Se pregunta si el amor no es acaso puro egoísmo, si acaso el no ama a la joven porque ella, engañándose, lo hace a su vez creerse mejor de lo que es. Ésta suele ser la razón por la que uno se enamora, piensa. Uno se enamora porque el otro lo hace sentir a uno mejor de lo que es. En el amor no importa el otro. Importa lo que el otro nos hace sentir. Sin el otro somos nada.

Después de este razonamiento, se dice, no debería tocar de nuevo el portero eléctrico. Debería marcharse en vez de llamar.

Pero toca otra vez.

53

Un tipo joven atraviesa el hall y viene hacia la puerta del edificio, abre dispuesto a salir. Al ver al oficinista, el tipo vacila. Tiene el pelo revuelto, ojeras y sombra de barba, la suya es una belleza gitana. El desorden que trasunta indica que viene de una noche agitada. Se pregunta si el tipo no vendrá de estar con ella. Después de todo, se dice, sabe muy poco de ella. La desconfianza vuelve a la carga y lo obliga a medir con recelo a este hombre que, a su vez, desconfía de él. El tipo, al abrir, también lo estudia y lo mira torvo sin franquearle la puerta hasta que él le dice a qué piso va, a qué departamento.

El viaje en ascensor es lento. Como la primera noche que vino a este edificio, al internarse en el pasillo, le parece que este colmenar dormido tiene algo fúnebre. Un panteón. Detrás de cada una de las puertas que dan al pasillo, vidas muertas. El eco de sus pasos. Debería retroceder ahora que está a tiempo, piensa. Que no sea cobarde, le dice el otro. Que le patee la puerta a esa puta. Pero él se opone: antes de que sus nervios arruinen todo, mejor retirarse. Demasiado tarde. El timbre, una chicharra en la madrugada.

Se abre el sobretodo, ajusta la corbata, alisa el saco, intenta prolijar su imagen. Un movimiento casi imperceptible en la mirilla. Sonríe. Espera. La voz desgana y ronca, le pregunta qué quiere a esta hora, cómo se le ocurre, qué se piensa.

Ella entreabre la puerta. Pestañea. Está despeinada, tiene el rouge corrido. A él se le aviva el deseo. Que por favor lo deje pasar, que es urgente, que necesita contarle algo. Que se apiade, le ruega. No le preocupa

humillarse. No le llevará más que un instante. Ella retira la traba y lo deja pasar. Unos minutos solamente, aclara. Él asiente.

El ambiente en semipenumbra. La joven se sienta en un sillón y él en otro. Están frente a frente. Él tarda en hablar. Mira a su alrededor. Los platos pintados en las paredes, las estatuitas, las carpetas y los manteles bajo los jarrones con flores artificiales, la profusión de ositos de peluche, la alfombra con motivos de reminiscencia oriental. También los diplomas enmarcados, el de profesora de inglés y el de perito mercantil. La foto de nena, con vestido blanco de la primera comunión: el rosario, el relicario nacarado, las manos en rezo. De pronto repara en que sobre la mesita ratona hay dos copas con un resto de brandy.

Se acuerda del tipo que recién salió del edificio cuando él quiso entrar. Por qué no sospechar que ese tipo estuvo con ella. Se pregunta si corresponde ahora interrogar a la joven. Quién es ella, quiere saber. De quién es ese embarazo. Por qué negar que ella pueda tener en secreto otra existencia viciosa. La calificación de viciosa, se dice, es apropiada si recuerda la facha de ese tipo saliendo del monoblock. Quién era ese tipo. Se dice que ella nunca fue la santita de la foto de la primera comunión. Acaso ella no le reveló en los sucesivos encuentros amorosos una predilección enfermiza por las exploraciones sexuales. Él se muerde el labio inferior: no pregunta nada. Una sola pregunta sonará a escena de celos. Si una actitud le cabe es suplicante. Al fin de cuentas, dos copas de brandy no significan tanto.

La joven mira su mirada en las dos copas y, adelantándose a cualquier comentario, le pide que no se meta en su vida. Él no ha venido a discutir. Él ha venido a salvarla, dice. Después se corrige: van a salvarse ambos, dice. También la criatura que ella lleva en su vientre. Ella le contesta que no necesita que nadie la salve de nada. Que se las arregla muy bien sola. Que hasta ahora pudo arreglárselas sola y así seguirá. Sola. Él está por contestarle que tanto no se las arregló sola porque bien que tuvo su affaire con el jefe. Pero se muerde el labio inferior, se reprime. Él ha venido con el corazón abierto, dice. Mañana, dice, mejor dicho hoy, hoy, porque a esta hora es hoy, sucederá un hecho trascendente en la oficina. Un hecho

trascendente que cambiará sus existencias. Ella permanece callada. Él porfía: tiene que creer en él. Que lo escuche, por favor. Si no la amara, dice, no vendría a esta hora, antes del hecho trascendente, para revelarle lo que tiene entre manos. Que le preste atención, dice. Con las manos en los bolsillos del sobretodo, se siente un héroe de película negra. Camina alrededor de la mesa ratona y los sillones mientras explica su plan: falsificación, huida, playa, daiquiris, palmeras. El jefe siempre lo trató como a un lacayo. Pero él no es ningún lacayo y menos un perdedor de escritorio, recalca. Y le guiña un ojo. Con detenimiento, le precisa cómo llevará a cabo su plan. Su plan no puede fracasar, dice. Sonríe ganador. Le pregunta si quiere actuar en su película. Será la estrella. Se lo jura.

La joven lo mira. Lo mira y calla. La expectativa lo corroe. A ella no se le presentará otra oportunidad semejante en la vida, dice él. No entiende por qué ella lo mira desde tan lejos. No puede estar soñando también esta situación.

Si ella todavía está insegura de lo que siente por él, le dice, no debe preocuparse. Con el tiempo aprenderá a quererlo, dice. Además, con la fortuna que van a tener, a ella no le faltará nada. El plan es perfecto, insiste. Ahora o nunca, dice él. Llorando, se lo pide. Por favor, solloza. Ahora o nunca.

Por detrás, una mano se apoya en su hombro.

54

Si quiere agregar algo más, le pregunta el jefe. Está en camiseta, terminando de abrocharse el pantalón. De modo que en pocas horas ocurrirá en la oficina un hecho trascendente, repite.

La criatura que lleva en el vientre no es suya, le dice ella. Es del jefe. Qué se pensaba, le dice el jefe. El hecho trascendente acá, dice el jefe, es que él va a ser padre. Y no va a ser padre de nenitos balcánicos. Va a ser padre de auténticos hijos suyos. Mellizos. Los mandaremos a un colegio privado, dice ella. Aprenderán kickboxing.

El jefe le ordena que salga. Lo empuja fuera del departamento, lo empuja a través del pasillo, lo empuja escaleras abajo. Se golpea en cada peldaño: la espalda, la cabeza, las piernas, se tuerce un brazo. Rueda por el hall de la planta baja. Le sangra la frente. El jefe abre la puerta.

Y él, rengueando, entra en la noche.

55

El amanecer, la bruma del amanecer. En alguna parte, una bomba. Después, sirenas. Otro día en la ciudad. Dos narcos en moto ametrallan un ministro. Casi a la misma hora, en un colegio, dos varones y una nena arman un bazooka y liquidan docentes y alumnos. Deben intervenir dos helicópteros para eliminar a los tiradores. En persecución del terrorismo, el ejército rodea una villa miseria. Tras un combate prolongado, arresta a cientos de personas. Después los soldados rocían con napalm el rancherío. Un explosivo en el subte termina con los pasajeros de todo un tren y bloquea un túnel. El gobierno anuncia que la lucha contra el terrorismo está llegando a su fin, la economía atraviesa un período de bonanza y la inflación es mínima, lo cual ha incentivado el consumo del último mes. Esta noche se librará un nuevo encuentro de kickboxing. Y las localidades están agotadas. Último momento: un nuevo incendio en un geriátrico. Se estiman las muertes en alrededor de cincuenta. El pronóstico de la jornada indica tiempo nublado, lloviznas ácidas. Para el día de hoy también está anunciado un eclipse de sol total que, según los astrónomos, se producirá a mediodía. La luna y el sol se encontrarán ubicados en una misma línea. En esas condiciones la sombra abarcará toda la región. El sol desaparecerá y se hará de noche. La oscuridad será como la de una noche de luna llena. Aunque nadie le prestará demasiada atención a este fenómeno. Hace tiempo que en la ciudad es difícil discernir el día de la noche.

Para él ahora es siempre y siempre es de noche. Camina. Deambula por las calles. Camina. A veces se da vuelta para ver si el otro lo sigue. Pero no.

Camina. Ya no hay otro. Está solo. Camina solo. Un perro clonado se le acerca, le gruñe, lo huele y después se va. Él no existe siquiera para los perros. Cuando piensa en ayer, piensa en antes de ayer, piensa en lo que esperaba cuando esperaba. Ahora ya no espera.

El oficinista camina. Con las manos en los bolsillos del sobretodo, camina.

No tiene dónde caerse muerto.

AGRADECIMIENTOS

A Carolina Marcucci, por el amor y la paciencia.

A quienes estuvieron cerca: Ángela Pradelli, Cristian Domingo, Juan Ignacio Boido, Rodrigo Fresán, Eduardo Belgrano Rawson, María Inés Krimer, Óscar Finkelberg, Enrique Guastavino, Ricardo Arkader, Miguel Paz, Paco Taibo, Domingo Mandrafina, José Roza, Ernesto Mallo, Martha Berlín, Carlos Cottet.

Y a mi hermana Patricia.